
HARLEQUIN
Bianca
EL AMANTE ITALIANO
TARA PAMMI

Capítulo 1

LA PIEL se le puso de gallina. Y, de repente, a pesar de llevar dos horas bailando en la enorme mansión de su abuelo, se estremeció.

Pia Vito supo que la temperatura no tenía nada que ver. Estaba bastante acalorada, y hasta la brisa que entraba por los balcones del salón de baile era caliente. Pero sintió un escalofrío de todas formas, y en un momento de lo más revelador: cuando él entró en la sala.

Raphael Mastrantino.

El ahijado y protegido de su abuelo

El presidente de Vito Automóviles.

El hombre del que hablaba toda la sociedad milanesa.

Las mujeres que estaban junto a ella se giraron hacia el recién llegado y se lo comieron con los ojos mientras alababan sus múltiples virtudes. Y no era de extrañar. Caminaba como si fuera el dueño de la propiedad y de todas las personas presentes; era tan carismático que llamaba la atención de todo el mundo y, por si eso fuera poco, estaba magnífico con esmoquin y camisa blanca.

Pia no llevaba mucho tiempo en la mansión. Había llegado en verano, poco después de descubrir que tenía un abuelo y de que este la reconociera como nieta. Desde entonces, Gio no había hecho otra cosa que contarle historias sobre Raphael Mastrantino. Y por lo que pudo ver, no exageraba en absoluto.

Justo entonces, sus miradas se encontraron. Fue como una descarga eléctrica o, más bien, como si se hubiera formado entre ellos un arco voltaico, asunto del que precisamente había estado hablando en su clase de física.

No encontraba adjetivos suficientes para describirlo. Hombros anchos, cadera estrecha, piernas largas y un rostro de ángulos tan marcados como si estuvieran esculpidos en piedra. Era tan masculino que tuvo que hacer un esfuerzo para mantener la sonrisa en sus labios y fingirse relajada.

Sin embargo, Raphael no la saludó, y ella se llevó una sorpresa al comprender lo que sucedía. El ahijado de Gio no la aprobaba. Pero, ¿por qué?

Fuera cual fuera el motivo, Pia bajó la cabeza y se dirigió a la salida, haciendo un esfuerzo por no mirarlo. Y súbitamente, chocó con algo duro. Era el pecho de Raphael, lo cual la llevó a maldecirse en silencio y alzar otra vez la cabeza.

¿Cómo era posible que la hubiera interceptado? Ni siquiera estaba en su camino cuando decidió marcharse.

Pia se encontró bajo el escrutinio de los ojos más oscuros que había visto en su vida. Sin embargo, eso no la inquietó tanto como el hecho de que Raphael cerrara las manos sobre sus muñecas. No era un contacto agresivo, pero tampoco era amable. Evidentemente, intentaba impedir que escapara.

Su aroma y su cercanía provocaron en ella un rubor que no pudo controlar. Nunca se había sentido cómoda con los hombres. No manejaba bien el sutil y refinado lenguaje del coqueteo, que todas sus compañeras de profesión parecían conocer; o por lo menos, todas las profesoras jóvenes. Era tan tímida que había tardado dos meses en dirigirle la palabra a Frank, su último novio.

Pero aquello era mucho peor. Se sintió como si estuviera desnuda y a merced de sus peores fantasmas: la soledad que la acompañaba a todas partes desde la muerte de su abuela y la abrumadora necesidad de pertenecer a algo.

–No estarás huyendo de mí, ¿verdad, *cara mia*? –preguntó Raphael con voz profunda.

Ella guardó silencio. Al chocar con él, había tocado brevemente su duro estómago. Y le había gustado tanto que no se había podido resistir a la tentación de acariciárselo.

–¿No vas a decir nada? –insistió él con frialdad–. ¿Acariciar a los hombres es tu forma de comunicarte con ellos?

Pia dio un paso atrás, indignada. ¿Cómo se atrevía a decir eso? Daba clase a docenas de adolescentes y, desde luego, no se dedicaba a tocarlos.

–Me duele la cabeza –contestó, siendo parcialmente sincera–. No estoy acostumbrada a llevar tantas joyas… y encima, estos tacones me están matando.

–Mientes muy bien. Solo te ha faltado decir que odias las fiestas, que has venido porque Gio se ha empeñado y que las joyas y los vestidos caros te disgustan muchísimo –se burló–. Incluso podrías haber añadido que no has bailado con todos los hombres de la sala porque te apeteciera, sino porque te sentías obligada. Esto es una tortura para ti.

Pia pensó que Raphael había acertado sin pretenderlo. Efectivamente, era una verdadera tortura. No le gustaban ni las

joyas ni los vestidos caros ni el enrevesado peinado que le habían hecho. Ella no era así. Pero se lo había callado porque quería que Gio se sintiera orgulloso de ella. A fin de cuentas, estaba en deuda con él.

Y, sin embargo, Raphael creía todo lo contrario.

–¿Qué quieres que te diga, Raphael? Ya has sacado tus propias conclusiones.

–¿Sabes quién soy? –preguntó, extrañado.

–Por supuesto que sí. Gio comentó que serías el hombre más atractivo, más carismático y más arrogante de la sala. Y tenía razón.

–Pues estoy en desventaja, porque Gio no me ha dicho nada de ti –replicó–. De hecho, no sabía de tu existencia hasta que vi la invitación… una fiesta en honor de Pia Alexandra Vito, la nieta perdida de Giovanni, la oveja descarriada que vuelve al seno de nuestra familia.

Pia tragó saliva. Era una mujer alta, bastante más que la mayoría; pero Raphael le sacaba varios centímetros y, por primera vez en mucho tiempo, se sintió pequeña, incluso frágil.

¿Por qué estaba tan enfadado con ella? ¿Y por qué sentía ese cosquilleo extraño, como si en lugar de agarrarle las muñecas, la estuviera acariciando?

–La Cenicienta del año –continuó él, sonriendo con sorna–. Supongo que Gio te habrá pagado un príncipe para que baile contigo hasta medianoche.

Pia se ruborizó. ¿Pagarle un príncipe? ¡Como si tuviera que pagar dinero para estar con un hombre!

–Gio sabe que yo no quiero un…

Ella dejó la frase sin terminar. Su abuelo había invitado a un montón de hombres jóvenes y atractivos, y todos se estaban comportando como si fuera la única mujer de la fiesta. Ciertamente, era la invitada de honor, lo cual podía explicar su comportamiento. Sin embargo, resultaba demasiado sospechoso.

–¿Ah, no? –dijo él–. ¿Y por qué crees que hacen cola para bailar contigo? ¿Por tu inmensa belleza? ¿Por tu apasionante conversación? ¿Por tu magnetismo personal?

Pia supo que Raphael estaba en lo cierto, pero ya se había cansado de sus burlas. No lo iba a soportar ni un segundo más.

Furiosa, dio media vuelta con tanta rapidez que resbaló. Y su trasero habría sentido el duro impacto de las baldosas blancas y negras si los fuertes dedos del hombre que la había ofendido no se hubieran cerrado sobre su talle, suavizando su caída y

arrancándole un estremecimiento de placer.

Ella se quedó sentada en el suelo, y él se arrodilló delante con un movimiento fluido. Luego, Raphael se inclinó y llevó una mano al tobillo que Pia se acababa de torcer. Sus ojos oscuros la observaron brevemente antes de clavarse en el zapato, que le quitó a continuación.

La exploración de Raphael fue tan lenta y suave como metódica. Pia soltó un grito ahogado cuando la tocó donde le dolía, aunque eso no fue tan molesto como el extraño e intenso calor que empezó a sentir entre las piernas. Su respiración se había acelerado, y sus pequeños senos subían y bajaban bajo el corpiño del vestido.

–Deja que me levante –dijo, nerviosa.

–Te has torcido un tobillo. Si te levantas, te caerás.

–No me caeré.

Raphael se encogió de hombros y se apartó. Ella se quitó el otro zapato y se puso en pie, con el calzado en la mano.

–No te irás tan pronto, ¿verdad? La Cenicienta no se va hasta medianoche.

Pia frunció el ceño.

–Ni yo soy la Cenicienta ni tú eres un príncipe. De hecho, te pareces más a un diablo.

Él sonrió, y ella hizo ademán de marcharse tras darle las gracias por su ayuda. Le dolía la cabeza, le dolía el pie y estaba agotada. Pero el ahijado de Gio tenía sus propios planes y, cuando vio que podía andar, la llevó al centro de la pista de baile e hizo un gesto a la orquesta para que interpretara otro vals.

Durante los minutos siguientes, se dedicaron a bailar. Se movían con ligereza, como si no pasara nada, pero Pia estaba tan abrumada por su contacto y su aroma que no se relajó en ningún momento. Era demasiado consciente de la mano que tenía en su cintura, y de las duras y lisas superficies del cuerpo de Raphael.

–Mi ego saldría mal parado si no te hubiera visto bailando con otros hombres –susurró él–. Pero estabas tan tensa con ellos como lo estás conmigo.

Ella lo miró a los ojos.

–Dudo que tu ego pueda sufrir ningún daño –replicó–. Es descomunal.

Raphael soltó una carcajada.

–Háblame de ti, Pia –dijo, acariciándole la cintura–. Háblame de tus sueños y aspiraciones.

Pia suspiró, y él insistió en sus caricias de forma implacable.

–Siento curiosidad –continuó–. Quiero saber qué tipo de helado te gusta y cuál es tu diseñador preferido. O qué le vas a pedir a Gio para tu cumpleaños.

–¿Para mi cumpleaños?

–Sí, ya sabes, en compensación por todos los años que se ha perdido –contestó–. ¿Un yate? ¿Una casa en Venecia?

–Yo no...

–¿Cuántos años tienes? –la interrumpió.

–Veintitrés.

–Has llegado muy lejos para ser tan joven.

Ella tragó saliva, cada vez más incómoda.

–Déjalo ya, Raphael. Estos juegos no se me dan bien.

Él le pasó la mano por la espalda y preguntó:

–¿A qué juegos te refieres?

–A los de los hombres como tú. No estoy acostumbrada a ellos. No soy como las mujeres que conoces... Ni siquiera soy como las mujeres que yo conozco.

Raphael clavó la vista en el collar de diamantes que llevaba al cuello.

–Pues yo diría que se te dan muy bien. Tienes a Giovanni en la palma de tu mano.

–No sé lo que pretendes. No sé qué estás insinuando. No sé por qué te has empeñado en burlarte de mí delante de todo el mundo y, desde luego, tampoco sé por qué...

Pia no terminó la frase. No quería admitir en voz alta que sus caricias la estaban volviendo loca. Pero él insistió.

–¿Qué ibas a decir?

Ella respiró hondo.

–Qué no sé por qué me tocas de esa manera ni por qué reacciono así. Mi corazón late con tanta fuerza que tengo la sensación de que se me va a salir del pecho –le confesó–. Pero, sobre todo, no sé por qué me acaricias mientras me miras con recriminación.

La sonrisa de Raphael perdió la ironía, y sus ojos se volvieron más cálidos. Las palabras de Pia lo habían desconcertado, y ya no estaba tan seguro de que fuera una arribista.

Tras soltarla, Pia se alejó por la sala de baile, sintiendo el frío suelo bajo sus desnudos pies. Se había dejado los zapatos, casi como en el cuento; pero, definitivamente, ni ella era la Cenicienta ni él, un príncipe azul.

Raphael se pasó una mano por el pelo, abrumado por sus propias emociones. El súbito e intenso deseo que había sentido desafiaba la lógica. Pia no era una mujer bella en el sentido clásico del término y, por muchas joyas que se pusiera, tampoco era una mujer refinada; pero tenía algo irresistiblemente sensual.

¿Cuántas mujeres de su clase social habrían admitido sin tapujos que se sentían atraídas por él? ¿Cuántas lo habrían confesado con tanto candor?

Muy pocas, por no decir ninguna. Siempre se andaban con juegos que hasta su propia madre practicaba con asiduidad: cuando le preparaba su comida favorita o rompía a llorar por su difunto esposo no pretendía otra cosa que hacer que se sintiera culpable y le concediera otro de sus carísimos deseos. Y sus cuatro hermanas se portaban exactamente igual con sus respectivos maridos.

Ninguna de ellas habría admitido abiertamente su deseo. Ninguna habría mirado a un hombre con unos ojos tan anhelantes y luminosos como los de Pia, haciéndole sentirse el ser más apetecible del mundo. Lo suyo eran los coqueteos, las indirectas cargadas de tensión sexual y el truco de insinuarse a otros para dar celos a su pareja, argucias que él mismo había sufrido a manos de su exmujer, Allegra.

Pero Pia parecía diferente.

Estos juegos no se me dan bien, le había dicho. Y se lo había dicho con tanta sinceridad como inseguridad; como si su cuerpo la estuviera traicionando y no supiera qué hacer.

Solo había dos posibilidades: que fuera verdaderamente inocente, como indicaba su propensión al rubor, o absolutamente cínica. Quizá había decidido que la forma adecuada de ganarse a un hombre como él era fingir y apelar a su parte más tradicional.

¿Sería eso? ¿Intentaba atenerse a sus gustos para ganarse su confianza?

Mientras paseaba por la mansión, como solía hacer cuando estaba de visita, sintió un escalofrío. Gio le habría hablado mucho de él. Al fin y al cabo, era su ahijado, su protegido y su mayor orgullo, porque había logrado que Vito Automóviles pasara de ser una empresa pequeña a convertirse en una de las mayores del sector. Pero Raphael lo conocía muy bien, y sabía que podía ser extremadamente manipulador.

Durante el baile, había permanecido en un segundo plano, contemplando todo con una sonrisa de satisfacción, como un titiritero encantado con las evoluciones de sus marionetas. Era

obvio que estaba tramando algo y que, como de costumbre, él tendría que arreglar los desperfectos causados por los Mastrantino, sin esperar nada a cambio.

Al cabo de un rato, mientras interrogaba a uno de los empleados sobre Pia, se dio cuenta de que aquello iba a ser más difícil y desagradable que lidiar con los familiares de Giovanni o quitarle de encima a los muchos enemigos que se había ganado durante su carrera profesional.

Ningún empresario de la competencia le había quitado el sueño, aunque fueran capaces de clavarle un puñal por la espalda.

Ninguna de las amargadas exmujeres de Gio había llegado nunca a dañar su aplomo.

Pero la sensual y supuestamente inocente Pia había logrado algo inquietante: despertar sus instintos más básicos.

Capítulo 2

PIA ESTABA en la piscina cubierta, nadando largo tras largo a toda velocidad, como si la persiguiera el mismísimo diablo. Y, en cierto modo, la perseguía; porque Raphael Mastrantino le parecía el diablo.

¿Cómo podía ser tan arrogante?

La había sacado de sus casillas, pero la traición de su propio cuerpo le molestaba bastante más. Con todos los hombres que había en el mundo, se había ido a encaprichar precisamente de aquel.

Desesperada, gimió y hundió la cabeza en el agua. Aún podía sentir el contacto de sus manos en la cintura. Lo único que la animaba un poco era el hecho evidente de que ella lo había sorprendido tanto como él lo había incomodado a ella.

Raphael Mastrantino vivía en un mundo completamente diferente. No la habría mirado ni le habría ofrecido que bailaran si no hubiera sido la nieta de Gio. Pero, ¿por qué había sido tan grosero? ¿Qué sentido tenía?

Ya estaba a punto de salir de la piscina cuando vio al objeto de sus pensamientos, que se había acercado al borde. Tenía el cabello ligeramente revuelto, y su camisa blanca, ligeramente entreabierta, dejaba ver un pecho musculoso y de vello oscuro.

Al mirarlo, se preguntó qué hacía falta para borrar su arrogante sonrisa, qué haría falta para que se arrodillara a sus pies.

–No sabía dónde estabas –dijo él, enseñándole una botella de vino y dos copas–. He tenido que sobornar a uno de los empleados para que me lo dijera.

–No me gustas, Raphael –replicó ella.

–¿Ah, no? Pues yo diría que te gusto demasiado, y que te has escondido por eso.

Pia pensó que, definitivamente, era el hombre más irritante que había conocido nunca.

–El hecho de que mi cuerpo se sienta atraído por ti no implica que mi mente comparta esa opinión. Es una simple y pura reacción química, el resultado de miles y miles de años de evolución –se defendió.

Los ojos de Raphael brillaron con ironía.

–¿Quieres decir que ya no soltarás suspiros cuando bailes conmigo?

–Si he suspirado cuando estábamos bailando, habrá sido por las hormonas –dijo, encogiéndose de hombros–. No estoy acostumbrada a ese tipo de situaciones, y supongo que no me controlo bien cuando estás cerca.

Él dejó la botella y las copas en una mesa y se sentó en una de las sillas.

–¿Por eso huyes de mí? –preguntó.

–Mira, me han hablado mucho de lo importante, poderoso y rico que eres. Diriges una multinacional y, por lo visto, controlas no solo las finanzas de Gio, sino también las de la familia de tu padre, las de la familia de tu madre y las de tus muchos primos. Yo no pertenezco a tu mundo. Solo estoy aquí de vacaciones, y me iré cuando termine el verano. Olvídate de mí, Raphael. No tendremos ocasión de conocernos.

–¿Te vas a ir de verdad?

–Por supuesto que sí. No sé si Gio lo creerá, pero tengo mi propia vida.

Pia prefirió no añadir que su vida era un desastre. Ya no estaba su abuela, y se sentía completamente sola. Nadie se preocupaba de ella.

–¿Gio es consciente de tus intenciones?

–No, y no quiero que lo sea.

Él se quedó en silencio, mirándola con intensidad.

–¿Por qué me miras así? –preguntó Pia, incómoda.

–Porque no pareces la mujer de la fiesta. Pareces distinta.

–Es que lo soy. Me asustaba la posibilidad de manchar un vestido tan caro. Puedo ser más patosa que mis alumnos, y no estoy acostumbrada a llevar lentillas, Además, ya no llevo maquillaje, y mi pelo ha vuelto a su estado normal –dijo, jugueteando con uno rizo.

–¿Tus alumnos?

–Sí. Doy clases de ciencias en un instituto.

Él la miró con asombro y, a continuación, pasó la vista por su boca y por sus hombros, visibles por encima del agua.

–Así que eres profesora... Me empiezo a morir de curiosidad, y no es algo que me pase con frecuencia.

Pia se estremeció, consciente de que su voz no se había vuelto súbitamente más ronca porque sintiera curiosidad por ella, sino porque la deseaba. Y decidió cambiar de conversación.

–¿Qué tienes en contra de mí, Raphael?

Él ladeó la cabeza y sonrió a la luz de la luna, que acariciaba la oscura columna de su cuello y la aterciopelada piel de su pecho.

–¿Al margen de que intentes manipular a un anciano? –replicó.

Pia se estremeció una vez más. Evidentemente, Raphael creía que intentaba echar mano a la fortuna de su abuelo, lo cual era del todo falso.

–Será mejor que salgas del agua. Te vas a quedar congelada –continuó él, malinterpretando su estremecimiento.

–Estoy bien, y estaré mejor cuando te vayas.

–Si no sales ahora mismo, te sacaré yo.

Pia lo miró un momento y empezó a subir por la escalerilla.

En cuanto salió de la piscina, él se le acercó y le puso una toalla por encima de los hombros. Sin embargo, no se limitó a eso: le frotó los brazos, el pecho y la espalda como si fuera una niña, para que entrara en calor. Y, aunque su intención era inocente, Pia se excitó de todas formas.

–Has estado demasiado tiempo en el agua. Venga, siéntate.

Pia se sentó, aceptó la copa de vino que Raphael le ofreció y echó un trago.

Estuvieron varios minutos en silencio, sentados el uno junto a la otra, sin decir nada. Ni siquiera se miraron, lo cual no impidió que ella se sintiera igual que en la sala de baile, abrumadoramente consciente de él. Aún podía sentir el eco de su contacto.

Raphael Mastrantino era el hombre más atractivo que había visto en su vida, y era lógico que lo deseara. No tenía motivos para sentir vergüenza. Pero tampoco lo quería analizar, porque habría llegado a la conclusión de que ella no estaba a su altura; no era ni suficientemente bella ni suficientemente refinada ni suficientemente elegante.

Y si no se andaba con cuidado, volvería a caer en la trampa de Frank, su exnovio, que se había aprovechado de su inseguridad.

–Solo quiero pasar el verano con mi abuelo –dijo ella, rompiendo el silencio–. No sé por qué te preocupa tanto.

–Porque soy amigo de Giovanni, y lo quiero mucho más que ese montón de arribistas que tiene por familia. Haría cualquier cosa por protegerlo a él y proteger sus intereses. No voy a permitir que lo manipules.

–¿Se puede saber qué he hecho para que desconfíes de mí?

–Engañar a un anciano que te ha recibido con los brazos abiertos sin comprobar siquiera si eres quien dices ser.

–Ah, vaya. De ser una estafadora que le quería robar su fortuna

he pasado a ser una estafadora y una impostora a la vez –ironizó.

–Los hechos parecen demostrarlo.

Pia apretó los puños y dijo, levantándose de la silla:

–Lucia, la amante de Gio, era mi abuela. Lo abandonó tras una discusión, y se marchó a vivir a los Estados Unidos. Mis padres murieron cuando yo tenía tres años, y ella se encargó de mí. No supe nada de Giovanni hasta que Lucia falleció, cuando encontré las cartas que le había escrito y lo llamé. Esa es la verdad.

–Y también es cierto que te ha dado miles de dólares en el mes escaso que llevas aquí.

Pia se sintió mortificada. Comprendía que Raphael estuviera preocupado, teniendo en cuenta que no la conocía. Desde su punto de vista, había grandes posibilidades de que, efectivamente, fuera una estafadora, pero eso no justificaba su falta de delicadeza.

–¿Cómo sabes eso? –preguntó con timidez–. Dudo que Gio te lo haya dicho.

–Llevo todas sus finanzas. De hecho, sus tres exmujeres han aprendido a contentarse con lo que les da y no cometer el error de intentar engañarme.

Ella lo miró a los ojos.

–Estás sacando conclusiones a partir de un hecho sacado de contexto y por una simple transacción.

–Es posible, pero es un hecho de todas formas. Y yo solo creo en los hechos.

Justo entonces, la toalla se le cayó al suelo, y Pia se quedó en bañador. No era el aspecto más adecuado para enfrentarse a él; pero era el que tenía, así que sacó fuerzas de flaqueza y le dijo la verdad, aunque implicara confesarle el episodio más humillante de su vida.

–Giovanni me dio ese dinero para que pagara una deuda con el banco.

–De donde se deduce que lo investigaste antes de ponerte en contacto con él. Sabías que era rico –afirmó Raphael.

–Si no me das ninguna oportunidad, esta conversación no tiene sentido –alegó ella–. Entiendo que te sientas en la necesidad de proteger a Giovanni, pero deberías concederme el beneficio de la duda. A fin de cuentas, hablamos de algo importante para su felicidad.

Cansada de la situación, Pia dio media vuelta con intención de marcharse; pero él se echó hacia delante y la agarró de la muñeca.

–Quédate –dijo él, tenso–. Escucharé lo que tengas que decir, aunque no puedo prometerte que te crea.

Ella suspiró y se sentó de nuevo.

–Contraje esa deuda porque cometí la estupidez de confiar en un canalla.

–¿En un canalla? ¿Qué quieres decir? –preguntó, interesado.

–Creí en un hombre que dijo estar enamorado de mí –contestó–. Dejé el trabajo durante dos años, para cuidar de mi abuela y, cuando falleció, volví al instituto. Él era el nuevo profesor de gimnasia. Empezamos a salir y, al cabo de unos meses, me confesó que me amaba.

Pia respiró hondo y siguió hablando.

–Confíe en él y le presté dinero porque me dijo que tenía problemas. Le presté dinero una y otra vez. Le di lo poco que mi abuela me había dejado y, cuando me quedé sin ahorros, pedí un crédito al banco porque afirmó que lo necesitaba con urgencia.

Raphael la miró con intensidad, y ella se preguntó si la habría creído. Pero, a decir verdad, no le importaba mucho. Frank la había engañado de la peor manera posible. Nada de lo que Raphael pudiera decir empeoraría las cosas.

–¿Es posible que seas tan ingenua como pareces? ¿Cómo pudiste confiar en alguien hasta el punto de arriesgar todo lo que tenías?

Pia se sintió como si le hubiera dado una bofetada. Al parecer, Raphael no se iba a apiadar de ella ni después de haber oído su historia.

–Tras la muerte de mi abuela, me sentí completamente perdida –declaró, bajando la cabeza–. Durante dos años, no había hecho otra cosa que cuidarla, y casi no me quedaban amigos. Él era guapo y atento. Se acercó a mí en cuanto volví al instituto, y hasta me confesó que me había elegido para salir después de investigarme. Habló con los otros profesores, y ellos le dieron la munición que necesitaba.

–¿La munición?

–Le dijeron que yo era tímida e inexperta y que había estado cuidando de mi abuela durante mucho tiempo, así que necesitaba volver a vivir. Le dijeron que no había salido en serio con ningún hombre, y que seguramente le agradecería que se fijara en mí –contestó–. Tenían buena intención. No podían saber que pretendía estafarme.

–¿Y qué ha sido de él? ¿Ha venido contigo?

–No –replicó con firmeza–. Cuando se dio cuenta de que ya no me podía sacar más dinero, me abandonó de inmediato. Pero no antes de decirme que me había elegido a mí porque era una

estúpida fácil de engañar.

–¿No le dijiste que tu abuelo es un hombre rico? ¿Seguro que no se va a presentar de repente para manipular a Gio a través de su nieta?

–Basta ya, Raphael –protestó ella–. No, no va a venir. Frank ya no forma parte de mi vida. Y me creas o no, yo no sabía que Gio era rico cuando decidí venir. De hecho, me alegro enormemente de no haberlo sabido. Si Frank se hubiera enterado, se habría casado conmigo para poder exprimirlo.

Pia se estremeció violentamente. Raphael alcanzó otro toalla y se la puso sobre los hombros.

–Necesito más detalles sobre ese Frank.

–¿Me dejarás en paz si te los doy?

–Eso depende de...

–Gio no me ha regalado nada, Raphael –lo interrumpió Pia, harta de sus amenazas–. Solo me ha prestado un dinero que tengo intención de devolver, y por la suma exacta de mi deuda. Ni siquiera tendría que darte explicaciones. Te lo cuento porque sé que mi abuelo te quiere mucho, pero eso es todo. Me da igual lo que opines de mí. Tú y yo no tenemos nada que ver.

Pia no tenía razón.

No importaba si era nieta de Gio, si no lo era, si era una estafadora o la mujer más cándida de la Tierra. En cualquier caso, se había convertido en su problema, y eso significaba que tenían mucho que ver.

Con el pelo mojado y pegado a la cara, tenía un aspecto increíblemente juvenil. Y, a pesar de su desconfianza, parecía tan ingenua como afirmaba ser.

De hecho, Raphael quería creer que lo era. Pero sobre todo, quería probar sus temblorosos labios, cerrar las manos sobre su estrecha cintura y apretarla contra él para sentir sus suaves curvas.

Quería borrar la tristeza que brillaba en sus grandes y luminosos ojos. Quería borrar el dolor que le había causado aquel hombre y envolverla en algún tipo de crisálida que la mantuviera a salvo de todo mal.

Pero, ¿por qué?

Solo habían pasado cinco horas desde que la había conocido, y ya se sentía capaz de hacer cualquier cosa por ella.

Además, su situación se iba a complicar bastante si estaba diciendo la verdad. Gio había hecho algo más que cubrirla de

joyas y vestidos caros: la había puesto en mitad de la horda hambrienta de arribistas milaneses. Y si resultaba ser una ingenua, no tendría ninguna posibilidad de sobrevivir.

Al cabo de unos momentos, Pia se levantó para marcharse. Él decidió acompañarla y, por el camino, se llevó una sorpresa. Cuando la tomó de la mano, descubrió que sus largos y finos dedos tenían callos en las yemas.

–¿Por qué tienes callos? –se interesó.

–Yo te podría preguntar lo mismo –contestó ella–. Pensaba que los altos ejecutivos se hacían la manicura y llevaban brazaletes de oro.

Él sonrió con satisfacción masculina.

–Puede que dirija una empresa, pero también soy ingeniero. Y por si eso fuera poco, me dedico a restaurar coches antiguos en mi tiempo libre, aunque no se puede decir que tenga demasiado –le informó–. ¿Y tú? ¿Cuál es tu excusa?

–Que hago juguetes de madera cuando puedo. Solo es un divertimento, pero Frank me hizo una página web para que pudiera vender mis productos.

Pia frunció el ceño al pronunciar el nombre de su exnovio, y él pensó que, si estaba interpretando un papel para engañar a Gio, se encargaría de que terminara en la cárcel. Pero empezaba a pensar que Gio había hecho bien al confiar en ella; en primer lugar, porque le había comentado que Pia sabía cosas de su relación con Lucia que nadie más podía saber y, en segundo, porque su instinto se lo decía.

Raphael se jactaba de conocer a la gente. El suicidio de su padre lo había obligado a afinar su perspicacia, aunque solo fuera para saber en qué acreedor podía confiar, quien era leal a la manchada memoria del difunto o quién haría lo que fuera con tal de humillar a su madre y sus hermanas. Y si Pia era verdaderamente inocente, tendría un buen problema.

No quiso ni pensar en las bandadas de jóvenes, hambrientos y solteros milaneses que caerían sobre ella como buitres. Ya había tenido que echar mano de su reputación de hombre implacable para quitarse de encima a los tipos que intentaron seguirla cuando se fue de la fiesta; tipos que, de lo contrario, se habrían ido con ella y habían admirado su esbelto cuerpo y el brillo de sus ojos mientras ella hablaba de Lucia y Giovanni.

–Si tengo que hacer un millón de juguetes para devolverle el dinero a Giovanni, los haré –dijo ella con orgullo.

Raphael adoptó un tono más seco.

–Aunque estés diciendo la verdad, no puedo permitir que te vayas sin asegurarme antes de que no le has partido el corazón.

Ella suspiró, aparentemente ajena al efecto que causaba en él. ¿Cómo era posible que no fuera consciente de lo sensual que resultaba? ¿No se daba cuenta de que aquellos ojos enormes, que miraban como si pudieran ver el alma del hombre que estaba con ella, podían empujarlo a hacer cosas imperdonables?

–¿Por qué crees que me he prestado a ese circo? –preguntó ella, señalando la mansión–. Cometí un error al contarle a Gio lo de Frank. Por eso ha invitado a tantos solteros, y por eso competían por estar conmigo. Pero no me he dado cuenta hasta que tú lo has mencionado. Obviamente, Gio cree que no sé cuidar de mí misma.

Raphael sabía que había sido grosero con ella, aunque su afirmación fuera exacta. Pero, en cualquier caso, le molestaba que esos hombres pretendieran utilizarla para llegar a la fortuna de su abuelo.

–¿Y sabes cuidar de ti misma?

–Aunque no supiera, tú eres la última persona a la que pediría ayuda –replicó, tajante–. No quiero saber nada de los hombres como tú.

–¿Hombres como yo? –preguntó, arqueando una ceja.

–Frank me enseñó una lección importante. Decía ser mi novio, pero me abandonó cuando me quedé sin dinero. Y tú eres tan arrogante, seguro y sexy como él... de hecho, lo eres mucho más. Las mujeres te adoran aunque no te dignes ni a mirarlas y, en cuanto a los hombres, quieren ser como tú.

Raphael no dijo nada, y ella siguió hablando.

–Abusas de tu poder o tu encanto con todos los que te cruzas. Les quieres imponer tu voluntad –le acusó–. En mi caso, has usado tu atractivo físico para ponerme en mi lugar y demostrar que tienes razón, sin preocuparte por conocer la verdad... Y eso te lo puedo perdonar, pero no te perdonaré que te hayas burlado de mí y de lo que soy. Crees que las personas como yo no estamos a tu altura.

–¿Las personas como yo? –dijo él, sintiéndose como si le hubiera pegado un puñetazo.

–Sí, eso mismo, una aburrida, tímida y gris profesora que no sabe nada de hombres –respondió, claramente dolida–. Primero, me presionas de forma grosera para saber si estoy diciendo la verdad y luego, convencerás a Gio de que me envuelva en una burbuja con el argumento de que soy una estúpida e ingenua criatura capaz de meter a un tipo como Frank en vuestro

maravilloso mundo.

Pia respiró hondo y añadió:

–No me importa que me creas o no me creas, pero aléjate de mí. No necesitas verme para asegurarte de que no desplume a Gio.

Pia echó sus esbeltos hombros hacia atrás y se fue con la elegancia de una ninfa, dejándolo más hechizado que nunca.

Si era una estafadora, encontraría la forma de que acabara en prisión; pero si era lo que decía ser, la nieta de Gio, estaría fuera de su alcance; y no era una perspectiva que le agradara demasiado.

Pia le acababa de dar la conversación más real que había mantenido con una mujer. La más real de toda su vida.

Capítulo 3

Aléjate de mí.

Las palabras de Pia acompañaron a Raphael cuando recorrió la propiedad para comprobar que los últimos y embriagados invitados llegaban a sus coches y, a continuación, que los empleados limpiaban la sala de baile antes de retirarse a sus habitaciones y disfrutar de un merecido descanso.

No sabía si Gio estaría contento con la fiesta, pero él pensaba que había sido sensacional.

Fuera quien fuera Pia, no había pronunciado esas palabras en vano; lo había dicho en serio, dolida por sus acusaciones. Pero a Raphael le interesaba más su afirmación de que se había burlado de ella, lo cual era cierto.

Ahora bien, ¿por qué se había burlado? ¿Porque su ingenuidad le parecía absolutamente ridícula? ¿O porque la envidiaba? A fin de cuentas, él no había tenido la oportunidad de ser un ingenuo.

Ya estaba a punto de acostarse cuando vio al gran manipulador y lo siguió hasta el interior de su despacho, donde el patriarca de la familia cerró la puerta y le ofreció una copa de vino tinto. Luego, Giovanni se sentó en el sofá y soltó un largo suspiro, recordando a Raphael que no estaba solo ante un hombre inteligente con talento para las maquinaciones, sino también ante un hombre anciano.

–¿No deberías estar en la cama? –dijo Raphael, sentándose a su lado–. Ha sido una noche larga, y no es bueno para tu salud.

–¿Qué te ha parecido mi nieta nueva?

Raphael se encogió de hombros, consciente de que no podrían hablar de nada más hasta que tocaran el asunto en cuestión.

–No me sorprendería que la hubieras encargado en una tienda –respondió.

–¿Cómo? –preguntó Gio.

–Encaja muy bien en tu concepto de lo que debería ser una nieta. Sospechosamente bien, ¿no te parece?

Gio sonrió.

–Ah, admites que es perfecta...

Raphael se pasó una mano por el pelo, frustrado. Y no era una frustración cualquiera, sino una frustración derivada de un hecho

que le podía complicar mucho la existencia, porque era obvio que Gio no lo aprobaría: que deseaba a Pia.

–Yo no diría tanto. Solo es una huérfana tímida e inocente que ha cruzado medio mundo para conocer al amante de su abuela –dijo–. Maldita sea, Gio, ¿es que no te das cuenta? Su perfección es la de una trampa pensada exclusivamente para ti. Siempre has querido eso, y ahora te lo ofrecen en bandeja.

–Estás equivocado. Pia no sería capaz de engañarme. No se parece nada a su apasionada abuela –comentó.

–Pero quizá se parezca a su manipulador abuelo.

–No, en absoluto. Es joven y dulce, nada más. No me extraña que los hombres hagan cola para por seducirla.

Raphael frunció el ceño.

–¿Te molestaste en comprobar que es nieta tuya antes de ponerla delante de todos los arribistas milaneses con un montón de diamantes al cuello?

–No tengo ninguna duda al respecto. Es la nieta de Lucia, mi nieta.

–Pues discúlpame si no salto de alegría.

–Te has convertido en un cretino insensible, Raphael. Desconfías hasta de tu propia sombra –replicó Gio.

–Me limito a ser realista. Y después de tres matrimonios, tú también deberías serlo –declaró–. Deberías estar curado de espanto con los ojos supuestamente inocentes y las actitudes supuestamente ingenuas.

Giovanni lo miró por encima de su copa de vino.

–Os he observado esta noche. He oído algunas de las cosas que le has dicho. Has estado excepcionalmente cruel.

Raphael lo miró con cara de pocos amigos. Siempre se había enorgullecido de su reputación de hombre implacable, pero aquella noche era una amarga excepción.

–¿Y por qué no saliste en su rescate? Sabías lo que iba a hacer, Gio. ¿Se puede saber a qué demonios estás jugando?

–Sabía que la presionarías y que buscarías incongruencias en su historia, pero no sabía que bailarías con ella ni que la acosarías de tal modo que huiría de ti. No sabía que ibas a perder tu legendario aplomo –dijo lentamente, como sopesando un problema difícil–. ¿Qué te ha dicho en la piscina?

–¿Cómo sabes que hemos hablado en la piscina? ¿Le has dicho a los empleados que nos espíen? –preguntó, indignado.

Gio lo miró con intensidad y, a continuación, rompió a reír.

–Oh, Dios mío... Ahora lo entiendo. Pia te gusta. La deseas –

dijo entre risas.

Raphael gruñó.

–Te recuerdo que se trata de tu nieta.

–Se te ha metido dentro, y eso te desagrada –insistió Gio–. Dime la verdad, Raphael. ¿Pia te interesa?

Raphael se echó hacia atrás, incómodo.

–Hablas de ella como si fuera una res que puedes vender a tu antojo.

–Contesta a mi pregunta.

–Sabes perfectamente que mi interés por las mujeres no dura más de una noche. Y, por supuesto, nunca me fijo en mujeres que salen corriendo cuando las toco.

El humor de Gio desapareció al instante.

–No la rebajes de esa manera –protestó–. Como bien has dicho, es mi nieta.

–Has empezado tú –se defendió Raphael–. Pero, ¿qué implica exactamente que sea tu nieta?

–Implica que se ha ganado mi corazón y que haré cualquier cosa por ella. Implica que heredará todo lo que poseo, incluidas las acciones de Vito Automóviles.

Su ahijado se quedó perplejo. Llevaba años intentando convencerlo de que le vendiera esas acciones, lo cual habría fortalecido su posición en la empresa; pero, a pesar de que Raphael era su director ejecutivo y el alma de todos sus proyectos, Gio se había negado a vendérselas. Y ahora decía que se las iba a dejar a su nieta.

–¿Le vas a dejar tus acciones a una mujer que, según dice ella misma, estaba tan desesperada por conseguir un poco de amor que se lanzó en brazos de un canalla sin escrúpulos? ¿A una mujer capaz de perder sus ahorros y endeudarse hasta las cejas por no perder a un tipo así? –preguntó, sin salir de su asombro–. ¿Esa es la persona que va heredar tu fortuna? ¡Las hienas que te rodean se abalanzarán sobre ella!

–Razón de más para que asegure su futuro –respondió–. Quiero que no le falte de nada cuando fallezca.

–¿Y qué crees que pasará cuando se corra la voz? En cuanto se enteren, harán lo que sea por echar mano a su fortuna –alegó Raphael–. Es lo mismo que has hecho con esa fiesta y ese collar de diamantes. Equivale a ponerle un cartel en el cuello para anunciar que la veda está abierta.

–Esa no es mi intención –replicó Gio, repentinamente preocupado–. Solo intentaba agasajarla.

–¿Agasajarla?

–Por supuesto que sí –dijo–. Durante años, me he preguntado qué habría sido de Lucia... y ahora tengo a su nieta, a mi nieta. Quiero darle todo lo que pueda desear. Quiero mimarla, protegerla, cuidarla. ¿Me vas a negar la posibilidad de redimirme un poco? ¿Me vas a negar hasta el placer de mostrarme orgulloso de ella delante de todo el mundo?

Raphael respiró hondo. Ya no había duda de que Gio intentaba comprarle un príncipe azul; por eso había invitado a tantos solteros jóvenes. Y ahora, la iba a entregar envuelta en papel de regalo al primer granuja que se ganara su afecto.

–No tengo derecho a negarte nada, pero te ruego que no le des más dinero hasta que me asegure de que Pia es quien dice ser.

–Haz lo que tengas que hacer, Raphael. ¿Quién sabe? Puede que ocupe mi puesto en la junta directiva.

–¡Es una simple profesora de ciencias, Gio! No la puedes meter en una junta directiva llena de tiburones de las finanzas. ¡Se la zamparán de un bocado!

–No si te tiene a ti. Tú la aconsejarás y la guiarás.

–No tengo tiempo ni paciencia para enseñar nada a esa mujer. Ya tengo bastante con Alyssa y mi trabajo.

–¿Alyssa?

Raphael decidió volver a la conversación anterior. Gio adoraba a su hijastra, Allegra, que era la madre de Alyssa y la exmujer del propio Raphael. Y, si empezaba a darle explicaciones sobre su vida privada, el anciano se metería donde no lo llamaban.

–Mira, haz lo que te parezca oportuno. Mientras la mantengas alejada de Vito Automóviles, el resto me da igual –replicó–. Por mí, como si decides quemar todo tu dinero.

Raphael salió del despacho, y Giovanni soltó un suspiró de satisfacción. Era consciente de que ni Pia ni él lo querrían demasiado cuando terminara con ellos, pero no le importaba en absoluto. Solo había un hombre al que podía confiar su querida empresa; el mismo hombre al que iba a confiar a su nieta.

Capítulo 4

PIA ESTABA en la décima planta de la impresionante sede de Vito Automóviles, ante las dos mesas de las secretarias de Raphael. Ardía en deseos de salir corriendo; pero tendría que haber corrido bastante tiempo, porque entre ella y los ascensores había un interminable corredor de baldosas de mármol.

Aléjate de mí.

Al recordar las palabras que había pronunciado diez días antes, se estremeció. ¿Seguro que estaba haciendo bien? Raphael le gustaba tanto que no se podía controlar cuando estaba a su lado. Se sentía como si sus piernas se hubieran vuelto de gelatina y, para empeorar las cosas, no era capaz ni de fingirse refinada.

Quizá fuera mejor que diera media vuelta y se marchara. Pero, justo entonces, Raphael abrió la puerta de su despacho y salió.

Se había quitado la chaqueta, y llevaba una camisa blanca remangada que dejaba ver sus brazos morenos y un reluciente Rolex. Tenía ojeras, y el pelo algo revuelto; lo cual no impedía que estuviera tan sexy como de costumbre.

–Hola, Pia. ¿Llevas mucho tiempo esperando? –preguntó, extrañado.

Sus dos secretarias se giraron hacia Pia y, tras levantarse, se disculparon rápidamente en italiano.

–No, no, acabo de llegar –respondió Pia–. Ni siquiera he podido preguntar por ti.

Él la miró de arriba abajo, pasando la vista por su blusa y sus vaqueros cortos antes de volver a clavarla en sus ojos.

–Entra, por favor.

–No es necesario –dijo ella, nerviosa–. Pensándolo bien, es algo ridículo, sin importancia... Ya hablaremos en otro momento.

Pia dio media vuelta, pero Raphael la tomó de la mano y la llevó a su despacho tras pedir a las secretarias que no los interrumpieran por ningún motivo. Luego, cerró la puerta y se apoyó en ella con un aire de elegante informalidad.

–No deberías ir sola por un país que no conoces.

–¿Es que te preocupa mi seguridad?

Él sonrió con ironía.

–La nieta de Giovanni Vito es la sensación de Milán. Te has convertido en objetivo prioritario de un montón de hombres.

Pia respiró hondo.

–En realidad, no he venido sola. Me ha traído Emilio, que tenía que venir a la ciudad de todas formas. Por lo visto Gio ha ido a visitar a su hermana.

–Ah, Maria, la vieja dragona.

–Sí, la mujer que se entrometió entre Giovanni y mi abuela y consiguió separarlos. Llenó su cabeza de mentiras. Transformó su amor en amargura.

Raphael arqueó una ceja.

–Le concedes un crédito demasiado alto. Si su amor hubiera sido suficientemente fuerte, no se habrían dejado engañar –alegó–. Pero, en lugar de confiar en su pareja, Lucia lo abandonó y Gio se casó tres veces, intentando curar su corazón roto.

–Sé lo que sentía mi abuela. He leído sus cartas. Y, si vuelves a poner en duda su amor, te pegaré un puñetazo –replicó, indignada.

Él se apartó de la puerta con gracia felina.

–¿Un puñetazo? Y pensar que Giovanni te tiene por una jovencita dulce y encantadora...

Pia retrocedió hacia la mesa, por mantener las distancias con él.

–Puedo ser bastante desagradable, Raphael.

–¿Me estás amenazando? –preguntó con humor.

Ella se encogió de hombros.

–Mi abuela lo era todo para mí, y no perdonaré a una persona que le hizo tanto daño –dijo–. De hecho, esa es la razón de que haya tolerado tus acusaciones. Te preocupas por Gio, y desconfías de cualquiera que pueda hacerle daño. Como yo con Maria.

Raphael asintió.

–Eso es cierto. Mi abuelo también lo es todo para mí. Es la única persona que me ha apoyado siempre sin pedir nada a cambio.

Su tono fue tan intenso y sincero que Pia se estremeció. Por fin estaba ante el verdadero Raphael, el hombre que se ocultaba tras una fachada de dureza, un hombre al que podía respetar y querer.

–Bueno, ahora que ya hemos establecido un interés común...

Ella carraspeó y dejó la frase sin terminar. Él se acercó rápidamente, le puso una mano en el brazo y dijo:

–Si sigues estando tan nerviosa conmigo, te daré un motivo de verdad.

–¿A qué te refieres? –preguntó, estremecida.

–¿Seguro que quieres saberlo?

Ella tragó saliva, consciente de que no debía jugar con Raphael. Era demasiado peligroso, así que se apartó y se sentó.

Para alivio de Pia, Raphael se alejó de ella y se acomodó en el sofá del despacho.

–Me has estado evitando.

–He estado evitando a toda la población masculina de Milán. Y sin demasiado éxito.

Raphael frunció el ceño.

–Vaya, veo que Gio sigue empeñado en encontrarte un príncipe azul –declaró–. ¿Por qué se lo permites? ¿Estás tan decepcionada con el amor que has decidido que Gio te compre un marido conveniente?

–Si te sigues burlando de mí, me marcharé –lo amenazó.

–Lo siento –se disculpó él.

–No puedes decir cosas con intención de herirme y disculparte después como si no hubieras tenido esa intención –dijo–. He venido a verte porque no tenía elección. Y porque, lo creas o no, confío en ti.

Él apartó la mirada un momento, como si su declaración le hubiera sorprendido.

–¿Y a qué has venido, si se puede saber?

–Tenías razón. Giovanni dio esa fiesta con intención de presentarme a hombres solteros. De hecho, no he tenido un día libre desde entonces. Me lleva de fiesta en fiesta, como si yo fuera un estorbo y ardiera en deseos de pasárselo a otra persona –contestó–. Y no te rías. No tiene ninguna gracia.

Raphael se limitó a sonreír en silencio.

–No puedo darme la vuelta sin que aparezca un nieto o un sobrino de algún amigo de Gio. Hay tantos que soy incapaz de recordar sus nombres. Si me niego a salir con ellos, Gio me pide que les dé un paseo por los jardines de la propiedad. Si me niego a ir a otra fiesta, me lleva de todas formas y me deja a solas con mis pretendientes. Solo quieren su dinero, pero hace como si no lo supiera. Y finge no oír nada cuando digo que son un hatajo de...

–¿Idiotas?

–Sí, exactamente. Pero me estoy cansando de sus falsas atenciones, de sus miradas cariñosas y de sus exagerados halagos a cuenta de mi belleza.

–Nadie puede detener a Gio cuando se le mete algo en la cabeza –observó Raphael–. ¿Por qué crees que se lleva tan mal con sus hermanos, sus hermanas y sus exmujeres?

–Pero a ti te escucha. Te tiene por una especie de dios.

Raphael sacudió la cabeza.

–Ya le dije lo que iba a pasar, pero está decidido a encontrar un príncipe a su querida princesa. Y no me mires como si hubiera dicho algo terrible. Es la pura verdad.

Pia suspiró.

–Cada vez que intento hablar con él, se pone sentimental. Me habla del error que cometió con mi abuela, y dice que no quiere marcharse a la tumba sin saber que tú y yo estamos bien. Tú también le preocupas, ¿sabes?

Raphael bufó.

–¿Eres consciente de que tu abuelo es un manipulador?

–Es una forma horrible de decirlo.

–Pero es cierto. Si le conviene, Giovanni te manipulará hasta que admitas que la Tierra es plana –alegó.

Ella lo miró con extrañeza.

–Espera un momento... Me estás hablando como si confiaras en mí. ¿Ya no crees que sea una impostora?

–No. Mis investigadores me han informado de que eres la nieta de Lucia. Y de Giovanni.

Esa era la razón de que Raphael llevara cuatro días sin ver a Gio. Pero ni cuatro días ni un millón de pensamientos le habían dado la solución a su problema: cómo afrontar el hecho de que la nieta de Pia le gustara. Y qué hacer para no dejarse llevar por el deseo.

Raphael conocía a cientos de mujeres más bellas y refinadas; mujeres que estaban dispuestas a acostarse con él y que, por supuesto, no eran nietas de Giovanni. ¿Por qué se había tenido que encaprichar de Pia, precisamente? Al principio, pensó que solo le gustaba porque era inocente, honrada y sin experiencia, es decir, todo lo contrario a sus amantes. E intentó convencerse de que se le pasaría con el tiempo.

Sin embargo, no se le pasaba.

La sangre le hervía en las venas desde que la había visto en el exterior de su despacho, esperando.

Quería acercarse y quitarle las gafas de pasta negra, que le daban aspecto de profesora de instituto. Quería inclinarse sobre su blusa de flores y pasarle la lengua por el cuello. Quería soltar su preciosa melena de cabello castaño y acariciarla. Quería bajarle los vaqueros lentamente, llevar las manos a sus larguísimas

piernas y saciarse con ella.

Era una situación desesperante.

No se había sentido así desde su adolescencia, cuando aún no había aprendido a controlar su deseo. Pero no lo podía evitar, porque ahora sabía que, bajo la fachada tímida de aquella mujer, se ocultaba un espíritu tan apasionado como el suyo.

–¿Has hecho que me investiguen? –preguntó ella, sorprendida.

Él se encogió de hombros y dijo:

–Gio se dejó engañar por tres mujeres que se casaron con él sin más intención que hacerse ricas a su costa.

Pia se levantó del sillón, cruzó la sala y se sentó en el sofá de Raphael, aunque en el extremo contrario.

–Estoy esperando –declaró.

–¿A qué?

–A que te disculpes.

–Corrígeme si me equivoco, pero me acabas de decir que las disculpas que no se sienten no sirven de nada.

–Eres el hombre más arrogante e irritante que he conocido.

–Es posible, pero sigo sin saber por qué estás aquí.

Ella respiró hondo.

–Porque he discutido con Giovanni.

Para desconcierto de Raphael, los ojos de Pia se llenaron súbitamente de lágrimas. Y para desconcierto aún mayor, su angustia le dolió tanto que se sintió en la necesidad de inclinarse hacia ella y poner una mano sobre las suyas.

–¿Qué ha pasado, Pia?

Ella apartó las manos con rapidez.

–Entre los hombres que me persiguen, solo hay uno con el que me llevo bien, Enzo. Es amable y divertido, así que decidí usarlo para que los demás me dejaran en paz.

–¿Enzo Castillaghi? –preguntó Raphael, frunciendo el ceño.

Pia asintió.

–Fue sincero conmigo desde el primer momento. Me dijo que era homosexual, aunque su familia no lo sabe y se enfadaría mucho si lo supiera. Su padre, Stefano, está tan empeñado como Giovanni en que se case conmigo.

–¿Stefano está aquí?

–Sí, llegó ayer con su hijo, y se quedaron a comer. Yo ni siquiera sabía que Gio estuviera tan bien informado sobre mi relación con Enzo, pero es obvio que lo está –contestó–. Después de comer, Enzo y yo salimos a dar un paseo por los jardines, y él me ofreció un matrimonio de conveniencia. Dijo que, si nos

casamos, se quitaría de encima a su familia y yo, a Gio y su corte de pretendientes.

Raphael soltó una maldición. ¿A qué diablos estaba jugando Giovanni? Era consciente de que odiaba a Stefano Castillaghi, y también lo era de que, si Enzo se casaba con Pia, Stefano podría echar mano a Vito Automóviles.

–¿Qué pasa? ¿Tan malos son los Castillaghi? –dijo ella.

–Enzo es inofensivo, pero su padre lo controla por completo. Y en cuanto a Stefano...

–¿Sí?

Raphael se pasó una mano por el pelo.

–Stefano fue socio de mi padre durante veinte años. Hicieron varias inversiones ruinosas en compañía de un tercer socio y, cuando el asunto estalló, descubrimos que Stefano y el otro hombre habían encontrado la forma de pasar toda la deuda contraída a mi padre, que lo perdió todo de la noche a la mañana.

–¿No había ninguna forma legal de impedírselo?

–Me temo que no. Pero eso no fue lo peor.

Raphael se sumió en un silencio tan sombrío que, al cabo de unos segundos, Pia dijo:

–Hay algo más, ¿verdad? Algo que no me has contado.

Raphael asintió.

–Mi padre se suicidó poco después.

Pia se quedó helada, y esta vez fue ella quien se inclinó sobre él y acarició sus manos.

–¿Era un buen hombre? –preguntó con dulzura.

–Mi padre era un cobarde –replicó, muy serio.

–¿Cuántos años tenías?

–Diecisiete.

–Oh, Dios mío...

Raphael se apartó de ella.

–Gio lo es todo para mí. Le debo todo lo que soy. Pero no voy a permitir que Stefano entre en la directiva de Vito Automóviles –sentenció, harto de hablar de su pasado–. ¿Qué le dijiste a Enzo?

Pia apartó la mirada.

–Rechacé su oferta. Es encantador, pero no me casaré con él por conveniencia, como no me casaría contigo por hacer feliz a Gio.

–Vaya, me alegro de saberlo –ironizó Raphael.

–Y yo me alegro de que te alegres –contraatacó Pia–. Y ahora, ¿puedo seguir con lo que te estaba contando?

Raphael sonrió.

–Sí.

–Cuando se fueron, Gio me dijo que Enzo era un buen hombre y que yo debía aceptar su oferta. Le contesté que no tenía intención de casarme con nadie, y él reaccionó tan mal que lo acusé de intentar manipularme –declaró–. Luego, afirmó que tenía derecho a buscarme un marido y que solo quería asegurarse de que no cayera en las garras de otro tipo como Frank.

Pia se detuvo un momento y añadió:

–Nos gritamos el uno al otro, y yo lo amenacé con marcharme y no volver nunca, igual que mi abuela. Gio se puso pálido. No podía ni hablar. Tenía tan mal aspecto que uno de los empleados tuvo que llamar al médico, pero tardaba tanto en llegar que... Fue horrible, Raphael. Pensé que se iba a morir.

Pia rompió a llorar desconsoladamente, y Raphael la tomó entre sus brazos.

–No te preocupes, no le va a pasar nada –dijo, intentando animarla.

–No puedo perder a mi abuelo. No quiero perderlo. Pero, al verlo así, tumbado en la cama, me dio por pensar en mi abuela y me di cuenta de que, si le pasara algo por mi culpa, no me lo podría perdonar.

–¿Y qué vas a hacer? ¿Casarte con un homosexual para que Gio esté contento y no se preocupe por ti?

Ella se secó las lágrimas.

–No, claro que no –respondió–. Aunque creo haber encontrado una solución.

Raphael retiró el brazo que le había pasado alrededor de los hombros y se apartó, tenso. En la posición que estaban, tenía una vista magnífica de la parte superior de sus senos, y lo estaba volviendo loco.

–¿Qué solución? –se interesó.

–Fingir que tú y yo nos gustamos.

Raphael se quedó atónito, y ella corrió a explicarse.

–Sí, ya sabes, comportarnos como si estuviéramos saliendo, como si hubiera algo terriblemente apasionado entre nosotros y no lo pudiéramos controlar.

–Ah –dijo él, sin salir de su sorpresa.

–Gio te tiene en un altar. De hecho, creo que habría intentado que estuviéramos juntos si no pensara que estoy en una liga muy inferior a la tuya.

–¿Qué quieres decir?

–Oh, vamos, ¿necesitas que te lo explique? Desde que llegué a

Milán, me han estado hablando todo el tiempo de ti y de tus amantes. Gio no es tonto, y no ha intentado nada porque sabe que no soy tu tipo de mujer. Pero, precisamente por eso, sería la solución perfecta.

–No hay duda de que eres una Vito. Tienes talento para la manipulación –observó Raphael.

–Ninguno de los hombres que me han estado persiguiendo durante estas semanas se atrevería a insistir si supieran que te pertenezco. Temen al gran Raphael Mastrantino.

–¿Te estás burlando de mí?

Pia sonrió.

–No me atrevería.

–¿Y tú estarías cómoda con la idea de... pertenecerme? –preguntó él con sarcasmo.

–Bueno, sé que es una expresión bastante arcaica, pero es lo único que los puede mantener a raya. Además, Gio estará encantado, tú te asegurarás de que nadie eche mano a su fortuna y yo podré hacer mis propios planes –dijo–. Y todo, por un simple pacto con el diablo.

–¿Yo soy el diablo?

–Sí.

Pia lo dijo porque era lo más fácil, pero no creía que Raphael fuera el diablo. No, ni era el diablo ni un príncipe azul. Desde su punto de vista, se parecía bastante más al lobo feroz de los cuentos; pero, a veces, asociarse al lobo feroz era la mejor forma de estar protegida.

Solo había un problema, que naturalmente no comentó. ¿Cómo sobrevivir a una relación falsa con un hombre que la volvía loca de deseo?

–¿A qué planes te refieres, por cierto?

–Eso no es asunto tuyo.

–Si quieres que me preste a tu juego, tendrás que ser sincera conmigo. Necesito saberlo, Pia –dijo.

–Está bien, te lo contaré. Anoche, después de mi discusión con Gio, me di cuenta de que me estaba engañando a mí misma con la idea de volver a mi vida anterior. Ya no puedo volver a ninguna parte. Quiero quedarme aquí y cuidar de mi abuelo. No lo dejaré solo con un montón de familiares que no tienen más interés que su dinero.

–Cuidar de un anciano es un trabajo muy duro, Pia –le advirtió él.

–Lo sé de sobra. Dejé mi trabajo para cuidar a mi abuela.

–¿Cuántos años tenías?

–Veinte. Solo llevaba unos meses en el instituto.

–¿Y no echabas de menos tu profesión? ¿No echabas de menos a tus amigos?

–Claro que sí, pero mi abuela era mi única familia. Y, aunque Gio te tiene a ti, siempre estás muy ocupado.

Raphael la miró con intensidad.

–Admito que tu plan podría funcionar. Y desde luego, sería bueno para los dos. Sin embargo, no estoy seguro de que Gio se crea que me he encaprichado con... ¿cómo lo llamaste? Ah, sí, una aburrida, tímida y gris profesora –dijo, recordando sus propias palabras.

Pia se giró hacia él con indignación; pero, al ver la cálida y traviesa sonrisa que iluminaba sus labios, se tranquilizó. Estaba ante el Raphael que le gustaba, el Raphael que se había mostrado afectuoso y la había abrazado cuando rompió a llorar.

–Tampoco va a ser fácil para mí. Tendré que comportarme como si no fueras un cretino arrogante, sino un don divino –replicó con sorna–. Pero haría cualquier cosa por Giovanni.

–Piénsalo bien, Pia. No bastará con fingir que te gusto. Nadie se lo creerá si te sigues mostrando tan asustadiza cuando estés conmigo –dijo, inclinándose otra vez hacia ella–. Tendrás que fingir que me adoras. Tendrás que actuar como si no te cansaras nunca de tocarme.

Ella tragó saliva, excitada por su cercanía física.

–No, yo no...

–Sí –declaró él, sonriendo con sensualidad–. ¿O es que no sabes lo que se dice de mí?

Pia clavó la vista en sus labios, que le parecieron increíblemente tentadores. Ardía en deseos de besarlos y de apretarse contra su duro cuerpo. Lo anhelaba tanto que casi le dolía.

–Claro que lo sé. Dicen que nunca has tenido una novia, que solo tienes amantes –respondió, estremecida.

–En efecto. Y la sociedad milanesa no creerá que estamos juntos si me ven con otras –observó–. Tendremos que estar juntos todo el tiempo. Tendrás que dar la impresión de que te bastas y te sobras para...

Pia le puso un dedo en los labios y lo acalló. Acababa de caer en la cuenta de que no podía seguir siendo una chica tímida, incapaz de asumir que lo deseaba. Además, no podía vivir en Italia y formar parte de la vida de Gio sin que Raphael también formara

parte de su vida. Tenía que cambiar de actitud.

–Bueno, puede que ser tu novia no sea tan terrible –dijo, sorprendiéndolo por completo–. He estado pensando mucho en mi relación con Frank, y he llegado a la conclusión de que no me habría engañado con tanta facilidad si yo hubiera tenido más experiencia con los hombres, física y emocionalmente.

Raphael no dijo nada. Se limitó a mirarla a los ojos mientras cerraba las manos sobre su cintura. Y Pia comprendió que ya no estaba jugando con ella. La deseaba de verdad.

–Por supuesto, sé que no soy tu tipo de mujer –continuó–. Y también sé que no podría tener una relación con un hombre como tú.

–¿Ah, no?

–No. Eres demasiado atractivo para mí. Las mujeres te adoran, y tendría que quitártelas de encima todo el tiempo. Sería un recordatorio constante de que no estoy a tu altura. Sería una relación profundamente desequilibrada, y no quiero estar con un hombre que se sabe mejor que yo y que piensa que me está haciendo un favor al estar conmigo.

Él se ruborizó un poco.

–Pia, no sé de qué te convenció ese canalla con el que estuviste, pero tú no eres inferior a…

–Además, tú no te quieres casar –lo interrumpió.

–¿Y tú sí?

–Siempre he querido casarme. Frank no consiguió quitarme ese sueño, aunque estuvo a punto –contestó–. Quiero ser como mis padres, que se adoraban. Quiero un hombre que me respete, que confíe en mí y que desee pasar el resto de su vida conmigo. Pero, hasta entonces, puedo practicar contigo, ¿no?

–¿Y qué implicaría esa práctica? –preguntó él con voz sensual.

Pia no llegó a contestar. Se levantó ruborizada y salió rápidamente de la habitación. Pero la ronca y sexy carcajada de Raphael siguió sonando en sus oídos durante todo el trayecto de vuelta a casa.

Capítulo 5

POCAS horas después, Pia recibió un mensaje de Raphael, quien le ordenaba que lo acompañara a cenar a casa de su hermana y que se pusiera algo bonito.

La cena era una oportunidad perfecta para anunciar su nueva relación; pero, por muy perfecta que fuera, lo maldijo para sus adentros. Raphael sabía que no le gustaba que le diera órdenes, y Pia imaginó su sonrisa arrogante con tanta claridad como si estuviera a su lado.

Aún estaba mirando el mensaje telefónico cuando Gio apareció de repente y se interesó por el motivo de su evidente enfado. Pia, que había escondido rápidamente el teléfono, cambió de actitud y se lo enseñó. A fin de cuentas, no tenía sentido que se lo ocultara: él era la razón de todo aquello.

Gio clavó la vista en la pantalla y no la apartó durante varios segundos, que a ella se le hicieron interminables.

¿Habría cometido un error? Su abuelo podía ser tan temperamental como impulsivo, y cabía la posibilidad de que la sometiera a un interrogatorio en toda regla. Pero no preguntó nada. De hecho, no hizo ningún comentario al respecto. Y Pia habría pensado que no aprobaba su relación si al final no hubiera dicho:

–Raphael es un buen hombre, pero muy duro. No permitas que te haga daño, como yo se lo hice a Lucia.

Gio se había quedado preocupado con la revelación de su nieta; pero, durante el trayecto en coche, Pia notó que también estaba aliviado. Fue como si su relación con Raphael no lo pillara por sorpresa. Como si siempre hubiera sabido que terminarían juntos. Como si lo deseara.

Su sensación de haberse metido en una trampa de la que ya no podría escapar aumentó cuando llegaron a su destino: una elegante y típicamente mediterránea mansión en cuyas paredes blancas se encaramaba la hiedra. La familia de Raphael era gigantesca, y todos la recibieron con los brazos abiertos. Pero, al ver la atención que despertaba, empezó a pensar que su plan era sencillamente ridículo.

¿Cómo los iba a convencer de que estaba saliendo con Raphael, si ni ella misma se creía a su altura? ¿Sería capaz de fingir que mantenían una relación íntima?

Pia se habría sentido algo mejor si su supuesto novio hubiera estado presente, pero desapareció después de la cena y la dejó a solas con sus cuatro hermanas, sus parejas y sus hijos. Además, también estaban varios tíos suyos y, por supuesto, su madre, Portia Mastrantino, que la miró con la misma desconfianza que le había dedicado Raphael cuando se conocieron.

Después de la cena, que se sirvió en el enorme y precioso patio, se levantó y entró en la casa en busca de paz. Raphael estaba sentado en un sillón, con una niña adorable sobre sus piernas. La niña reía y gritaba mientras él la hacía saltar una y otra vez, fingiendo constantemente que estaba a punto de salir disparada y evitando constantemente que acabara en el suelo.

Pia no lo había visto nunca tan relajado, y lo encontró más atractivo que nunca. No era el Raphael al que estaba acostumbrada. Ni siquiera lo era en su aspecto, porque aquella noche llevaba una indumentaria de lo más informal: unos pantalones militares y una camiseta azul que enfatizaba sus fuertes brazos.

En determinado momento, la niña empezó a hipar y se puso tensa. Raphael le dio un vaso de agua con una dulzura asombrosa, como si la quisiera más que a sí mismo. ¿Quién sería? ¿Una de sus sobrinas? ¿La hija de algún primo suyo?

Justo entonces, aparecieron tres mujeres verdaderamente impresionantes que se ofrecieron a ayudarlo con la pequeña. Parecían dispuestas a hacer cualquier cosa por el ahijado de Gio, y en sentido literal. Sin embargo, Raphael solo tuvo ojos para la niña. No les prestó ninguna atención, a pesar de que las tres hicieron verdaderos esfuerzos por acercarse más a él o tocarlo de algún modo.

Pia se puso celosa, y se sintió humillada porque era consciente de que sus presuntas competidoras, que llevaban vestidos de diseñadores italianos, jugaban en una liga muy superior a la suya.

Raphael le gustaba demasiado. Tenía algo que despertaba sus fantasías más profundas. Pero no se hacía ilusiones al respecto: no había aceptado el plan de fingirse amantes porque se sintiera atraído por ella, sino porque le convenía.

Raphael alzó la mirada cuando Alyssa se inclinó sobre él y le

dio un beso en la mejilla. Estaba tan concentrado en la niña que no se había dado cuenta de nada, y tragó saliva al ver a Pia en el centro de la sala.

Sus gafas de pasta, su coleta, su camiseta y sus pantalones cortos contrastaban con las joyas y los vestidos caros de las otras mujeres. Además, no llevaba maquillaje. No llevaba artificio alguno. Era la viva imagen de la naturalidad y la vulnerabilidad.

Automáticamente, se sintió en la necesidad de protegerla. No era la primera vez que tenía esa sensación, y empezaba a estar preocupado. El juego de fingirse amantes podía parecer inofensivo, pero tendría consecuencias. Gio se había salido con la suya y había conseguido que estuvieran juntos, pero el instinto de Raphael le decía que era una idea nefasta y que habría sido mejor que se alejara de ella.

Pero, ¿qué podía hacer? ¿Dejarla a merced de las maquinaciones de Giovanni? ¿Abandonarla ante los buitres milaneses que la acechaban? No podía hacer eso. Y por otra parte, tampoco soportaba la idea de que la tocara otro hombre, aunque fuera Enzo.

–Hola, Pia –dijo con suavidad–. ¿Qué haces aquí?

Pia parpadeó, ruborizada.

–Te estaba buscando. Creo que deberíamos...

–Acércate –la interrumpió–. Quiero presentarte a mi hija.

Pia se quedó atónita.

–¿Tu hija? ¿Tienes una hija?

La niña saltó de las piernas de su padre y se aferró a las de Pia como la hiedra a los muros de la mansión. Pia soltó una carcajada, se inclinó y la tomó en brazos, provocando un comentario de Giovanni, que acababa de llegar en compañía de Portia y un par de invitados más:

–Hacen un trío maravilloso, ¿no os parece?

Raphael pensó que Gio siempre había sido un manipulador; de hecho, casi pudo sentir la irritación de Portia. Pero eso le importó bastante menos que la imagen de Alyssa entre los brazos de Pia: al verlas así, llevándose tan bien, tuvo la impresión de que había dado un paso que ya no tenía vuelta atrás.

Durante la hora siguiente, Alyssa se dedicó a jugar con su nueva amiga con toda la tranquilidad. Y fue de lo más desconcertante. Su hija siempre había desconfiado de los desconocidos, pero parecía confiar instintivamente en ella.

Por fin, la pequeña se cansó de jugar y, poco a poco, se quedó dormida.

Raphael se acercó entonces para abrir una de sus manitas, que había cerrado sobre un mechón de Pia.

–No la despiertes –susurró ella–. Si se asusta, me pegará un buen tirón.

Él sonrió.

–Qué me vas a contar. A mí me ha arrancado unos cuantos mechones.

–Pues no parece que hayas perdido demasiados –replicó Pia con humor.

Raphael tomó a su hija en brazos y se la dio a su hermana, que los miró con asombro y se fue, dejándolos relativamente a solas porque Giovanni y Portia estaban en uno de los balcones, enfrascados en una discusión.

–No me habías dicho que tuvieras una hija.

–No me pareció oportuno. A fin de cuentas, es asunto mío.

–¿Y dónde está su madre?

–Allegra ya no forma parte de nuestras vidas. Perdió sus derechos sobre Alyssa.

Pia frunció el ceño.

–Si hubiera sabido que tenías una hija, no te habría propuesto esta ridícula farsa. No quiero hacer daño a una niña. Es demasiado pequeña, y puede que no entienda que su padre y yo... es decir, que nosotros...

–¿Siempre te pones nerviosa cuando hablas de amor? –preguntó él.

–Bueno, es que no creo que sea adecuado para ella. Teóricamente, somos amantes. Y si ahora resulta que tengo que cuidarla...

–Tú no tendrás que hacer nada. Eso es cosa de mi hermana y de mi madre –replicó–. En cuanto a lo que estás pensando, tiendo a ser de lo más discreto con mis necesidades personales. Cuando necesito acostarme con una mujer, lo hago fuera de la ciudad y lejos de mi hija.

–Lo dices como si el sexo fuera lo único que te interesara de las mujeres.

–Porque es lo único que me interesa –afirmó él–. No busco una relación amorosa.

–¿Y qué hay del afecto, de la compañía, del cariño?

–Nunca he conocido a una mujer que me hiciera sentir querido o despertara en mí el deseo de estar enamorado. Además, Alyssa nos tiene a mi madre, a mis hermanas y a mí. No necesita nada más.

Raphael dio un paso hacia ella, que retrocedió.

–Mi madre entenderá que no hablemos de nuestra relación delante de Alyssa –continuó–. No esperaba que viniera a cenar con mi hija, pero supongo que no se ha podido resistir a la tentación de conocerte.

–Pues no sé por qué. Cuando nos han presentado, he tenido la sensación de que...

Ella apartó la vista, como si no se atreviera a hablar.

–¿Qué pasa, Pia?

–Puede que me equivoque, pero sospecho que no le caigo bien.

–No te equivocas.

–Pero, ¿por qué, si ni siquiera me conoce?

–Porque compites con ella por la fortuna de Gio.

–Oh, vamos –ironizó, poniéndolo en duda.

Raphael le lanzó una mirada tan seria que Pia se lo creyó.

–¿Y tú? ¿También crees que quiero robar la fortuna de Gio? ¿Te preocupa que tu pedazo de la tarta se reduzca?

Raphael soltó una carcajada, como si la idea le pareciera completamente ridícula.

–Soy un hombre rico, Pia. No necesito el dinero de tu abuelo.

–Entonces, ¿por qué le incomoda a tu madre? Si tú eres rico, ella también lo es.

Él se encogió de hombros.

–Mi madre creció en una familia con mucho dinero, y mi padre le dio todo lo que podía desear. Pero, luego, cuando perdimos la casa y nuestro estilo de vida, muchos de sus amigos le dieron la espalda –replicó–. Se lo tomó bastante mal. Se negaba a comer, y vivía encerrada en su habitación. Se convirtió en una especie de fantasma.

–Pues no veo por qué. Seguro que fue peor para tu padre –comentó con sorna.

Raphael frunció el ceño, y ella se sintió en la necesidad de disculparse.

–Lo siento, no debería haber dicho eso. Pero tu padre perdió mucho más que ella. Lo traicionaron seres queridos, gente con quien compartía esperanzas y sueños –declaró–. En cambio, tu madre los tenía a él y a tus hermanas. El amor de una familia es más importante que el dinero.

–Lo dices en serio, ¿verdad?

Esta vez fue ella quien se encogió de hombros.

–Tu padre lo debió de pasar muy mal. En comparación, lo que Frank me hizo a mí es una broma. Y, sin embargo, me dejó una

huella tan profunda que hay días en que dudo de todo, empezando por mí misma... Desde entonces, me cuesta creer en la gente. Siempre creo que tienen motivos ocultos. Y paradójicamente, eso es lo que hace que confíe en ti.

–¿En mí? ¿Por qué?

–Porque eres desconfiado por naturaleza, y brutalmente honesto en tus opiniones. Pero sigo sin comprender la actitud de tu madre. No he hecho nada que merezca su desconfianza.

–A mi madre la asusta la posibilidad de que me arriesgue igual que mi padre y lo pierda todo, condenándola a la pobreza. De hecho, se empeñó en que creara un fondo separado para ella, Alyssa y mis hermanas.

–Un fondo que tú no puedes tocar, claro.

–En efecto –dijo–. Además, creía que Gio me iba a dejar toda su fortuna. Él mismo se ha encargado de propagarlo a los cuatro vientos para molestar a sus exmujeres. Pero ahora apareces tú y lo pones en peligro.

Pia sintió lástima de él. Por lo visto, Portia solo quería a su hijo en calidad de fuente de ingresos. Y hasta era posible que el propio Raphael se viera sí mismo del mismo modo, como un simple instrumento, la espalda sobre la que habría recaído todo el peso de su familia tras la muerte de su padre.

A fin de cuentas, los adoraba. Podía ser un hombre implacable, pero se sentía responsable de su madre y de sus hermanas. Y por supuesto, quería a su hija con locura.

Súbitamente, había empezado a entender a Raphael. Incluso lo entendía mejor de lo que habría deseado, porque no quería ver nada bajo su aparente cinismo y su dureza. No quería que dejara de ser una fantasía romántica imposible. No quería que dejara de ser un simple aliado. No se podía permitir el lujo de hacerse ilusiones.

Pero quizá fuera demasiado tarde.

Capítulo 6

PIA LO miró con tanta intensidad que Raphael se estremeció. Tenía un aspecto exquisitamente inocente, y le pareció más deseable que nunca. Pero había algo más.

Aquella mujer lo miraba de tal forma que siempre se sentía desnudo. Deseaba decirle cosas que no había dicho a nadie, y se veía a sí mismo con ojos nuevos, descubriendo facetas que, hasta entonces, no se había atrevido a afrontar: por ejemplo, el dolor por la muerte de su padre, un hombre al que había querido con toda su alma.

–Ten cuidado con lo que haces –dijo él en voz baja–. No me extraña que Giovanni te quiera buscar un protector. Me miras como si me quisieras devorar.

Ella se ruborizó.

–No miro así a todos los hombres. Solo a ti –le confesó–. Pero me tranquiliza saber que adoras a tu hija.

–¿Por qué? ¿Porque mi amor paterno me hace menos monstruoso?

Raphael dio un paso hacia ella y, como tantas veces, ella dio un paso atrás.

–Sí, es posible –contestó.

–Deja de retroceder cuando me acerco –protestó él.

–Deja tú de acosarme –se defendió Pia–. No es una buena idea. Acabaríamos haciendo algo que no nos conviene.

Cada vez que se acercaba a ella, Pia perdía el aplomo. Era evidente que lo deseaba, pero Raphael empezaba a pensar que, a pesar de desearlo, no quería saber nada de él. Y lo encontraba de lo más irritante, porque ninguna mujer había rechazado sus atenciones desde que se había convertido en el hombre más poderoso de Milán.

–¿Por qué dices eso? –preguntó.

–Piénsalo un momento, Raphael. Gio sabe que odias a Stefano y, sin embargo, fingió que me quería con Enzo. Tú tenías razón. Nos estaba manipulando. Quería que tú y yo termináramos juntos.

–Lo sé.

–Entonces, también sabrás por qué no podemos...

–Que Gio piense lo que quiera. Que crea que se ha salido con la suya –la interrumpió–. Eso carece de importancia.

–Quizá para ti, pero no para mí. ¿Cómo crees que me siento cuando pienso que ha jugado con nosotros, como si fuéramos vulgares peones en una partida de ajedrez?

–Tampoco es para tanto. Giovanni es un manipulador, sí, pero eso no significa que no le preocupemos.

Ella sacudió la cabeza.

–Aun así, no me gusta que...

Pia no tuvo ocasión de decir nada más, porque Raphael cerró las manos sobre sus brazos y la besó.

A decir verdad, solo pretendía asustarla un poco y demostrarle que sentir deseo no era tan terrible y que su plan de fingirse enamorados era el mejor que tenían. Pero sus motivos saltaron por los aires cuando Pia lo miró a los ojos, se apretó contra su pecho y soltó un suspiro de placer.

Raphael ya no se pudo controlar, y lo que iba a ser un simple beso se transformó en algo más profundo.

Necesitaba zambullirse en ella, saciarse con la mujer que lo miraba como si fuera el único hombre de la Tierra, como si fuera la quintaesencia de todas sus fantasías sexuales.

–Raphael, yo...

Él la besó tentativamente, jugueteando. Estaba muy excitado, y no quería perder el control.

–Nos van a ver –protestó ella sin demasiada convicción.

–Déjate llevar, *bella*. Bésame.

Ella se dejó llevar. Besó la comisura de sus labios, le pasó la lengua lentamente e insistió en sus atenciones con tanta sensualidad que Raphael estalló. Ya no estaba de humor para juegos. La deseaba demasiado, así que invadió su boca con toda la pasión de la que era capaz, sospechando que Pia no era tan tímida por dentro como parecía por fuera.

Y acertó.

Sus besos, al principio inseguros, se volvieron intensamente carnales. Era tan receptiva al placer como él mismo, e igualmente voraz. Era dulce y lasciva, atrevida y sumisa. Era una combinación de emociones nuevas para Raphael, como una droga de la que no había tenido noticias hasta entonces.

Excitado, la llevó hacia la pared y la alzó lo justo para que Pia cerrara las piernas alrededor de su cintura. Luego, soltó un gemido, cerró las manos sobre sus nalgas y se frotó contra su entrepierna.

Ardía en deseos de penetrarla. Quería entrar en su cuerpo mientras ella lo miraba con sus ojos grandes y luminosos.

Y justo entonces, alguien carraspeó.

Raphael se maldijo para sus adentros, preguntándose cómo era posible que hubiera perdido el control de esa manera, delante de Gio, de su madre, de sus hermanas y de media sociedad milanesa.

Además, no estaba con una de sus amantes, sino con una mujer inexperta que lo miraba con asombro y fascinación, como si él le acabara de enseñar la entrada a un mundo completamente nuevo.

–¿Por qué has parado? –preguntó ella en ese instante.

Raphael tragó saliva.

–Porque estaba a punto de hacerte el amor contra la pared. Y porque he oído a Gio.

–¿Que estabas a punto de...?

Pia bajó la mirada y, al contemplar la erección de Raphael, que sus pantalones no conseguían disimular, añadió:

–Ah.

Raphael cerró la puerta del balcón para impedir que Gio y los demás los pudieran oír.

–No me mires así, Pia.

–¿Cómo te estoy mirando? –preguntó ella con inseguridad–. ¿Y por qué me miras tú como si hubiera hecho algo malo?

–Solo ha sido un beso, nada más.

–¿Solo un beso? Pues a mí me ha parecido que...

–Solo quería que Gio y mi madre nos vieran –mintió.

Ella se puso pálida.

–He besado a cientos de mujeres como te acabo de besar a ti –insistió él, implacable–. Es simple y puro deseo. Y el hecho de que reacciones como la dinamita al fuego no significa nada.

Pia se ruborizó un poco más, y él apretó los puños.

¿Qué diablos le pasaba? ¿Es que era incapaz de hacer o decir nada bueno cuando estaba con ella?

Había cometido un error terrible.

Había besado, acariciado y casi hecho el amor a la nieta de Giovanni, a pesar de saber que tenía muy poca experiencia en materia de hombres. Pero eso no era tan grave como lo que sentía ahora: el deseo de ser lo que veía reflejado en los ojos de Pia, algo más que un hombre cínico, duro y despiadado.

¿Cómo se atrevía a besarla primero y a comportarse después como si su deseo lo hubiera ofendido? Pia no entendía nada.

Intentaba convencerla de que solo la había besado para que Gio y su madre los vieran, pero era obvio que estaba mintiendo.

¿A quién intentaba engañar? ¿A ella? ¿O a sí mismo?

–Los dos somos igualmente responsables de lo que hemos hecho, Raphael –dijo, dolida.

–Sí, supongo que sí.

–Entonces, ¿a qué viene esa actitud? ¿Te has enfadado porque piensas que me ha gustado más de lo que esperabas?

Él sacudió la cabeza.

–No, en absoluto. Pero he perdido el control, y no quiero que se vuelva a repetir.

–¿Te refieres a perder el control? ¿O a besarnos de nuevo? –quiso saber.

Raphael abrió la boca para decir algo, pero ella se lo impidió.

–Pensándolo bien, prefiero que no contestes. Podrías decir algo que luego no te podría perdonar –añadió.

Él apartó la mirada un momento y preguntó:

–¿Estás bien?

Pia deseó saber mentir, pero pensó que era un deseo absurdo. Los juegos no se le daban bien, y no iba a cambiar de repente.

–No, claro que no –contestó, arrepintiéndose de haberse prestado a aquella farsa–. No puedo besar a un hombre como si mi vida dependiera de ello y olvidarlo después como si no hubiera pasado nada.

Raphael la intentó tocar, pero ella se apartó.

–Pues tendrás que superarlo. No quiero que nos volvamos a besar, pero tendremos que fingir intimidad delante de la gente.

Pia empezó a comprender lo que pasaba. Raphael estaba acostumbrado a escribir el guion de todo lo que pasaba, y también lo estaba a que todo saliera según sus planes; pero ella se los había roto, y no lo podía soportar.

–No puedo encenderme y apagarme con tanta facilidad como tú, según me convenga.

Él la miró con ira.

–¿Según me convenga? Nada de lo que ha pasado desde que llegaste a Milán me conviene en absoluto –replicó–. Primero, Gio te pone a merced de todas las hienas de la ciudad y luego, mete a los Castillaghi de por medio para que yo no tenga más opción que intervenir. ¿Dónde está la conveniencia, Pia? Mi vida se ha vuelto un infierno por culpa tuya. Maldito sea Gio y sus maquinaciones...

La vehemencia de Raphael hizo que los ojos de Pia se llenaran de lágrimas, aunque hizo un esfuerzo por contenerse. Y al darse

cuenta, él respiró hondo y se pasó una mano por el pelo, arrepentido.

Al parecer, su beso le había dejado una huella más profunda de lo que estaba dispuesto a admitir.

Tras unos segundos de silencio, se acercó a ella y le acarició la mejilla con una ternura tan desconcertante que Pia se sintió casi peor, porque la animaba a desear cosas que él no le podía dar.

–Me besas con pasión, me gritas por haber trastocado tu vida y ahora, me tocas como si fuera el ser más precioso del mundo. No te entiendo, Raphael.

–Eres profesora. No me digas que no sabes distinguir las causas y los efectos.

Ella parpadeó.

–¿Las causas y los efectos?

–De esto no puede salir nada bueno. Yo no me quiero volver a casar y, desde luego, tampoco quiero enamorarme otra vez. Pero tú sigues siendo una romántica, a pesar de lo que te hizo ese canalla –replicó él–. Te he besado así porque me vuelves loco, porque no dejo de fantasear con la idea de hacer el amor contigo. Sin embargo, solo quiero una aventura sexual, por tórrida que pueda ser. Y tú no me ofreces eso, ¿verdad?

Ella sacudió la cabeza.

–No.

–Me lo imaginaba.

Raphael clavó la vista en sus labios y se marchó, dejándola tan estremecida como si acabara de vivir un terremoto.

¿Seguro que no quería una aventura?

Pia no se pudo mentir a sí misma. Habría dado cualquier cosa por sentir su cuerpo, por acostarse con él y hacer el amor, aunque solo fuera una noche. Lo deseaba con todas sus fuerzas, y sabía que sería una experiencia inmensamente placentera.

Pero le daba miedo.

Raphael no era como Frank, que solo la había herido de forma superficial. Si le daba una oportunidad, le rompería el corazón.

Capítulo 7

LAS ESPERANZAS de Pia saltaron por los aires durante las semanas siguientes. Creía que Raphael sería incapaz de mantener su promesa de refrenarse, y que su férrea y legendaria voluntad se rendiría finalmente al deseo. Pero no fue así.

No la volvió a besar ni una sola vez. No la tocaba salvo en presencia de otros y por mantener la ficción de que estaban juntos. Y cuando la tocaba, lo hacía con la punta de los dedos, como si tuviera una enfermedad contagiosa.

Hasta sus acusaciones pasadas habían sido más personales.

A pesar de ello, la noticia de que Raphael Mastrantino estaba saliendo con la nieta de Giovanni Vito se extendió por la sociedad milanesa con más rapidez que la ola de calor que sufrían. No había ni una sola mujer que no la mirara con envidia o susurrara a su paso. De repente, era el centro de atención de todo el mundo. Pero se había quitado a sus pretendientes de encima, tal como deseaba.

Por desgracia, la farsa tuvo consecuencias que no había previsto. Cuanto más tiempo estaba con él, más le gustaba. Era un hombre digno de admiración: un hijo perfecto, un ahijado perfecto, un hermano perfecto y hasta un jefe perfecto, aunque algo distante según sus empleados. Y como supo al oír la conversación de dos mujeres, que lo dijeron en voz alta para molestarla, también era un amante perfecto.

En público, Raphael se comportaba como un hombre enamorado, como el mejor de los amantes o como el más atento de los novios. Todos los días le enviaba flores y bombones; y cuando no le enviaba flores y bombones, le enviaba regalos.

Era una situación tan absurda como difícil. Sobre todo, porque Raphael mantenía las distancias con la excusa del trabajo y del cuidado de su hija, pero no hasta el extremo de despertar sospechas. Y cada vez que se veían, Pia dudaba entre salir corriendo y arrojarse entre sus brazos para estar un poco más con él.

Por si eso no fuera suficiente, Raphael iba a casa de Gio casi todas las noches y hablaba un rato con ella, siempre bajo la atenta mirada del anciano. Normalmente, los dos hombres la dejaban sola

y se iban al jardín para hablar sobre Vito Automóviles; pero, a veces, Gio se empeñaba en que los acompañara, y ella se ponía a tallar algún juguete mientras escuchaba las explicaciones del hombre de sus sueños.

Raphael hablaba con una voz profunda y segura, y su italiano era música para los oídos de Pia. Ella no entendía gran cosa, pero notaba su pasión por el trabajo y el afecto que profesaba a Giovanni. Si hubiera podido, lo habría escuchado eternamente.

Un día, poco después de que Raphael volviera de un viaje de negocios, Pia lo convenció de que llevara a Alyssa la próxima vez que salieran juntos. A fin de cuentas, adoraba a la pequeña; pero no se lo pidió por eso, sino porque la presencia de la niña le serviría de carabina e impediría que hiciera alguna locura con su padre.

A Raphael le pareció bien y, tras pasar dos horas con Alyssa en una heladería de Menaggio, dieron un largo paseo por un pueblo cercano al lago Como. La niña se quedó dormida, y Pia la llevó en brazos durante el trayecto a la casa de Portia, donde Raphael aparcó y le preguntó si necesitaba que la llevara a la mansión de Gio.

Pia sacudió la cabeza. En parte, porque estaba encantada de sostener a Alyssa y, en parte, porque cada vez la quería más. Incluso empezaba a creer que ella era la pieza que faltaba en las vidas de Raphael y su hija.

Pero eso era ridículo. Aunque Raphael le hubiera pedido matrimonio, ella lo habría rechazado. No quería estar con un hombre como él, tan implacable. ¿O sí?

–Si me enseñas el camino, le pondré el pijama y la acostaré –dijo cuando entraron en la casa.

Raphael la miró con intensidad, y ella añadió:

–Puedes confiar en mí. Adoro a tu hija.

Él apretó los labios, tenso.

–¿Dónde se habrá metido mi madre? Se suponía que iba a estar aquí. Sabía que tengo planes esta noche.

Al llegar a la habitación de la pequeña, Pia abrió los cajones de la cómoda y se puso a buscar un pijama.

–Sé que no me quieres en la vida de tu hija, Raphael. Y lo entiendo perfectamente. Pero no te preocupes por ella... No se despertará –afirmó–. Anda, ve a llamar a tu madre mientras yo la acuesto.

En lugar de tranquilizarse, Raphael pareció más preocupado. Luego, soltó un gruñido y salió de la habitación.

Durante su ausencia, Pia aseó por encima a la pequeña, la desnudó, le puso el pijama y la metió en la cama. Se había mojado un poco mientras le lavaba la cara y, cuando salió al salón y se encontró con Raphael, él frunció el ceño.

–No me digas que se ha despertado...

–No, qué va. Me he mojado yo sola, mientras intentaba abrir esos grifos gigantescos –le explicó, secándose las manos en la falda–. Pero, ¿no habías quedado esta noche? Puedo quedarme con ella hasta que vuelva tu madre.

–Teresa llegará en cualquier momento. Después, te llevaré a casa y me iré.

–¿Con quién has quedado? –preguntó, fracasando en el intento de fingirse desinteresada.

–Con una vieja amiga que está en la ciudad. Quedamos hace tiempo, pero lo había olvidado con tantos líos.

–¿Con una amiga? –dijo, helada.

–Sí.

–¿Está soltera?

–Sí.

–Luego es una especie de cita –afirmó.

Raphael guardó silencio. Un silencio más que elocuente.

–¿Estás seguro de que es apropiado? –dijo ella, intentando mantener la calma–. Existe la posibilidad de que se lo cuente a alguien, quizá a algún conocido de Gio. ¿O es que no sabe que estás saliendo conmigo?

–¿Cómo no lo va a saber? La noticia se ha extendido tanto que lo sabe todo el país.

–¿Y quiere quedar contigo a pesar de ello?

Raphael se pasó una mano por el pelo y, en lugar de contestar a la pregunta, llamó por teléfono a Emilio y le pidió que pasara a recoger a Pia.

–Se está haciendo tarde –dijo cuando colgó–. Será mejor que te marches ya.

–No lo entiendo. ¿Quiere salir contigo a pesar de que, teóricamente, estás saliendo con otra? –insistió ella, volviendo al tema que le interesaba.

–No es la clase de cita que estás imaginando. Ava y yo nos conocimos en la universidad. Somos amigos y...

–¿Amantes? –lo interrumpió.

Él no dijo nada.

–Entonces, te vas a acostar con ella.

–Mira, Ava y yo somos viejos amigos –repitió Raphael–.

Además, ¿qué quieres que te diga? Ahora mismo, necesito ser cualquier cosa menos tu presunto amante.

–¿Cómo puedes ser tan despiadado? –preguntó, furiosa.

–¿Despiadado? –replicó él, mirándola con rabia–. Dios mío, te has empezado a creer tu propia mentira, *cara mia*... No recuerdo haberte prometido nada y, mucho menos, fidelidad. No significas nada para mí, Pia. Nuestros caminos ni siquiera se habrían cruzado si no fueras la nieta de Giovanni, su preciosa princesa. Y francamente, el coste de tocarte es demasiado alto para mí.

Ella se sintió profundamente herida, pero lo disimuló.

–Brutalmente honesto, como siempre –dijo–. Al menos, no intentas engañar a nadie. Pero, ¿sabes una cosa? Ya me he cansado.

–¿De qué?

–De fingir que soy tu maldita novia –bramó–. Frank tenía razón. No tengo el refinamiento necesario para esta clase de cosas. No sirvo para esto, así que será mejor que encuentres la forma de proteger tu maldita empresa de las maquinaciones de Giovanni, porque no voy a seguir con esta farsa. Estoy harta de ti.

Pia dio media vuelta, haciendo esfuerzos por no llorar. Pero no llegó a ir muy lejos, porque Raphael se interpuso en su camino.

–No te entiendo, Raphael. Creía que empezaba a entenderte, y que no eras el hombre duro e implacable por el que todos te toman. Pero es evidente que me he equivocado.

Él se acercó un poco más. De hecho, se quedó tan cerca de ella que Pia notó su aroma y estuvo a punto de abrazarlo.

–Eres tú la que no entiende nada. ¿Cómo es posible que no te hayas dado cuenta? Me estás volviendo loco –dijo él con desesperación–. No puedo dormir. No puedo trabajar. Me desconcentras tanto que...

–Que voy a destrozar tu vida –intervino ella, terminando su frase–. ¿Y crees que es fácil para mí? La gente habla a nuestras espaldas. Dicen que solo estás conmigo por la herencia de Gio, que su dinero compensa mis defectos. Es como si volviera a vivir la pesadilla de Frank, con la diferencia de que esta vez no hay engaños. Sé la verdad desde el principio.

Pia respiró hondo antes de continuar.

–Dime una cosa... ¿Mentiste en casa de tu hermana cuando insinuaste que yo te había hecho perder el control? ¿Lo dijiste para que me sintiera bien, por no herir mis sentimientos? ¿O dijiste la verdad? Yo creo que fuiste sincero, y que lo perdiste porque me deseas tanto que no te acuestas con otras desde hace

tiempo –afirmó–. ¿Estoy equivocada? Y si no lo estoy, ¿no te incomoda la idea de acostarte con Ava mientras me deseas a mí?

Raphael no pudo contestar, porque Pia había acertado de lleno. La simple idea de tocar a Ava le parecía una traición. Y no se trataba solo de Ava, como había tenido ocasión de comprobar durante su último viaje de negocios, cuando quedó con otra amiga para acostarse con ella y la dejó después de salir a cenar.

Aquella mujer irritante de ideas antiguas sobre el afecto, el respeto y las relaciones personales se le había metido dentro de tal manera que solo quería estar con ella.

Incómodo, estuvo a punto de decir que él no le debía nada, que no era ningún príncipe azul y que, aunque lo hubiera sido, no era de su propiedad. Pero las palabras no llegaron a su boca, porque toda su atención estaba en los ojos grandes y los labios sensuales de aquella criatura arrebatadoramente honrada cuyo pecho subía y bajaba con ansiedad.

Su sabor era como el canto de una sirena, irresistible. Y, sin poder evitarlo, la besó.

Fue un beso urgente, hambriento, sin una sola gota de su delicadeza habitual. Fue como si quisiera devorarla.

Al cabo de unos momentos, Pia estaba tan excitada que suspiraba y se retorcía de placer.

–¿Esto es lo que quieres? –preguntó Raphael, subiéndole la falda.

–Sí –respondió ella.

Sin dejar de besarla, Raphael le metió una mano entre las piernas y empezó a frotar. Estaba húmeda, preparada para él; tan húmeda, que decidió ir más lejos, la apoyó contra una puerta y aceleró el ritmo de sus caricias.

Ella gemía y se estremecía como una hoguera ante la brisa, completamente entregada. Su excitación aumentó la de Raphael, que asaltó su boca con más apasionamiento y redobló las atenciones a su clítoris. Pia estaba al borde del clímax, al que llegó unos momentos después entre espasmos y gritos ahogados.

Raphael deseó apartarle el cabello de la frente, besarla con dulzura y decir que era la mujer más bella del mundo y que su placer habría vuelto loco a cualquier hombre.

Sin embargo, no lo dijo.

Tuvo la impresión de que sus palabras solo habrían conseguido que su relación pareciera más anacrónica y más peligrosa para los dos. Para él, porque le hacía perder el control y para ella, porque podía acabar con el corazón partido.

En lugar de abrazarla, se apartó. Pia cerró los ojos y bajó la cabeza, pero no antes de que Raphael pudiera ver una lágrima solitaria bajando por su mejilla.

–Esto es todo lo que te puedo dar, Pia. Esto es todo lo que puedo dar a una mujer.

Luego, salió de la habitación y se dirigió a la entrada de la casa, para esperar a Emilio en el exterior.

Capítulo 8

CÓMO te atreves a actuar a mis espaldas, con todo lo que he hecho por ti?

Raphael, que estaba leyendo un documento en su despacho, ni siquiera se molestó en levantar la cabeza. Se sentía culpable por haber tomado esa decisión, pero lo había hecho por el bien de todos, empezando por el hombre que acababa de entrar con la energía de un elefante en estampida.

Llevaba una semana esperando su visita; concretamente, desde que empezó a comprar más acciones de Vito Automóviles y habló con varios miembros de la junta para expulsar a Gio de la dirección. Si hubiera tenido éxito, Gio no lo habría podido manipular nunca más. Si hubiera tenido éxito, no lo habría vuelto a poner en ninguna situación como la de Pia. Si hubiera tenido éxito, ningún hombre como Stefano habría tenido ocasión de acercarse a su empresa.

Sin embargo, Gio tenía espías en la junta y, por supuesto, le avisaron.

–Buenas tardes, Giovanni –dijo al fin.

Cuando Raphael alzó la vista, se preocupó. A pesar de sus ochenta y cuatro años, Gio era fuerte como un roble; pero aquel día estaba terriblemente pálido.

–No tienes buen aspecto –añadió.

–Si no lo tengo, será porque mi ahijado, el chico a quien enseñé todo lo que sabe, me ha dado una puñalada a traición –bramó, conteniéndose a duras penas–. ¿Por qué has intentado echarme de mi propia empresa?

–Estoy limpiando la casa. Tendría que haberse limpiado hace años.

–Eres su maldito presidente, Raphael. ¿Qué más quieres?

–Sabes tan bien como yo que una parte importante de la junta directiva hace lo posible por sabotear mi trabajo. Y no lo voy a permitir. Ahora es mi empresa.

–Nadie se atrevería a desafiarte de verdad. Saben perfectamente que eres tú quien mantienes alto el precio de las acciones. Además, te tienen miedo. Es verdad que algunos acuden

a mí en busca de ayuda, pero solo porque saben que los desprecias.

–Los desprecio porque no sirven para nada –dijo, pensando en que la mitad de ellos habían traicionado a su padre cuando más los más necesitaba–. No quiero serpientes en la junta.

Giovanni suspiró.

–Te lo tomas demasiado en serio. Si sigues así, el trabajo te va a consumir. Esa compulsión tuya por conseguir mayores éxitos y...

–Es lo que asegura el estilo de vida de la familia –lo interrumpió Raphael.

–Sí, exactamente. El deseo de recuperar la riqueza y el status social de tu familia se ha vuelto una obsesión peligrosa –replicó Giovanni–. A tu padre no le habría gustado nada. Marco no habría querido que sacrificaras tu felicidad.

Raphael apretó los puños y apartó la mirada.

–Yo no soy como mi padre.

–No digas barbaridades –protestó el anciano–. Los negocios salen mal de vez en cuando. La gente hace inversiones poco inteligentes y toma decisiones que no debió tomar. Le pasa a todo el mundo.

–¿Crees que eso me importa? –preguntó Raphael, cansado de ocultar sus sentimientos–. No, no me importa en absoluto. Pero me importa mucho que optara por una salida cobarde. Tendría que haber sido más fuerte.

Giovanni sacudió la cabeza.

–Marco adoraba a tu madre, ¿sabes? Dedicó muchos años de su vida a levantar este negocio, y lo hizo porque era la única forma de conseguir su mano. Pero Portia se derrumbó a la primera de cambio, en cuanto las cosas empezaron a ir mal. Culpó a tu padre. En lugar de apoyarlo, se puso en su contra. Estaba tan obsesionada con el dinero y con el status de esa familia de inútiles que empujó a tu padre a la tumba. Traicionó su amor y lo dejó en la estacada.

Raphael se sintió como si le hubieran pegado un puñetazo en el estómago. Siempre había creído que su padre era un cobarde, y que se había suicidado por esa misma razón. Pero solo había sido un hombre enamorado, que perdió la fuerza cuando el amor de su vida lo empezó a mirar con desprecio.

–¿Qué querías que hiciera, Giovanni? –dijo, cambiando de conversación–. Me pusiste entre la espada y la pared. Me he limitado a defenderme.

–¿De que estás hablando?

–Lo sabes de sobra. Estoy hablando de tu nieta.

Gio se encogió de hombros.

–¿Qué tiene que ver Pia con el hecho de que empezaras a comprar títulos de acciones?

–¡Basta de tonterías! –protestó su ahijado–. ¿Creías que iba a permitir que Stefano Castillaghi pusiera un pie en Vito Automóviles? ¿Crees que voy a permitir que vuelvas a hacer una cosa así?

–No volverá a pasar –dijo Gio, mirándolo como un gato satisfecho–. Tu compromiso con Pia ha puesto fin al problema.

–¿Mi compromiso? Es una farsa. Me lo propuso ella misma, porque estaba cansada de que intentaras casarla con medio Milán. Acudió a mí en busca de ayuda, y se la concedí.

Para sorpresa de Raphael, Giovanni ni siquiera parpadeó. Y solo entonces, cayó en la cuenta de que el anciano sabía la verdad desde el principio.

–Hiciste bien, Raphael. Gracias a ti, Pia está a salvo de ese montón de chacales que ambicionan mi dinero. Todo Milán ha visto cómo la miras… como si ella fuera un filete y tú, un perro hambriento.

–Por Dios, Giovanni, ¿cómo puedes ser tan sórdido? Estás hablando de tu nieta.

–Sí, de una nieta que despierta tu instinto protector ante el más inocente de los comentarios –observó Gio, sarcástico–. ¿A quién pretendes engañar? Te gusta mucho, y nada impide que sigas adelante con la farsa y le pidas matrimonio. ¿Quieres la empresa? Es tuya. ¿Quieres mis acciones? Te las regalo. Solo te pongo una condición: que te cases con Pia y cuides de ella cuando yo muera.

Raphael comprendió en ese momento que todo lo que había pasado desde la noche del baile formaba parte de un plan de Giovanni. Siempre había querido que se casara con ella.

–No tengo intención de casarme otra vez.

–¿Por qué no? Mi nieta no se parece nada a Allegra.

–Porque no es mi tipo.

Gio arqueó una ceja.

–¿Intentas convencerme de que una chica sexy, inteligente y con más corazón que frivolidad no es tu tipo? Venga ya.

Raphael pensó que el comentario de Giovanni estaba más que justificado, y por partida doble. Su padre se había casado con una mujer frívola que lo había empujado al suicido y él, con una mujer frívola que había convertido su vida en un infierno, porque Allegra era bastante más cruel y traicionera que Portia.

¿Qué podía decir? Indiscutiblemente, Pia no se parecía a

ninguna de las dos. Era digna de confianza. Y Giovanni, que se supo a punto de ganar la partida, entró a matar:

–Tendrías que ser tonto para no darte cuenta de que te estoy ofreciendo todo lo que deseas. Pero no voy a permitir que se marche por tu culpa.

Raphael frunció el ceño.

–¿A qué te refieres?

–Ha mencionado la posibilidad de volver brevemente a los Estados Unidos. Dice que lo necesita y, aunque no sé por qué, estoy seguro de que se trata de ti –contestó–. Me lo debes, Raphael. Estás en deuda conmigo. Me debes la paz que solo tendré cuando sepa que mi nieta está a salvo, antes de que...

Giovanni no terminó la frase, porque perdió el conocimiento y se derrumbó.

Horrorizado, Raphael corrió hacia él y pidió una ambulancia, que llegó al cabo de unos minutos. Su mundo había cambiado de repente. Giovanni estaba verdaderamente mal, y ya no tenía más remedio que concederle su deseo.

Se casaría con Pia y le rompería el corazón, porque no se creía capaz de darle lo que necesitaba: amor.

Capítulo 9

EL PISO de Raphael estaba en una de las zonas más elegantes de Milán, en la décima y última planta de un edificio. Tenía unas vistas preciosas de la ciudad; pero, al mismo tiempo, era muy tranquilo.

Tras una semana de estar yendo y viniendo de su casa al hospital, Pia se sintió extraña ante tanto lujo. Raphael y ella habían estado constantemente con Giovanni, manteniendo una vigilia silenciosa junto al hombre al que adoraban.

Sin embargo, Pia no protestó cuando él le ordenó que pasara la noche en su piso. Los dos sabían que necesitaba descansar y, por otra parte, Gio se encontraba bastante mejor: solo había sufrido un infarto leve, aunque tendría que cuidar su dieta.

Tras servirse una copa de vino, se dedicó a explorar la casa. Viéndola, cualquiera se habría dado cuenta de que había dicho una idiotez al afirmar que Raphael quería la fortuna de Giovanni. Era el domicilio de un hombre tan rico que no necesitaba el dinero de los demás. Tenía un gimnasio, dos terrazas gigantescas, un despacho con estanterías llenas de libros y dos habitaciones para invitados, además de la principal, el salón y el comedor.

Minutos más tarde, se dio una ducha en uno de los cuartos de baño de invitados y, cuando terminó, se acordó de que no tenía ropa limpia, así que entró en el vestidor y se puso buscar. Encontró ropa interior de mujer, completamente nueva; pero no era de su talla, y al final se puso una camisa que le quedaba enorme. Por su tamaño, Pia supo que debía de ser de Raphael; aunque lo habría sabido de todas formas, porque tenía su aroma.

Estremecida, pensó que no había cambiado nada. Lo deseaba tanto como al principio, o quizá más. A fin de cuentas, su semana en el hospital había servido para que lo conociera mejor y le tuviera más afecto. Tan eficaz como de costumbre, había echado a las hordas de parientes ambiciosos que se abalanzaron sobre Giovanni, al que defendía con una ferocidad digna de admiración.

Además, Pia había aprendido a ver bajo su apariencia de hombre implacable. Su actitud con Gio lo demostraba. Tenía un corazón tan grande como bueno, pero había algo que lo estaba

destrozando por dentro; algo de lo que no quería hablar o, por lo menos, de lo que no quería hablar con ella.

Por desgracia, eso tampoco había cambiado. El único hombre que le interesaba, el único por el que estaba dispuesta a arriesgarse, la trataba como si fuera una apestada.

Raphael acababa de cenar y de servirse otra copa de vino cuando oyó pasos en el corredor. Eran las dos de la madrugada, y había supuesto que Pia estaría durmiendo; pero debía de haberla despertado, porque apareció de repente en la cocina, con el pelo revuelto y sin más ropa que una de sus camisas blancas.

–¿Raphael? –dijo con voz somnolienta.

Raphael se maldijo en silencio por no haberse quedado en el hospital. La visión de las largas y bellas piernas de Pia reavivaron un deseo que no se apagaba nunca, por mucho que lo intentara. Hasta entonces, se había refrenado porque no quería que lo arrastrara a una relación más íntima. Pero ahora estaban solos, lejos de la gente. Ahora estaba a solas con su menguante fuerza de voluntad.

–Siento haberte molestado. Vuelve a la cama.

Pia sacudió la cabeza y se echó el pelo hacia atrás, en un gesto absolutamente femenino del que, con toda seguridad, no fue consciente. En respuesta, Raphael se puso al otro lado de la isleta central, como para poner un muro entre ellos.

–Ya me he despertado del todo. Aunque, durante unos minutos, no sabido dónde estaba ni por qué –le confesó–. He tenido una pesadilla horrible. He soñado que Gio había muerto y que tú... bueno, no importa.

Pia se apoyó en la pared de tal forma que la camisa se le subió un poco y enseñó un poco más de piernas desnudas.

Raphael tragó saliva y pensó que sería mejor que se fueran a la cama, por separado. Pero preguntó:

–¿Qué he hecho en tu pesadilla que sea tan terrible? ¿Qué puede ser peor que abandonarte después de llevarte al orgasmo?

–Gritar que todo era culpa mía, que yo había matado a Gio.

Él se quedó helado.

–No te preocupes, Pia. Es por el estrés. Ha sido una semana difícil.

Ella se pasó una mano por la cara.

–¿Qué vamos a hacer, Raphael?

–De momento, dormir cuarenta y ocho horas seguidas.

–No puedo dormir con tantas preocupaciones. Tengo demasiadas cosas en la cabeza –replicó–. ¿Me dirías la verdad si te hiciera una pregunta?

Raphael se puso tenso.

–Si puedo, sí.

Raphael siempre había sido protector con las mujeres de su familia, y no solo con sus hermanas. A pesar de todo lo que había hecho, fue él quien la arrastró a un centro de rehabilitación para que superara su problema. Pero con Pia era peor.

Cuando estaban juntos, se sentía como si ella pudiera ver en lo más profundo de su alma y le mostrara un espejo en el que se veía constantemente reflejado; un espejo que no se atrevía a mirar, por miedo a lo que pudiera descubrir.

Además, no quería hacerle daño. No quería hacer nada que mancillara su pureza.

Era una situación insostenible desde cualquier punto de vista. Mantenía las distancias porque quería protegerla de él; pero, al mismo tiempo, no soportaba estar lejos de ella. Le había devuelto la esperanza. Había conseguido que volviera a vivir.

–¿Soy culpable del infarto de Gio?

–Pia...

–No, por favor, contesta a mi pregunta –insistió–. Tú no lo sabes, pero unas horas antes de que sufriera el infarto, le dije que iba a volver a los Estados Unidos.

Raphael guardó silencio porque no quería contarle lo de su discusión con Gio. El abuelo de Pia los había manipulado desde el principio y, si le decía que le había ofrecido todas sus acciones a cambio de que se casara con ella, enturbiaría más su relación.

–Quería salir de aquí –prosiguió ella–. Quería volver a mi país y atar algunos cabos sueltos, aunque le prometí que sería una ausencia temporal.

–¿Por qué te querías ir? ¿Por lo que pasó entre nosotros? –dijo él, enfadado–. ¿No se te ocurrió pensar en lo que sentiría tu abuelo? ¿Siempre sales corriendo cuando te topas con un problema? ¿Eso fue lo que hiciste cuando Frank te engañó?

Ella se puso pálida.

–No pretendía huir de nada. Necesitaba un descanso, nada más –contestó–. No soportaba estar a tu lado, sabiendo que nuestra relación es una tortura para ti.

–Eso no es...

–Por favor, no mientas. Admiro tu sinceridad, y me gustaría seguir admirándola –dijo–. Me toleras a regañadientes, porque no

tienes más remedio. Pero yo era incapaz de entender el mensaje, y te obligué a provocarme un orgasmo. Hasta ese punto he llegado.

–Dios mío, ¿eso es lo que crees? ¿Cuándo entenderás que...?

–Me has dicho de todas las formas posibles que soy una carga para ti –lo interrumpió otra vez–. Otra persona de la que cuidar, otra responsabilidad que asumir, otra piedra atada a tu cuello. Y te comprendo perfectamente. Ni siquiera estoy enfadada contigo. Pero no quiero ser eso.

Raphael alzó una mano y le acarició la mejilla, preguntándose si todo su cuerpo sería tan suave como su cara.

–No sabes lo que dices, Pia. Rechazarte es lo más difícil que he hecho en toda mi vida. Me echaste en cara lo de Ava, pero era completamente innecesario, porque no habría podido acostarme con ella. Cada vez que cierro los ojos, siento la suavidad de tu sexo en los dedos. Cada vez que oigo tu voz, recuerdo tus gemidos de placer. Y todas las noches, me excito como un adolescente imaginando tu cuerpo desnudo.

Pia lo miró con tanto deseo que Raphael sintió la tentación de tomarla allí mismo. Pero se limitó a ponerle una mano en su entrepierna, sobre su erección.

–No puedo sentir tu aroma sin ponerme así –añadió–. ¿Me crees ahora, tesoro?

Ella inclinó la cabeza y la apoyó en su hombro; en respuesta, él llevó una mano a su cabello y se lo acarició, dominado por una emoción más profunda que la lujuria: la ternura. Se había dado cuenta de que no la quería para una sola noche o para una simple aventura pasajera. La quería para mucho más. Y desde luego, no soportaba la idea de que Pia acabara entre los brazos de otro hombre.

Pia era suya, lo supiera o no.

–Por primera vez en mi vida, quiero ser egoísta. Quiero tomarte porque así lo deseo, sin pensar en las consecuencias. No sabes cuántas veces me he tenido que recordar que eres la nieta de Giovanni.

Pia dio un paso atrás, con el corazón desbocado. Aún sentía el latido de su erección en la palma de la mano, la tensión que irradiaba de él.

–Soy algo más que la nieta de Gio. Soy Pia, Raphael. Y daría cualquier cosa por...

Raphael le puso un dedo en los labios.

–Mírame, Pia, y escúchame bien –dijo–. Sé que no te crees tan bella y refinada como las amantes que he tenido, pero ninguna de

ellas te llega a la suela del zapato. Por eso me cuesta dejarme llevar. Por eso me niego a tomarte.

–Tú no tomarías nada, Raphael. No sería una conquista, sino un ofrecimiento mío, nacido de mi voluntad. ¿Quién eres tú para decidir que no me entregue a ti? –preguntó–. La decisión es mía, ¿no crees?

–Oh, maldita sea...

Raphael cerró las manos sobre sus mejillas y la besó.

Esta vez, Pia tomó la iniciativa desde el primer segundo, excitada por las palabras de Raphael, por el deseo feroz que veía en sus ojos y por la alegría de saber que aquel hombre tan atractivo e impresionante la había elegido a ella por encima de todas las demás.

Todas sus dudas e inseguridades desaparecieron al instante. Todos los recelos quedaron reducidos a cenizas entre el fuego que habían encendido. El mundo se limitaba ahora a las caricias de sus manos, el rápido latido de su corazón y el contacto de su lengua, que borraba cualquier resto de pensamiento racional.

Llevaban mucho tiempo esperando ese momento, y ninguno de los dos lo quería desperdiciar.

–Dame tu sabor, *cara mia*. Deja que te demuestre lo mucho que te deseo, lo mucho que te necesito.

Durante los minutos siguientes, sus bocas se debatieron en un juego erótico cargado de promesas. Se mordían los labios, se los lamían, entraban una y otra vez en el otro y se retiraban para volver a empezar. Era absolutamente embriagador, y Pia protestó cuando él rompió el contacto y se la quedó mirando, tan alto y arrogante como siempre.

–No, por favor... Vuelve a mí –le rogó.

Estaba tan excitada y se sentía tan débil que se habría caído al suelo si Raphael no la hubiera sostenido.

–No puedo darte palabras dulces, Pia. Y no te haré ninguna promesa –dijo–. ¿Aún quieres estar conmigo?

Capítulo 10

CON LA camisa ya desabrochada, el pelo revuelto por sus caricias y los vaqueros ligeramente caídos, Raphael era una fantasía erótica hecha realidad. Pero eso no estremeció tanto a Pia como su penetrante mirada.

Sus ojos estaban cargados de deseo, preguntas y desafíos. Eran exactamente como él, una combinación asombrosa de ternura y carácter implacable. Eran directos, contundentes, sin sombra o subterfugio de ninguna clase. Y miraban su cuello, sus desnudas piernas y su cara con toda la pasión de la que era capaz.

–¿No vas a decir nada, *cara mia*?

Pia sintió que se le doblaban las rodillas. La cercanía de Raphael y el hambre que llevaba escrito en su rostro resultaban más elocuentes que todas las palabras que hubiera podido pronunciar. No se parecía a ninguna de sus experiencias anteriores. En unos pocos momentos, le había dado mucho más que Frank en todos sus meses de relación.

–Te conozco, Raphael. Y te deseo –dijo sin más.

El la alzó en vilo con un movimiento seco, demostrando que estaba haciendo esfuerzos por no perder el control. Ella le pasó los brazos alrededor del cuello y le acarició suavemente la nuca, ansiosa por explorarlo. Su corazón latía con desenfreno, pero se relajó un poco al notar que a él le pasaba lo mismo.

Luego, Raphael cruzó la sala, entró en el enorme dormitorio principal y la tumbó en una cama de sábanas grises. Toda la decoración era intensamente masculina, aunque dejó de prestarle atención cuando él se quitó la camisa y la dejó caer.

Sus anchos hombros y su piel morena la provocaron tanto como el fino vello que descendía por su pecho y se estrechaba en su abdomen. En su excitación, Pia cruzó y descruzó las piernas, nerviosa. Estaba loca por sentir la prueba indiscutible de su deseo, claramente visible bajo la tela de sus pantalones.

–¿Qué sientes al mirarme?

En lugar de responder, Pia lo miró a los ojos y llevó las manos al botón de los vaqueros, dispuesta a desabrochárselos y a tocar lo que anhelaba. Pero, justo entonces, él le separó las piernas sin

contemplaciones y se arrodilló entre ellas.

–¿Qué sientes cuando miras mi erección?

Ella tragó saliva y acarició su pecho.

–Por favor, Raphael. No tengo fuerzas para hablar. No puedo...

Él se inclinó y la besó salvajemente, devorándola. Era como si le robara una parte de sí misma cada vez que asaltaba su boca. Y estaba encantada de que se la robara.

–Lo siento, pero no soy capaz de expresarlo con palabras –añadió.

–No lo sientas –dijo él, mirándola con intensidad–. No te disculpes nunca por ser como eres. No conmigo. Nunca conmigo. Te lo prohíbo.

Su seriedad le arrancó una sonrisa. ¿Cómo podía ser tan arrogante?

–Me siento insegura, Raphael. Tengo entendido que a los hombres les gustan las mujeres atrevidas, y yo no lo soy.

–No sé lo que habrás oído por ahí ni las conclusiones a las que habrás llegado –dijo él, llevando las manos a su camisa–. Pero, por lo que sé de ti, estoy seguro de que deseas que haga lo que estoy a punto de hacer.

–¿Y qué estás a punto de hacer?

La respuesta de Raphael fue tajante: le abrió la camisa de golpe, arrancándole los botones y, a continuación, cerró las manos sobre sus pequeños pechos y se los acarició.

–No te preocupes por nada, Pia. Te enseñaré lo que quiero de ti.

–Sí, enséñame, por favor. Quiero satisfacerte.

–Y me darás satisfacción –replicó–. Y yo aprenderé lo que tú quieres, lo que te da placer. Nos descubriremos juntos.

–Oh, sí.

Raphael le quitó entonces la rota camisa y, tras admirar sus pechos con una intensidad que Pia no había sentido en toda su vida, lamió sus anhelantes pezones de un modo lento y suave, diciéndole con los ojos lo mucho que le gustaba.

Pia se arqueó, ofreciéndoselos a su boca, y Raphael respondió como esperaba, succionándolos. El placer era tan intenso que ella se abandonó a él sin vergüenza alguna, concentrada en la oleada de sensaciones. Se sentía al borde de una explosión, como si estuviera a punto de nacer. Y de repente, Raphael se detuvo y la dejó completamente desolada.

–Me gustaría tener un espejo para que pudieras verte, *mia cara* –dijo voz ronca–. Tus ojos parecen más grandes que nunca, tus

labios están hinchados por mis besos y tu piel tiembla y brilla con mis atenciones.

Pia no dijo nada.

–¿Quieres que vaya a buscarlo? –continuó–. ¿Quieres verte como yo te veo? ¿Quieres ver lo bella que estás?

Raphael le volvió a lamer un pezón, y ella apretó las piernas como si hubiera una conexión directa entre sus pechos y su sexo.

–No te avergüences de lo que sientes por mí, tesoro –insistió él–. No te avergüences de lo que quieres de mí.

Pia se estremeció una vez más, y soltó un grito ahogado cuando Raphael le metió una mano entre los muslos y le introdujo un dedo.

–¿Nunca lo has hecho así? –preguntó con suavidad, como si tuviera miedo de asustarla.

Pia no pudo responder, porque su mente estaba demasiado ocupada en el intento de procesar lo que aquel dedo invasor le hacía sentir. Raphael parecía haber encontrado el punto donde estaba el centro de su ser, y se concentraba en él sin dejar de entrar y salir de ella.

–Estoy esperando una respuesta...

Pia sacudió la cabeza y se arqueó contra su mano, rogándole que acelerara el ritmo.

–No, no... *Per favore*, Raphael...

–Como tú quieras, *bella*.

Pia no era tan inocente como para no saber que el placer que sentía no tenía nada de mágico. Era ciencia, el resultado de miles de años de evolución. Y también era experiencia, la de Raphael. Pero, a pesar de todo, lo vivió como si fuera magia, como si lo que había entre ellos no se pudiera explicar en términos racionales.

El mundo se disolvió en una nube de sensaciones puras cuando Raphael la empezó a acariciar como ella quería y desató un maremoto de placer, con olas que se superponían las unas a las otras, arrojándola a los cielos, devolviéndola a la tierra y haciéndola volar una vez más. Y cuando cayó por última vez, él la sostuvo con sus brazos, su calor, sus halagos y su inmenso afecto.

Desesperada por tocarlo y por mantener la conexión que habían establecido, alzó un brazo y le apartó un mechón de la frente. Pero el gesto le pareció tan posesivo que se arrepintió al instante y se retiró.

–Tócame, *bella*. Tócame donde quieras.

Pia suspiró y acarició ansiosamente su duro sexo. Quería destrozar su control. Quería que estuviera tan necesitado y

hambriento de placer como ella.

–Tu cara lo dice todo –afirmó él, sonriendo–. Dice lo que sientes cuando te toco. Y cuando no lo dice ella, lo dice tu cuerpo.

Raphael se quitó los pantalones y los calzoncillos, y Pia pensó que su afirmación debía de ser cierta, porque era lo que estaba deseando. Quería darle placer, y se lo iba a dar aunque fuera la última cosa que hiciera.

Entonces, él cerró las manos sobre sus nalgas y dijo:

–¿Ves lo que me haces? ¿Ves lo mucho que te deseo?

En contestación, Pia acarició los duros músculos de sus brazos, la suave piel de su estómago y la aterciopelada textura de su sexo, cada vez más tenso y duro.

–Separa las piernas –ordenó él.

Pia las separó; pero, en lugar de penetrarla, él se limitó a frotarse contra la húmeda entrada que lo estaba esperando.

–Eres perfecta –dijo, y se volvió a frotar–. Como si estuvieras hecha para mí.

Ella se estremeció sin poder evitarlo, porque el orgasmo anterior la había dejado tan sensible que todas las sensaciones eran más intensas. Y entonces, súbitamente, entró en ella con un movimiento seco y, sin embargo, suave.

Pia gimió ante la invasión y le clavó las uñas en los hombros mientras intentaba expulsarlo, pero él se mantuvo dentro. Raphael comprendió entonces que era su primera vez, y susurró palabras de aliento, intentando tranquilizarla, como si la idea de hacerle daño le pareciera del todo inaceptable.

–Mírame, *cara mia*. Te prometo que lo peor ya ha pasado.

Ella abrió los ojos otra vez y lo miró, aunque tenía miedo de que malinterpretara su reacción, de que creyera que no lo deseaba o que no quería hacer el amor con él.

–Eres profesora de ciencias, ¿no? –dijo Raphael con una sonrisa.

Pia asintió.

–Lo siento, Raphael. No quiero darte la sensación de que...

–No te disculpes. Entre nosotros no hay disculpas –le recordó–. Y mucho menos, cuando te voy a hacer más daño antes de darte más placer.

Pia vio la tensión de sus músculos y el sudor de su frente y comprendió que estaba haciendo un esfuerzo sobrehumano por refrenarse; un esfuerzo que merecía algo más que su cobardía.

–No me importa lo que duela. Muévete, por favor.

–Bésame. Pero bésame de verdad.

Pia besó sus labios y le introdujo la lengua en la boca, donde jugueteó unos instantes. Después, lamió su cuello con la sensualidad de una gata y le mordió en el hombro, arrancándole un gemido profundo. Volvía a estar excitada, y su cuerpo se acostumbró rápidamente a la invasión que había intentado rechazar.

Cuando él se empezó a mover, fue como si escribiera un poema en su interior, como si la estuviera deshaciendo y volviendo a crear en cada una de sus acometidas, constante y firmemente.

Pia siempre había tenido miedo de mostrar su necesidad. Se dejaba dominar por las inhibiciones, incapaz de abrirse; pero hacer el amor con Raphael y compartir aquellos momentos de belleza absoluta era lo más natural del mundo.

No había nada más perfecto que su sudor, el contacto de sus cuerpos y el placer que crecía poco a poco dentro de ella. Y tampoco hubo nada más perfecto que su orgasmo posterior.

Al sentirlo, Raphael pronunció su nombre en voz baja y dijo, como disculpándose:

–Ya no me puedo parar. Tengo que seguir.

Ella le acarició la mejilla.

–Soy tuya, Raphael –replicó.

Aferrado a sus caderas, él impuso un ritmo feroz que la excitó de nuevo, y no se detuvo hasta conseguir la satisfacción que necesitaba. Pero la noche estaba lejos de terminar, y siguieron haciendo el amor hasta que la luz de la mañana se empezó a filtrar entre las cortinas, dándoles un tono dorado.

Pia no salía de su asombro. Aquello no se parecía a lo que algunas amigas le habían dicho: que los hombres perdían el interés cuando ya se habían salido con la suya y que no les gustaban las mujeres empalagosas. Raphael era todo lo contrario. Se mostraba insaciable y, cada vez que llegaban al clímax, la abrazaba con dulzura.

Al cabo de un rato, él se apartó de ella y se levantó. Pia estaba boca abajo, y no supo lo que pretendía hasta que sintió el contacto de algo húmedo.

–¿Qué estás haciendo?

–Calla. Déjame que te limpie.

Ella se ruborizó. Le había metido una mano entre las piernas y la estaba limpiando con un paño mojado.

–No es necesario que...

–Por supuesto que lo es.

Pia le dejó hacer, y él la limpió con tal ternura que los ojos se

llenaron de lágrimas. Pero no tuvo tiempo de sobreponerse a las emociones que la embargaban, porque él volvió a la cama y se tumbó a su lado.

Mientras se acariciaban, ella se dio cuenta de que quería seguir así toda la vida. Y se asustó mucho, porque estaba segura de que Raphael no buscaba una relación eterna, sino solo unos meses de placer.

–Date la vuelta y mírame.

Pia se puso tensa, y él le dio la vuelta sin más.

–¿Aún te duele? –preguntó, frunciendo el ceño.

Ella se ruborizó y sacudió la cabeza en silencio. Él le dio un beso, se apretó contra su cuerpo y cerró la mano sobre uno de sus senos.

–Me encanta que estés aquí, en mi cama, conmigo. Me encanta saber que soy el único que ha visto tu verdadero ser, el espíritu apasionado que generalmente ocultas –dijo con suavidad–. Lo adoro.

Pia se acurrucó contra él.

–Tenemos que hablar, Raphael.

–No, lo que tenemos que hacer es dormir. Dormiremos horas y horas, y solo nos despertaremos cuando recuperes las fuerzas y podamos hacer el amor otra vez. Hasta entonces, no habrá nada más. Duerme, tesoro mío.

Y así, tras sus palabras, Pia se quedó dormida.

El teléfono de Raphael la despertó. Tardó unos segundos en saber dónde estaba, pero su escozor le recordó lo sucedido durante la noche.

Raphael le dio un beso en el hombro, y soltó un suspiro de frustración cuando, momentos después, el teléfono volvió a sonar. Medio dormido, estaba más guapo que nunca.

–¿Te encuentras bien? –preguntó él.

Ella asintió, incapaz de encontrar palabras que resumieran su maravilloso estado emocional. Y luego, a sabiendas de que Raphael tendría que contestar la llamada, le pasó la lengua por el cuello.

Raphael sonrió y alcanzó el móvil.

Segundos después, el amante apasionado había desaparecido. Soltó dos frases rápidas a su interlocutor, se levantó de la cama y se fue al cuarto de baño, completamente desnudo.

Mientras él se metía en la ducha, ella se dirigió al servicio de

una de las habitaciones de invitados y se duchó a su vez. Ya se había secado y puesto otra de las camisas de Raphael cuando su amante apareció en la entrada.

Tenía el pelo mojado, y se había puesto unos pantalones cortos. Pia se relamió de deseo y, antes de que pudiera parpadear, la tomó en brazos como la noche anterior y la llevó otra vez a su cama.

–Te dije que dormiríamos todo el día.

Ella soltó una carcajada.

–Nunca había tenido una relación como esta, ¿sabes? –le confesó–. Aunque no pretendo decir que tengamos ninguna relación.

–¿Qué es entonces? ¿Una simple aventura? –preguntó él con humor–. Francamente, lo dudo. Pero dejemos las definiciones para otro momento.

Pia lo besó, y lo siguió besando durante un minuto entero.

–¿Quién te ha llamado? –preguntó después.

–Mi abogado. Allegra acaba de salir de la clínica, y se ha puesto en contacto con él.

–¿Ya ha salido? ¿Cómo está?

–Al parecer, ha hecho todo el programa de rehabilitación, ha superado su problema con las drogas y esta desesperada por ver a Alyssa.

Pia quiso saber algo más de la mujer que había estado casada con Raphael, así que se atrevió a comentar:

–Tu madre dice que es una mujer extraordinariamente bella.

–Sí que lo es. Tan extremadamente bella que no había ningún hombre que no la quisiera llevar a la cama –comentó con desinterés–. Por desgracia, yo tenía más dinero que ninguno de sus pretendientes, así que me eligió a mí.

–Oh, seguro que no te eligió solo por eso –dijo, asombrada con el comentario–. Eres un hombre muy atractivo, y lo sabes de sobra. No peques de falsa modestia.

Él sacudió la cabeza.

–No pretendía ser modesto. Allegra solo se sentía atraída por mi fortuna y mi poder, aunque es cierto que mi aspecto no le molestaba. Los actos de las personas dicen mucho más que sus palabras, Pia. Y todos sus actos demostraban que no me quería, que nuestra relación no le importaba y que se había casado conmigo por acceder al status social que conlleva ser mi esposa.

–Entonces, ¿no te sientes culpable del fracaso de vuestra relación? ¿Ni siquiera un poco? –se interesó.

–No todo el mundo está dispuesto a asumir responsabilidades

que no le corresponden. Piensa en Frank, por ejemplo. La culpa de lo que pasó fue suya, no tuya.

–Pero estabas enamorado de ella, ¿no? Lo sé porque la gente habla cuando creen que no les escucho o, quizá, porque saben que los estoy escuchando –comentó–. Dicen que la perseguiste durante tres años. Dicen que fue la boda más importante de la década.

Raphael no dijo nada. Sabía que Pia no intentaba juzgarlo, así que se apretó contra ella y la abrazó. Creía conocerse muy bien; pero, cada vez que aquella mujer hurgaba en sus asuntos, descubría algo nuevo.

Algo no necesariamente bueno.

Algo que, simplemente, no había pensado antes.

Raphael se repitió mentalmente la pregunta de Pia.

¿Había estado enamorado de Allegra?

Desde luego, no podía negar que Allegra había sido su obsesión; pero también era cierto que, por entonces, no pensaba precisamente con la cabeza.

Borracho de éxito profesional y envanecido con el poder que tenía, decidió que era la mejor candidata para convertirse en su esposa mucho antes de que ella se hubiera fijado en él. Había sacado a su familia de la bancarrota y había limpiado el escándalo de su ruina anterior, de modo que solo necesitaba una cosa para que su mundo fuera completamente perfecto: una esposa de la alta sociedad.

–No, creo que nunca estuve enamorado de ella. Y ahora que lo pienso, es posible que yo le hiciera más daño que su propia madre, que nunca le prestó atención. No deberíamos habernos casado. Allegra necesitaba un hombre más dulce, más amable. Yo solo quería un trofeo.

Raphael apoyó la cabeza en la almohada, sorprendido con lo que acababa de decir.

–De todas formas, ya no me importa lo que hizo –continuó–. Hace tiempo que he perdonado sus infidelidades. E incluso intenté perdonarla cuando mintió sobre...

Raphael se detuvo un momento, y Pia empezó a comprender la profundidad de su dolor, que siempre intentaba ocultar.

–La descubrí una vez en la casa, cuando Alyssa solo tenía un mes. Estaba completamente drogada, y todo el mundo salió en su defensa. Gio, su madre, incluso la mía... Dijeron que la adicción es una enfermedad, y que no sabía lo que estaba haciendo. Pero no le

puedo perdonar que se drogara en esas circunstancias, cuando acababa de ser madre. No voy a permitir que se acerque a Alyssa.

–Eso suena tan definitivo... ¿Qué pretendes? ¿Proteger a Alyssa? ¿O castigar a Allegra? –dijo Pia, sin poder refrenarse–. ¿O ni siquiera se trata de eso? ¿No será por tu padre?

Raphael le lanzó una mirada tan cargada de furia que Pia tuvo miedo de haber ido demasiado lejos; sobre todo, porque los dos sabían que había acertado. Pero su expresión se volvió súbitamente más dulce.

–Tenías que ser tú, ¿eh? Eres la única persona que podía adivinar la verdad.

Pia deseó abrazarlo con fuerza. Quiso decirle que no era invencible, y que tener sentimientos no era síntoma de debilidad.

–No debería haber dicho eso, pero creo que todavía no has perdonado a tu padre.

Raphael apartó la mirada.

–Fue mi héroe durante mucho tiempo. Y un día, desapareció sin decir palabra.

Pia pensó que cualquiera habría entendido su dolor. Al suicidarse, su padre le había dejado una carga excesiva para un adolescente; una carga que su madre había aumentado y que, al final, alimentó su propia ambición.

–Raphael...

–Es agua pasada –dijo, quitándole importancia.

Raphael la besó, y Pia se entregó por completo cuando él se puso entre sus piernas y la penetró con suavidad, temeroso de que aún estuviera dolorida. De hecho, le hizo el amor con una dulzura increíble, como si fuera un objeto frágil que sus duras manos podían romper. Pero más tarde, cuando llegaron al orgasmo y se quedaron abrazados, Pia sintió una angustia terriblemente intensa.

Raphael podía creer que era agua pasada, pero la huella del suicidio de Marco seguía estando en él. La ira y el dolor seguían ocultos bajo su fachada de hombre insensible. Y, si no aprendía a superarlo, no podría volver a amar.

Era un problema que le afectaba directamente, porque Pia ya había asumido que lo que sentía por Raphael iba más allá de la atracción sexual y la admiración intelectual. Se estaba enamorando, y no podía hacer nada al respecto.

Capítulo 11

PIA NO volvió a verlo hasta dos semanas después.

Ahora sabía que la deseaba, pero tenía una duda que la carcomía por dentro: ¿se lo habría demostrado de alguna manera si Giovanni no hubiera sufrido el infarto y él no se hubiera sentido vulnerable?

Por otro lado, era más consciente que nunca de sus necesidades físicas. Y no solo por el recuerdo de su tórrida noche de amor, sino también porque la relación sexual con Raphael la había dejado tan sensible que, cuando se metía en la ducha o, sencillamente, se metía en la cama, su cuerpo exigía satisfacción.

Además, Raphael no la había olvidado.

Todos los días le enviaba regalos. Primero, ramos de flores; después, un brazalete de diamantes que, según le dijo Gio, era de una de los diseñadores más famosos del país; más tarde, un cargamento de su café preferido, porque Pia se había quejado de que el café italiano era demasiado fuerte para ella y, por último, un maletín con todos los instrumentos necesarios para tallar y una pieza de un tipo de madera extraordinariamente difícil de conseguir.

Pia estaba encantada. Ya no le hacía regalos para que los demás creyeran que se adoraban; se los hacía de corazón. Y, por supuesto, no quería que su relación terminara. Quería más besos, más caricias, más tiempo con él.

Quería una relación romántica en toda regla.

Sin embargo, dos semanas de ausencia eran demasiadas, y se empezó a sentir insegura; especialmente, porque Portia pasó a visitarla y dejó caer que su hijo estaba ocupado por unos asuntos relacionados con Allegra, quien había estado con Alyssa un par de días antes.

Por si eso fuera poco, Portia consiguió que se sintiera culpable cuando mencionó que Raphael había trabajado mucho por llevar la empresa de su familia a lo más alto, y que hasta Giovanni estaba en deuda con él. De repente, parecía una egoísta que solo pensaba en sí misma. Raphael tenía cosas importantes que hacer, y ella se preocupaba por cosas tan nimias como el hecho de que no hubiera

pasado a saludarla.

Afortunadamente, también tuvo buenas noticias. Una prestigiosa universidad a distancia había aceptado su solicitud para hacer un master de magisterio, algo que siempre había soñado. Y, poco después de recibir la notificación, Raphael le envió un portátil nuevo, una caja de chocolatinas y unas gafas de leer, porque Pia le había dicho que había perdido las que tenía.

Pia se estuvo riendo durante dos minutos, para desconcierto de Giovanni.

Casi todas las tardes, Pia se sentaba en el patio con el ordenador y el plan de estudios mientras su abuelo se echaba la siesta. El infarto de Gio había cambiado las cosas, y ya no tenía intención de viajar a los Estados Unidos.

Raphael apareció al decimoquinto día, cuando se presentó en el patio de la mansión con una copa de vino en la mano.

Su alto cuerpo proyectaba una sombra larga al contraluz del sol de la tarde, y sus fuertes y potentes músculos le recordaron todas las cosas que le hacía sentir. Raphael estaba lleno de energía, aunque podía llegar a ser asombrosamente delicado. Pia había empezado a conocer su cuerpo, y eso la excitaba más.

Aunque no se hacía ilusiones sobre su relación.

Pia no pensaba que Raphael pudiera ser hombre de una sola mujer. Pero, al verlo allí, pensó que lo podía ayudar a conocer una faceta nueva de sí mismo; que podía darle algo que no había tenido nunca o que, por lo menos, no creía tener.

Suspiró y caminó hacia él. Tenía el pelo más largo, y unas ojeras bastante marcadas, lo cual la preocupó. Sin embargo, su preocupación se convirtió en alegría cuando Raphael le lanzó una mirada intensa y lujuriosa que no dejaba duda sobre sus sentimientos.

La deseaba tanto como la última vez, si no más.

Súbitamente, Pia se arrepintió de no haberse puesto algo más elegante, porque llevaba unos vaqueros viejos y una camiseta desgastada. Además, acababa de volver de un largo paseo y, como hacía calor, tenía sudor en la frente y en el cuello.

–Hola, Pia.

Nerviosa, ella alcanzó la jarra de agua fría que había dejado en una de las mesas y se sirvió un vaso para tranquilizarse. Después, echó un trago, lo miró a los ojos y replicó:

–Hola, Raphael.

La mesa estaba entre ellos, pero ningún obstáculo habría podido difuminar la tensión erótica del ambiente ni el enfado de

Raphael, quien apretaba su copa de vino con tanta fuerza que Pia tuvo miedo de que la rompiera y se clavara los cristales.

–No has contestado mis llamadas –le recriminó.

Ella se encogió de hombros ante la atenta mirada de Giovanni, que los observaba como si asistiera a un partido de tenis, moviendo la cabeza de un lado a otro.

–Es que... me pillaste en mal momento.

–¿Las cinco veces? Porque te he llamado cinco veces.

Pia carraspeó.

–He estado ocupada con mis estudios y con una clase de talla de madera que estoy dando en el pueblo. Por cierto, gracias por las herramientas nuevas. Y por el portátil. Y por las gafas. Agradezco mucho tus regalos.

Él dejó la copa en la mesa y se cruzó de brazos.

–¿Lo dices en serio?

–Sí.

–Háblale del hombre al que conociste la otra noche en la *trattoria* –intervino Giovanni–. Lo vas a volver a ver, ¿no?

–¿A qué hombre se refiere? –dijo Raphael, frunciendo el ceño.

Pia miró a Gio con cara de pocos amigos, preguntándose a qué estaría jugando. De todas las cosas que podía contar a Raphael, había tenido que mencionar precisamente eso.

–No es nadie importante. Un tipo al que conocí.

–¿Es de la zona? ¿Sabe que eres la nieta de Giovanni? ¿Cómo es posible que Emilio no me dijera nada?

–¿Emilio? ¿Es que me está espiando?

–Emilio no espía a nadie, pero tiene orden de cuidar de Gio y de ti.

–No tengo por qué darte explicaciones, Raphael –protestó ella–. Díselo tú, Gio. Dile que no tiene derecho a interrogarme.

–Raphael... –dijo Giovanni en tono de advertencia, pero también con sorna.

Mientras ella se giraba hacia el anciano, Raphael se le había acercado subrepticiamente; y cuando se quiso dar cuenta de lo que pasaba, era demasiado tarde: él le acarició la mejilla, le apartó el cabello de la cara y le puso las manos en el talle.

–¿Intentas que me pongas celoso, tesoro?

–Nunca haría algo tan bajo –afirmó.

–¿Ah, no? –preguntó, mirándola como si tuviera que responder de muchas cosas–. Aún no has dicho nada de ese hombre.

–Por Dios, Raphael. Es un camarero que trabaja en el pueblo. Me vio con mis herramientas y nos pusimos a charlar, porque

también es carpintero aficionado. Fue él quien me habló de las clases de talla –dijo–. Nos hemos hecho amigos, y nos tomamos un café de vez en cuando, pero eso es todo. ¿Qué pasa, que ahora no puedo tener amigos? ¿Tengo que darte explicaciones de todo lo que hago? ¿Desconfías de mí?

–No, *cara mia*, ni desconfío de ti ni tienes que darme explicaciones de ninguna clase. Pero eres tan...

–¿Ingenua y estúpida?

–Inocente –puntualizó él, acariciándola–. Por lo demás, los amigos que tengas son asunto tuyo. Con la única condición de que yo sea el único que te puede tocar así.

–Mira, Raphael...

Ella no pudo terminar la frase, porque él le dio un beso tan apasionado que se supo perdida. Todas las terminaciones nerviosas de su cuerpo se despertaron.

¿Cómo era posible que lo deseara y lo odiara al mismo tiempo?

Sus labios eran dulces y duros, familiares y eternamente nuevos. Le habría gustado vivir entre sus brazos, sin hacer nada salvo disfrutar de su sabor, descubrir lo que le gustaba a él y explorar sus propias necesidades.

Cuando la abrazaba así, cuando la besaba y la miraba a los ojos con ternura, el deseo y el amor no parecían dos cosas distintas. Lo que resonaba en su cuerpo, resonaba en su alma. Cuando estaba con él, todo era perfecto.

–*Maledizione*, cuánto extrañaba tus besos... –susurró Raphael contra su boca, causando descargas de placer en las zonas más eróticas de Pia–. Dime que me has echado de menos, *cara mia.* Dime que te despiertas como yo en mitad de la noche, anhelando mi cuerpo como yo anhelo el tuyo.

Pia le pasó los brazos alrededor del cuello y se apretó contra él como si buscara fundirse con el hombre que la volvía loca. Estaba donde quería estar, y sus gemidos rompieron el silencio hasta que, al cabo de unos minutos, oyó la voz de Giovanni y se ruborizó.

Había olvidado que su abuelo estaba presente.

Avergonzada, se giró hacia él e intentó explicarse, pero Gio reaccionó como si la responsabilidad de lo sucedido fuera exclusivamente de su ahijado, y se limitó a decir, muy serio:

–Pia, me gustaría hablar a solas con Raphael.

–Si vais a hablar de mí, exijo estar presente –declaró ella con frustración–. Sé que me quieres mucho, abuelo, y que te preocupa mi forma de relacionarme con los hombres porque cometí el inmenso error de confiar en Frank. Sin embargo, sé cuidar de mí

misma. Y, por otra parte, esto no es asunto tuyo.

–Te equivocas. Lo de Frank no es asunto mío; pero lo de mi ahijado, sí –replicó, antes de volverse hacia él–. Esto ha ido demasiado lejos, Raphael. Si no haces lo correcto, no tendré más remedio que...

–Tranquilízate, Giovanni –dijo Raphael con firmeza–. El status de nuestra relación sigue siendo el mismo porque estabas en el hospital y tu salud era lo prioritario.

–¿Y ahora?

–Déjame eso a mí –contestó Raphael, tajante.

Pia miró a los dos hombres, sintiéndose como si se hubiera internado en un campo de minas. Y de repente, Gio sonrió de oreja a oreja.

–Entonces, ¿os vais a casar pronto? –dijo.

–Tan pronto como sea posible –contestó su ahijado.

Pia se quedó de piedra; sobre todo, porque su abuelo, un hombre de ochenta y cuatro años que acaba de sufrir un infarto, se reía a carcajada limpia, como un adolescente.

–Que sea este año, Raphael –dijo entre risas–. Seréis muy felices, *piccola*.

Pia abrió la boca para protestar, pero Giovanni estaba tan contento que fue incapaz de amargarle la noticia.

–Preferiría esperar a que te recuperes del todo, abuelo.

–Como quieras –dijo Gio, que se levantó, la tomó entre sus brazos y le dio dos besos–. Ah, no hay nada más bonito que ser joven y estar enamorado. Pero no cometáis los errores que Lucia y yo cometimos... Tu abuela estaría encantada con el hombre que te he buscado.

Giovanni la miró entonces con ojos humedecidos por las lágrimas y añadió:

–Bueno, han sido demasiadas emociones para un hombre tan viejo como yo. Será mejor que me vaya a la cama.

El hombre que te he buscado.

Las palabras de Giovanni, que desapareció inmediatamente en el interior de la casa, molestaron mucho a Pia. Y para empeorar las cosas, la idea de casarse con Raphael la puso al borde de un ataque de pánico.

–Espera, Pia –dijo él al ver que se marchaba.

–No. Necesito estar a solas.

Pia intentó alejarse, pero Raphael la agarró de la muñeca y la

abrazó, enfrentándola una vez más con sus propios sentimientos. Sus ojos negros le parecían los más bonitos del mundo, y sabía que, si los seguía mirando, sería incapaz de negarle nada.

–Deja que te lo explique, *cara mia*.

–No me llames así –protestó.

Él le acarició un brazo.

–Te llamaré como quiera –dijo con arrogancia.

–¿Como si fuera un objeto de tu propiedad? No soy tuya, Raphael. No tienes derecho a hacer lo que te plazca conmigo.

Raphael frunció el ceño, pero guardó silencio.

–Mira, no he dicho nada delante de Gio porque no quería incomodarlo ni dejarte a ti en una situación difícil. Es obvio que os traéis algo entre manos, y que mi abuelo quiere que cumplas tu palabra, sea cual sea. Pero, si le has prometido que te casarías conmigo, olvida el asunto. No me gustan nada las mentiras. Nunca me han gustado. Y no quiero engañar a Giovanni.

–Si es cierto, no hay engaño de ninguna clase –observó él.

Ella parpadeó, desconcertada. ¿Estaría hablando en serio? ¿Quería casarse con ella? Por su expresión, cualquiera habría dicho que sí.

–Discúlpame, pero yo no te he pedido el matrimonio, y tú tampoco me lo has pedido a mí –replicó, furiosa.

–¿Se puede saber qué te pasa? Nunca te había visto tan enfadada...

–Yo no estoy enfadada –mintió ella.

–¿Es porque no te lo he pedido formalmente? –insistió él.

Ella soltó una carcajada sin humor.

–No estoy enfadada. Deja de decir que lo estoy, porque no lo estoy. Me he limitado a constatar que estamos engañando a mi abuelo. Ni siquiera tenemos una relación de verdad.

–¿Ah, no? ¿Insinúas que solo te acuestas conmigo por divertirte?

–No tendría nada de malo. Es una experiencia bonita y apasionante.

Raphael la miró con picardía.

–Vaya, me alegra que te guste lo que hacemos. Efectivamente, es tan bonito como apasionante –dijo, acariciándole el cuello–. Pero no estamos hablando sobre los placeres del amor, sino sobre ti. Te conozco, y sé que no te acostarías conmigo por simple diversión.

–Puede que no, pero una relación sexual no es una base suficiente para un matrimonio, por muy buena que sea. Tendrías

que haber sido sincero con Giovanni. Tendrías que haberle dicho que solo somos amantes.

–Y tú tendrías que afrontar la realidad de una vez por todas, Pia. Lo podemos postergar tanto como quieras, pero habrá que tomar una decisión.

–¿Por qué? Tú mismo dijiste que no estabas buscando una relación amorosa y que, además, no querías casarte.

–¿Crees de verdad que me acosté contigo y te robé la virginidad sin estar preparado para afrontar las consecuencias? ¿Crees que podemos tener una aventura delante de las narices de Giovanni y separarnos después como si no hubiera pasado nada? ¿Crees que podríamos volver a ser simples amigos? ¿Crees que no te molestaría que yo empezara a salir con otras mujeres? –preguntó.

–Sí, creo que sí –contestó ella, aunque no lo pensaba en absoluto–. Y será mejor que rompamos ahora mismo, antes de que alguien salga mal parado.

Raphael apretó los dientes.

–¿Eso eso cierto, *bella mia*? ¿Te da igual que me acueste con otras? ¿Te da igual que entre en ella como entro en ti, que las toque como te toco a ti y las lleve al orgasmo como te llevo a ti –la desafió.

Pia le puso una mano en la boca, incapaz de oír nada más.

–Lo nuestro no tiene sentido, Raphael. No estamos hechos el uno para el otro. No soy ni refinada ni elegante ni ninguna de las cosas que te gustan en las mujeres –afirmó–. Además, tú no crees en...

–¿En qué, Pia?

–En el amor.

–¿Y creer es mejor que no creer? Lo digo porque tú te creías enamorada de Frank, y no te fue muy bien.

–No lo vas a olvidar, ¿eh? Piensas que soy completamente estúpida. Pero, en ese caso, ¿por qué te quieres casar conmigo?

–Nunca he pensado que seas estúpida. Creo que eres una ingenua, y esa es una de las cosas que más me gustan de ti. No te pareces a ninguna de las mujeres que he conocido. Eres honrada y directa. No tienes un gramo de frivolidad. Sé que puedo confiar en ti, y que te podría confiar a mi propia hija –declaró–. Además, nos llevamos muy bien en la cama y, si descuentas tu concepto del amor, queremos lo mismo del matrimonio.

–¿Y qué es lo que queremos?

–Respeto, lealtad y muchos niños.

–¿Quieres tener muchos niños?

–Sí. Sobre todo, si son tan inteligentes y guapos como tú.

Pia parpadeó.

–No sé qué decir, la verdad. Tendré que pensarlo –dijo–. Necesito más tiempo. Necesito...

–¿Sí?

–Necesito estar más tiempo contigo.

–Pues será un placer.

–¿En serio?

–Por supuesto que sí. Normalmente, cuando un hombre se siente atraído por una mujer, quiere hacer todo tipo de cosas románticas con ella y encima si le propone matrimonio, es porque quiere estar más tiempo con ella.

Pia lo miró en silencio durante unos momentos y dijo:

–Está bien. Pero con la condición de que no hagamos el amor en una temporada.

Él se quedó atónito.

–¿Qué tipo de condición es esa?

–Una perfectamente razonable –respondió–. Cuando hacemos el amor, no puedo pensar con claridad. Tienes demasiado poder sobre mí.

Raphael soltó una carcajada.

–¿Y crees que tú no tienes poder sobre mí?

La pregunta de Raphael cambió las cosas. Pia se sintió tan halagada que cerró los brazos alrededor de su cintura, acarició los duros músculos de su espalda y se apretó contra su erección.

–No lo sé. ¿Lo tengo? –replicó con ironía.

Él arqueó una ceja, claramente excitado.

–Sí, por supuesto que lo tengo –continuó ella, frotándose contra su cuerpo–. Y te voy a tocar como yo quiera.

–Estás jugando con fuego, *cara mia*. Han pasado dos semanas desde que hicimos el amor, y sé que te rendirás a mí a la primera caricia.

Pia se ruborizó, porque la humedad que sentía entre las piernas confirmaba su arrogante afirmación.

–Sí, bueno, no lo puedo negar. Los dos sabemos que basta una mirada tuya para que me derrita como un helado bajo el sol del verano –dijo, cerrando las manos sobre sus nalgas.

Pia sabía que, efectivamente, estaba jugando con fuego. Estaba tentando a un animal salvaje como si lo pudiera domar. Pero había tomado la iniciativa por primera vez, y se sentía más viva que nunca.

–No te muevas, Raphael. Quédate como estás. Hazlo por mí.

Raphael tragó saliva, pero obedeció. Pia le acarició el cabello y le dio un beso en la comisura de los labios.

–Quiero experimentar contigo –prosiguió–. Quiero descubrir lo que me gusta y lo que no me gusta.

–Si dejas que participe, te daré un montón de opciones.

Pia rio y le mordió los labios. Sabían a vino y a hombre. Sabían tan bien que se emborrachó al instante.

Luego, le pasó la lengua lentamente y se dispuso a asaltar su boca, pero él le succionó el labio inferior, arrancándole un gemido. Los pezones se le endurecieron bajo el sostén, ansiosos. La partida se estaba empezando a igualar, y Raphael la desequilibró con un beso exigente y hambriento que le hizo ponerse de puntillas e inclinar la cabeza para que la tomara con más facilidad.

–*Damnazione*, Pia –dijo él, metiéndole una pierna entre los muslos–. Ven a la cama conmigo. Estaré encantado de enseñarte cuánto poder tienes sobre mí. Haremos el amor todo el día y, cuando llegue la noche, sabrás si me quieres debajo, arriba o detrás. Te enseñaré a usar tu boca para darme placer. Te enseñaré todo lo que puedes hacer conmigo y todo lo que yo puedo hacer contigo.

Raphael enfatizó su declaración con una caricia lenta donde más lo anhelaba. Y Pia, que ya estaba fuera de sí por el efecto de sus románticas palabras, soltó un grito ahogado.

Pero, a pesar de ello, sacó fuerzas de flaqueza y se apartó, poniendo fin al encuentro. Ya había demostrado lo que quería: que tenía tanto poder sobre él como él sobre ella. Había ganado su pequeña batalla, y era mejor que no tentara a la suerte; sobre todo, porque no tenía intención alguna de ganar la guerra.

–Sé que querías pasar el día con Alyssa, y yo tengo que estudiar –dijo–. Pero me gustaría que me enseñaras los coches antiguos que restauras en tu tiempo libre.

Él la miró en silencio durante tanto tiempo que Pia se empezó a arrepentir. Quizá había ido demasiado lejos.

–Muy bien. Te los enseñaré el viernes por la noche –replicó al final.

Raphael se alejó sin tocarla, pero se detuvo un momento antes de marcharse.

–Ah, Pia...

–¿Sí?

–Digas lo que digas, serás mi esposa. Y tendrás el castigo que mereces.

Capítulo 12

RAPHAEL comprendió el significado del término *tortura* durante el mes siguiente. Y todo, gracias a la obstinación de su prometida extraoficial, que estaba empeñada en negarles lo que los dos deseaban.

La realidad lo había sacado de su error: Pia podía ser inocente, encantadora y cariñosa, pero no tenía ni un ápice de sumisa. Era tan implacable y decidida como él.

Para empeorar las cosas, Raphael también descubrió que estaba hablando en serio cuando dijo que lo quería ver más a menudo. Y no se refería a acompañarlo a fiestas y actos sociales, como hacían sus hermanas y su madre, siempre deseosas de que las vieran en compañía del poderoso Raphael Mastrantino, el alma de Vito Automóviles. De hecho, él habría preferido que fuera como ellas. Solo querían glamour y dinero, cosas fáciles de dar.

Sin embargo, Pia buscaba otra cosa. Su concepto de verlo más a menudo significaba salir con él y conocerse más a fondo. Nada más y nada menos.

Como había insistido en ver los coches antiguos que restauraba, decidió llevarla un día a su casa de Como. Raphael suponía que se limitaría a soltar algunos gritos de admiración y a pedirle que le enseñara la preciosa localidad, pero se equivocó por completo.

Para empezar, no se presentó con un vestido bonito, sino con un mono de trabajo. Y para continuar, se metió debajo de un coche con él y le pidió que le diera explicaciones sobre lo que estaba haciendo, sin preocuparse por la posibilidad de mancharse de grasa o de despeinarse, aunque tampoco se podía decir que fuera muy peinada. Pia prefería tener un aspecto informal, y a él le gustaba así.

Mientras hablaba sobre la suspensión y el motor, sentía su aliento en la mejilla. Fue desesperante, pero también maravilloso. Nunca había hecho eso con una mujer y, para su sorpresa, se divirtió más que nunca.

Al cabo de un rato, entraron en la casa y se comieron unas hamburguesas que Pia preparó en la cocina, informándole durante

el proceso de que no sabía preparar nada más. Luego, abrieron una botella de vino y disfrutaron de la cena tranquilamente. Raphael estaba fascinado con ella. Pia parecía compartir su pasión por la mecánica, y le prestaba más atención que todas las mujeres que había conocido hasta entonces.

Por supuesto, habría dado cualquier cosa por quitarle el mono, desnudarla por completo y lamer hasta el último centímetro de sus suaves curvas. Pero hablar con Pia era igualmente placentero. Hasta sus silencios lo eran.

Aquella noche, ella se fue pronto porque tenía un examen a la mañana siguiente. Y, en lugar de quedarse frustrado, como habría ocurrido en otra época, Raphael se quedó con una extraña sensación de júbilo que no había sentido nunca.

En otra ocasión, Pia lo invitó a ir a su clase de talla de madera y le pidió que le hiciera de modelo, con el argumento de que tenía unos rasgos tan bellos y clásicos que era perfecto para posar. Raphael se sentó en un taburete y estuvo así durante casi una hora mientras ella trabajaba. Pero, cuando le pidió que le enseñara lo que había hecho, ella rompió a reír.

–*Mi dispiace*, Raphael. Tallar personas no es lo mío. Me temo que te he convertido en un monstruo –dijo entre risas–. Pero, si te disgusta mucho, hablaré con Antonio para que pose la próxima vez en tu lugar.

–Ni se te ocurra –bromeó.

En respuesta a su negativa, Pia caminó hacia él y le pasó los dedos por su arrogante barbilla, sus sensuales labios, su recta nariz y su frente. Raphael se empezó a excitar, y tuvo una erección cuando lo besó apasionadamente y dijo:

–No quiero malgastar una cara tan bella.

Por supuesto, los dos tenían sus propias vidas y, a veces, las cosas se complicaban.

Hubo una semana en la que solo se pudieron ver dos veces; las dos, en un apartamento de Giovanni, que el anciano estuvo encantado de prestarles. Pia estaba ocupada con sus estudios y sus tallas y él, con su trabajo y con la denuncia que le había presentado Allegra para recuperar la custodia de su hija. Pero fueron dos de las veladas más satisfactorias de la vida de Raphael Mastrantino.

Mientras él trabajaba en la enorme mesa de caoba, ella dejaba sus libros en la mesita que estaba junto al sofá y se ponía a estudiar. De vez en cuando, Raphael la miraba y sonreía para sus adentros, encantado de lo que veía. Aquella maravilla

absolutamente concentrada en sus lecturas lo volvía loco.

Si hubiera podido, habría tirado la llave del apartamento y no habría salido de él en cincuenta años.

Le encantaba mirarla y, desde luego, le encantaba alzar la cabeza y descubrir que ella lo estaba mirando. Le gustaban sus silencios compartidos. Le gustaba la tensión sensual del ambiente. Adoraba saber que Pia lo habría deseado igual si hubiera sido pobre, y que siempre lo consideraría el hombre más perfecto del mundo.

Uno de esos días, se levantó del sillón, cerró la puerta del despacho para que ningún criado los pudiera molestar y, acto seguido, se arrodilló delante de ella, cerró la mano sobre su coleta y tiró suavemente hacia atrás para besar su boca.

Raphael tenía intención de mantener su palabra y darle el tiempo que necesitaba; pero los gemidos de Pia fueron tan eróticos y estaban tan cargados de necesidad que no se pudo resistir a la tentación, así que le bajó la falda, le quitó las braguitas y, tras separarle las piernas, la empezó a lamer.

Lejos de resistirse, ella llevó las manos a su pelo y se entregó a sus atenciones hasta que la llevó al orgasmo. Luego, él la miró a los ojos y besó su boca, pensando que era la criatura más bella que había visto jamás.

–No sabía que se pudiera sentir tanto placer –dijo Pia en voz baja–. Me gusta tanto que no me importaría morir así.

–Lo siento, pero no te puedes morir hasta que te haya castigado convenientemente por negarnos las relaciones sexuales.

–Oh, pobre Raphael –se burlo ella–. ¿Cuánto tiempo ha pasado ya? ¿Tres semanas?

–Cinco semanas y cuatro días, malvada bruja.

Ella soltó una carcajada y dijo, con la más pícara de sus sonrisas:

–¿Puedo hacer una cosa?

Raphael se puso duro como una roca; especialmente, porque Pia le acababa de poner las manos en la parte superior de los muslos.

–¿Qué cosa, *cara mia*?

–Devolverte el favor.

Él se estremeció.

–¿Qué favor?

–Quiero hacerte lo mismo que tú me acabas de hacer. Quiero que pierdas el control como yo lo he perdido.

Raphael no se habría llevado ninguna sorpresa si su cuerpo

hubiera empezado a arder. Pero no tuvo ocasión de disfrutar las mieles que Pia le había prometido, porque su teléfono móvil sonó entonces y rompió la magia del momento.

Fuera como fuera, no necesitaba ir más lejos para saber que ya no estaba con ella por conveniencia. Aquello había dejado de ser una farsa. Ya no se trataba de liberar a Pia de sus pretendientes, conseguir el control absoluto de Vito Automóviles y hacer feliz a Giovanni con la intención de casarse con su nieta.

Ya no se trataba de eso.

Se trataba de Pia, y de lo que sentía por ella.

Días mas tarde, quedaron en la Scala de Milán para asistir a una velada de ópera. Y, mientras la esperaba, Raphael se dio cuenta de que quería vivir con ella.

Quería estar con la mujer que lo miraba como si fuera el hombre más especial del mundo. Quería ser su esposo y darle todo lo que pudiera desear, todo lo que él pudiera dar.

Pia se bajó de la limusina, un capricho innecesario en el que Raphael había insistido y se detuvo ante la histórica sala de ópera, donde se quedó boquiabierta.

La Piazza della Scala estaba llena de gente; sobre todo, de turistas, porque era fin de semana y los milaneses huían de la ciudad y se iban a la playa cuando hacía buen tiempo. Pero el vello de la nuca no se le erizó por la belleza de la plaza ni por la maravilla arquitectónica que tenía delante, sino por el hombre que la estaba esperando en la entrada, entre hombres y mujeres elegantemente vestidos.

Alto e imponente, sus rasgos cortaban la respiración bajo las luces de las farolas. Llevaba traje negro y camisa blanca. Se había metido las manos en los bolsillos, y la estaba observando con una sonrisa juguetona y arrogante, apoyado en una columna.

Pia, que se había puesto un vestido de seda de color verde esmeralda, caminó a su encuentro con un sentimiento de anticipación apenas controlable. Estaba tan guapo que lo habría devorado de buena gana. Y, por la forma en que Raphael la miraba, él también ardía en deseos de devorarla a ella.

Habían pasado diez días desde la noche del apartamento, cuando la llevó al orgasmo con su lengua; diez días completamente miserables, porque todos los días lo eran cuando no estaban juntos. Pero su separación estaba a punto de terminar, y Pia sintió un júbilo intenso al pensar que aquel hombre era suyo.

–Estás maravillosa, aunque me siento más cómodo cuando llevas vaqueros y alguna de mis camisas –dijo él, pasándole un brazo por encima de los hombros–. No me gusta la idea de que otros hombres admiren tus piernas, *cara mia*. Son para mí, para mi placer, para que se cierren sobre mi cintura mientras te penetro.

Afortunadamente, Pia no se sintió obligada a responder, porque los empleados del teatro los llevaron entonces a sus asientos, que estaban en un palco privado.

Mientras Raphael hablaba con el acomodador, Pia echó un vistazo a la famosa sala, de la que tanto había oído hablar. Su energía era increíble y su belleza, mucho mayor de lo que había imaginado.

–¿Estás bien? –preguntó él, viendo que los ojos se le habían humedecido.

Pia se sentó a su lado y dijo:

–Puede que mi entusiasmo te parezca provinciano, pero mi abuela me describió este sitio tantas veces que me he emocionado al verlo. No puedo creer que esté aquí. Me siento como si llevara toda la vida esperando este momento. Y tengo la sensación de que a Lucia le habría encantado que viniera.

Pia se acordó de que Giovanni había llevado una vez a su abuela a la Scala de Milán. Lucia no le había dicho el nombre de su acompañante; solo le había dicho que era un amigo especial, pero era obvio que se trataba de Gio. Y también se acordó de que, poco después, la pareja discutió, Lucia se fue de Italia y Giovanni se comprometió con una rica heredera por puro despecho.

¿Era casualidad que Raphael la hubiera llevado al mismo sitio donde sus abuelos habían disfrutado de una de sus últimas noches románticas? ¿Estaría intentando decirle algo?

Pia se maldijo para sus adentros, avergonzada por su irracionalidad. Se estaba dejando llevar por sus temores, que no tenían ni pies ni cabeza. Ellos no eran como Gio y Lucia. Se entendían mucho mejor. Y, aunque Raphael siguiera diciendo que no creía en el amor, le había demostrado lo contrario de un millón de formas distintas.

Los actos siempre eran más importantes que las palabras.

Además, el escepticismo general de Raphael no implicaba que no la quisiera. ¿Cómo no iba a ser escéptico, después de su matrimonio con Allegra y de la difícil relación que mantenía con sus propios familiares, empezando por su madre? En todo caso, era un punto a su favor; porque, a pesar de estar escaldado con esas cosas, le había ofrecido un matrimonio basado en la lealtad y el

respeto.

Y eso significaba algo.

Pia jamás había imaginado que el hombre implacable que la había acusado de ser una impostora, el mismo hombre había amenazado con impedir que su exmujer viera a su hija, quisiera casarse con ella. Pero era él quien había dado el primer paso, y sin dudarlo un momento.

En cuanto a sus propios sentimientos, estaba tan asustada que no se atrevía a llamarlo *amor*. Sin embargo, eso carecía de importancia. Lo que sentía por Raphael era mucho más profundo y complejo que lo que había sentido por Frank y, por otro lado, sabía que Raphael no la engañaría nunca, que no le mentiría nunca y que no la despreciaría nunca.

¿Por qué le molestaba entonces que se negara a reconocerse enamorado? Lo que había entre ellos era mejor y más real que todas las nociones románticas que albergara en su mente.

–Estás helada –dijo él, después de pasarle una mano por el brazo–. ¿Te pasa algo?

–No, nada. Gracias por haberme traído, Raphael.

–De nada, *cara mia*. Y, por cierto, tampoco quiero que te disculpes por ser entusiasta con las cosas que te gustan. ¿Aún no te has dado cuenta de que tu placer termina siendo el mío? ¿No te lo he demostrado suficientemente?

Pia se ruborizó y, al darse cuenta de que los palcos contiguos estaban vacíos, lo aprovechó como excusa para cambiar de conversación.

–¿Dónde está el resto de la gente? ¿Será que llegan tarde? Me extraña mucho, porque Antonio me dijo que todo el mundo quería ver *Rigoletto*.

–No tiene nada de particular. Le pedí a un amigo que comprara todas las entradas de esta zona del teatro.

–¿Todas? ¿Por qué?

–Porque quería estar a solas contigo. Porque quiero que sea una noche especial para ti.

El asombro de Pia aumentó considerablemente cuando vio dos cosas en las que no se había fijado antes: la botella de champán que estaba en la mesita y la caja forrada de terciopelo que estaba en la mano de Raphael.

El corazón se le encogió, y la boca se le quedó seca.

Instantes después, Raphael abrió la caja y sacó un anillo con un diamante enorme y varias esmeraldas pequeñas a su alrededor.

–Pia Alessandra Vito, ¿quieres casarte conmigo?

La mente de Pia se quedó en blanco, y por muy buenos motivos: era el mismo anillo que Giovanni le había regalado a Lucia cuando le propuso matrimonio, el mismo que Lucia le había devuelto cuando se separaron.

De hecho, se quedó tan atónita que solo fue capaz de decir:

–Oh.

–¿Oh? –dijo él, desconcertado.

–Discúlpame, pero... ¿te lo ha dado Giovanni?

–Sí, claro.

–¿Cuándo?

Raphael frunció el ceño.

–¿Qué importancia tiene eso?

Pia cayó en la cuenta de que se estaba portando de forma insensible, así que sacó fuerzas de flaqueza y declaró, con una sonrisa:

–Sí, Raphael. Quiero casarme contigo.

Raphael la miró con alegría, le puso el anillo en el dedo y la besó.

Pia se entregó a su beso sin contención alguna, y disfrutaron lenta y sensualmente de sus bocas hasta que la pasión exigió algo más. Entonces, ella se sentó en su regazo y movió las caderas, encantada de sentir su erección.

Raphael soltó una carcajada y, para sorpresa de Pia, se la quitó de encima y la sentó en la butaca contigua.

–Si insistes en sentarte encima de mí y en moverte de ese modo, me excitarás tanto que no tendré más remedio que sacarte del teatro –le advirtió–. Te quedarás sin ver *Rigoletto*, y no me perdonarás que haya arruinado tu velada.

–Bueno, creo que te podría perdonar cualquier cosa –dijo ella, justo en el instante en que apagaban las luces–. Pero con la condición de que me sigas besando de ese modo.

Raphael le dio un golpecito en el hombro mientras la audiencia aplaudía con entusiasmo. *Rigoletto* no era una de las obras que más le gustaban, pero estaba encantado con la representación. O quizá no fuera la representación, sino la mujer con quien había compartido la experiencia.

Aún no salía de su asombro. Se había prometido a sí mismo que no se volvería a casar y, sin embargo, estaba deseando que Pia se convirtiera en su esposa.

Nunca había sido tan feliz. Ni siquiera cuando consiguió su

primer millón. Ni siquiera cuando tuvo el dinero necesario para volver a comprar la mansión que su padre había perdido por culpa de las deudas.

Además, estaba encantado con lo que había visto en su prometida durante la función. Pia no había ido a la Scala de Milán para dejarse ver entre la alta sociedad, como tantos de los presentes, sino por el simple placer de disfrutar de una obra. Todas las emociones representadas en el escenario se habían reflejado sin pudor alguno en su rostro; y al verla así, completamente entregada, él también se emocionó.

De hecho, estaba tan alterado que, al salir a la calle, le preguntó si quería tomar algo por miedo a no poderse controlar y asustarla con su deseo.

–¿Te apetece tomar café, o quizás un helado? Estamos muy cerca del *Duomo* –le informó–. Lo cual me recuerda una cosa, por cierto... No pidas *espresso* en Italia si no te gusta el café cargado. Aquí no tomamos ese agua sucia que los estadounidenses llamáis *café*. El nuestro es de verdad.

Pia lo miró y dijo:

–Esta noche no, gracias. Nada podría ser mejor que lo que acabo de ver.

Ella se giró el anillo en el dedo, como si se sintiera incómoda con él. De hecho, no era la primera vez que lo hacía. Le había estado dando vueltas durante toda la obra.

–Si no te gusta el anillo, te compraré uno. No quise rechazar la oferta de Giovanni, pero estoy seguro de que lo comprendería. Quiero que tengas lo que quieras, *cara mia*.

–No, de ninguna manera. Es un anillo maravilloso. Todo lo de esta noche ha sido maravilloso –afirmó.

–La noche no ha terminado todavía. ¿Por qué no vamos a tomarnos unos calamares? Sé que te gustan mucho. Y conociéndote, sospecho que no habrás comido nada –dijo, admirando sus curvas.

Ella sonrió.

–Porque si como demasiado, perderé estas curvas y dejaré de gustarte.

–Tú no dejarás de gustarme nunca. ¿Qué tengo que hacer para demostrarte que te encuentro absolutamente perfecta?

–Si sigues diciendo esas cosas, me lo empezaré a creer.

–*Bene*.

Raphael inclinó la cabeza, esperando a que Pia dijera lo que tenía en mente. La conocía muy bien, y sabía que el destello

tímido de sus ojos solo podía significar una cosa, porque solo había una cosa que la incomodara tanto: que quería hacer el amor.

Sin embargo, él también quería algo. Quería que lo dijera abiertamente. Quería que se lo pidiera. Quería que lo admitiera en voz alta, y que lo admitiera una y otra vez a partir de entonces, durante toda su vida.

Como Pia no se atrevió a decirlo, Raphael optó por fingir que no se había dado cuenta. Era la mejor forma de conseguir que reaccionara.

–Bueno, si no quieres tomar nada, te llevaré a casa –dijo.

–No, por favor.

Súbitamente, Pia lo tomó de la mano y se apretó contra él.

–No quiero tomar un helado, pero tampoco quiero volver a casa –añadió.

–Entonces, ¿qué te apetece?

Pia le dio un beso en la mejilla.

–Tú. Me apeteces tú –contestó, desaparecida ya su timidez–. Esta noche te quiero a ti, Raphael. Solo a ti.

Capítulo 13

PIA TENÍA los nervios de punta cuando salieron del ascensor y se dirigieron al piso de Raphael. Su deseo había ido creciendo durante el trayecto en taxi, azuzado por la imposibilidad de encontrar satisfacción, y estaba tan tensa que pegó un respingo al oír el teléfono de su prometido.

Raphael, que estaba abriendo la puerta, la invitó a entrar y dijo:

–Me temo que tengo que contestar.

Pia se quedó en mitad del enorme salón, oyendo los latidos de su corazón desbocado. Raphael volvió al cabo de unos minutos y, en cuanto ella lo vio, supo que había pasado algo. Su expresión se había vuelto extraordinariamente sombría.

–¿Quién era? –se atrevió a preguntar.

Él se quitó la chaqueta y la dejó en el respaldo de una silla.

–Nadie importante.

–Siempre dices esas cosas cuando no me quieres contar algo.

–Olvídalo. No tiene importancia –insistió él.

–Oh, vamos. Tendrías que verte la carta –dijo ella–. Comprendo que te has acostumbrado a guardártelo todo, porque nunca has tenido a nadie en quien puedas confiar. Pero te sentirías mejor si...

–No es asunto tuyo –la interrumpió.

Ella asintió, dolida.

Raphael soltó un suspiro y, tras pasarse la mano por el pelo, dijo:

–*Mi dispiace*, Pia.

La disculpa de Raphael hizo que se sintiera algo mejor. Iba a ser su esposa y, más tarde o más temprano, él tendría que empezar a confiar en ella; pero Pia tenía mucha paciencia, y estaba dispuesta a esperar.

–No pasa nada, Raphael.

–¿Lo dices en serio?

–Sí.

Él la miró con deseo.

–Ya sabía yo que tenía más de una razón para casarme contigo.

Pia hizo un esfuerzo por tranquilizarse. Estaba muy excitada, y

le apetecía hacer algo atrevido, pero el humor de Raphael era tan extraño que no le pareció oportuno.

–¿Quieres beber algo? Tengo un Chianti magnífico.

Ella sonrió, encantada de que siempre estuviera atento a los detalles. La cuidaba en lo trivial y lo importante. Formaba parte de su naturaleza, o del sentido de la responsabilidad que había adquirido de joven, por todo el peso que había recaído sobre sus hombros. Era uno de esos hombres que se hacían cargo de cualquier cosa y en cualquier situación; un hombre que protegía a los inocentes y se mantenía distante incluso en mitad de una multitud.

Por supuesto, Pia sabía que parte de su actitud protectora se debía a que ella era nieta de Giovanni; pero albergaba la esperanza de que también lo hiciera por ella misma, porque la quería.

–Es mejor que no beba nada –dijo, parándose tan cerca de él que sus senos casi rozaban el pecho de Raphael–. Ya me siento como si estuviera borracha.

Él le puso las manos en el talle y la apretó contra su cuerpo. Luego, le lamió el cuello y le mordió el labio inferior mientras frotaba su erección contra el estómago de Pia, que gimió de placer.

–Quítate la ropa –ordenó Raphael, mientras se desabrochaba la camisa.

Pia se quedó helada.

–¿Aquí?

–Sí. Aquí y ahora.

–*Bene*...

Pia pensó que, si eso era lo que quería, eso era lo que iba a conseguir. Aún se sentía insegura con las relaciones sexuales, pero su timidez no era nada en comparación con lo que deseaba. Además, confiaba plenamente en Raphael; así que se llevó la mano a la cremallera del vestido y la bajó con un movimiento rápido.

Momentos después, el vestido estaba en el suelo. Pia lo apartó con uno de sus zapatos de tacón alto y alzó la barbilla con orgullo, a pesar de su nerviosismo. No llevaba sostén, y los pezones se le endurecieron bajo la mirada intensa de Raphael, que admiró sus pechos antes de clavar la vista en la blanca y fina tela de sus braguitas, tan blanca y fina que casi no dejaba nada a la imaginación.

–¿Estás húmeda? –dijo él, tirando la camisa al suelo.

Ella admiró su ancho pecho, estremecida.

–Raphael, *per favore*…

–Quiero saberlo.

–Sí, lo estoy. Lo estoy desde que te vi apoyado en la columna de la Scala. Lo estaba durante la obra, cuando el duque sedujo a Gilda, cuando Rigoletto contrató al asesino y cuando Gilda se sacrificó a sí misma por su amante –le confesó–. ¿Ya estás satisfecho? Porque, si lo estás, quiero que me lleves a la cama.

Él sonrió.

–No, todavía no. Desnúdame.

Pia parpadeó.

–Desnúdame –insistió Raphael.

Pia no se iba a echar atrás aquella noche, de modo que respiró hondo, le bajó la cremallera de los pantalones y, a continuación, se los quitó con los calzoncillos. Su largo y duro miembro quedó libre, y ella cerró la mano sobre su suave superficie.

–¿Te acuerdas de lo que me ofreciste la otra noche? ¿Sigue en pie la oferta?

–Sí. Claro que sí.

Pia se arrodilló sin dejar de mirarlo a los ojos. El sexo de Raphael se puso aún más duro, y ella se sintió increíblemente poderosa. Además, quería demostrarle que era tan atrevida como él, que estaba a la altura de Raphael Mastrantino.

–Quiero hacer realidad tus fantasías. Todas tus fantasías, Raphael –dijo–. Pero, para conseguirlo, necesito que me digas si lo hago bien o lo hago mal.

Raphael asintió. Su enfado, que se debía al último truco de Allegra para conseguir la custodia de Alyssa, había desaparecido por completo. Y resultaba irónico, porque era ese mismo enfado el que lo había llevado a desafiar a Pia cuando se interesó inocentemente por la conversación telefónica. Era un intento de recuperar el control de sus emociones, de poner coto a los inquietantes sentimientos que Pia había despertado en él.

Justo entonces, ella lo empezó a acariciar con movimientos lentos y suaves, casi cautos. Raphael bajó la mirada, esperando que la visión de su rostro inocente lo sacara de su extraño humor; pero Pia abrió la boca entonces y lo rodeó con los labios.

Los latidos de su corazón se aceleraron al instante, azuzados por la cálida humedad de su boca, el contacto de su lengua y la belleza de sus pequeños senos, de pezones rosados. Llevaba demasiado tiempo sin mantener relaciones sexuales, y fue como entrar de lleno en el paraíso. ¿Sería consciente del placer que le daba?

Rendido a ella, se empezó a mover hacia delante y hacia atrás. Pia succionaba una y otra vez, con una mano cerrada sobre la base de su sexo. Y, al cabo de unos momentos, alzó la vista y preguntó sin malicia alguna:

–¿Te gusta, Raphael?

Él comprendió que había sido sincera al decir que quería hacer realidad sus fantasías. Lo quería de verdad. No era un desafío, no era una forma de demostrarse a sí misma su poder o demostrárselo a él.

Más excitado que en toda su vida, hundió las manos en su cabello y guio su boca, enseñándole cuánta presión quería, dónde la quería, cómo usar la lengua y qué ritmo llevar. Pia siguió las instrucciones al pie de la letra, como la más entregada de las alumnas. Pero, cuando ya estaba a punto de llevarlo al orgasmo, cerró las manos sobre sus muñecas, la levantó del suelo y la llevó a la cama.

Para ser su primera vez, ya había hecho bastante. Se había atrevido a dar el paso, y no la quería asustar llegando al clímax en su boca, así que se tumbó junto a ella y le quitó las braguitas.

–Te necesito, Raphael. No sabes cuánto te necesito.

Raphael la penetró poco a poco, para que sintiera hasta el último centímetro de su sexo. Pia soltó un gemido tan largo y suave que estuvo a punto de hacerle perder el control; pero también le preocupó, consciente como era de su falta de experiencia.

–¿Te he hecho daño?

Ella se arqueó hacia arriba, hasta casi tocar su pecho con los pezones.

–No. Es que había olvidado lo que se siente cuando estás dentro de mí –respondió con sensualidad–. Es como… como si te pudiera sentir en todas partes.

Pia le puso una mano en su corazón, que latía con fuerza.

–También estás aquí, Raphael –siguió hablando–. No sé si lo sabías, pero has conseguido que me enamore perdidamente de ti.

Raphael se quedó pasmado, intentado procesar las palabras de Pia; palabras que esperaba oír, palabras que él mismo habría estado dispuesto a pronunciar si hubiera sido la única forma de conseguir que se casaran, palabras que lo dejaron sin aliento.

Simples palabras que, hasta entonces, no habían significado nada para él. Pero era evidente que algo había cambiado, porque le llegaron al fondo de su corazón.

Con una sonrisa gloriosa, Pia alzó las caderas y las volvió a

bajar, causándole un placer inmenso. En respuesta, Raphael se empezó a mover con un ritmo acelerado, que mantuvo mientras ella gemía.

Si eso era todo lo que le podía dar, se lo daría.

Poco después, ella llegó al clímax y provocó el suyo con sus espasmos. Sin embargo, Pia estaba lejos de haber terminado: súbitamente, se alzó lo justo para besarlo en la boca y declaró en voz baja:

–*Ti amo*.

Raphael no tuvo tiempo de asumir su confesión, porque ella se quedó dormida entre sus brazos, y él también se dejó arrastrar por el sueño.

Despertó cuando la luz del alba empezaba a teñir el cielo. Pia seguía pegada contra su cuerpo y, mientras Raphael acariciaba su pelo, pensó que aquella mujer era la pieza que le faltaba en su rompecabezas vital. Una pieza de cuya ausencia no había sido consciente.

Cuanto más estaba con ella, más la deseaba. Su rostro no perdía el encanto de la inocencia ni cuando estaba dormida, aunque tenía ojeras de cansancio. ¿Era por alguno de exámenes, que la había obligado a estudiar hasta la extenuación? ¿O era por él, que la había agotado con sus atenciones amorosas?

Fuera como fuera, no sabía qué hacer con el problema que le había planteado. Una parte de él quería mantener las distancias con ella y cerrar la puerta que acababa de abrir. Quería despertarla para decirle que no complicara las cosas, que le pidiera algo concreto a cambio de algo concreto. Pero había otra parte, la del hombre que aún estaba emocionado por su declaración.

Pia, que estaba de espaldas a él, se frotó en sueños contra su sexo, excitándolo de inmediato. Raphael le acarició los senos y miró su cuerpo desnudo con un poco de vergüenza. ¿Qué estaba haciendo? Era un hombre civilizado, no un animal. Y, sin embargo, era incapaz de controlar su libido.

Con cuidado de no despertarla, apartó el brazo, se separó de sus lujuriosas nalgas y se levantó; pero Pia se despertó de todas formas, y terminaron haciendo el amor en la ducha. Luego, Raphael la secó delicadamente y la llevó de vuelta a la cama, donde ella se volvió a quedar dormida.

Estaba asombrado con aquella mujer de ojos marrones, que parecían más grandes cuando se quitaba las gafas. Había cambiado su vida, y la había cambiado de un modo radical.

El hombre ambicioso que había sacado a su familia de la ruina,

limpiado el escándalo de la muerte de su padre, financiado los lujos de su madre y sus hermanas, llegado a la dirección de Vito Automóviles bajo el mecenazgo de Giovanni y contraído matrimonio con la más bella e insustancial de las milanesas, había encontrado la horma de su zapato en la sinceridad y la inocencia de Pia.

Pero, ¿en qué lugar le dejaba eso? ¿Qué era él si descontaba su dinero, su status social, la vergüenza que sentía por el fracaso de Marco, la amargura que le causaba su propia madre y el distanciamiento emocional que había desarrollado para poder soportar a Allegra? ¿Quién era entonces Raphael Mastrantino?

Y, por otra parte, ¿cómo era posible que Giovanni lo creyera digno de su preciosa Pia?

Capítulo 14

ERA SU fiesta de compromiso, y Pia tuvo la sensación de que las cosas no podían ir peor. El día había amanecido soleado, aunque algo fresco. Pia daba por sentado que desayunaría con Giovanni en el patio de la mansión, como de costumbre; pero su abuelo se tuvo que ir por culpa de Thea Rosa, una de sus hermanas, quien lo llamó por teléfono para que la sacara de un lío. Era típico de ella; tan típico, que a Pia le empezaba a caer mal.

Fuera como fuera, tuvo que desayunar sola; y como estaba tan desconcentrada por culpa de Raphael, a quien no había visto en quince días, sufrió dos accidentes estúpidos: primero, se le cayó la tostada en el regazo y luego, cuando se inclinó para quitársela de encima, tiró el café caliente y se quemó los dedos.

Pia maldijo a su prometido por no estar nunca cuando lo necesitaba. De hecho, tampoco había estado presente cuando se dio cuenta de que no había tenido la regla y se asustó. ¿Sería posible que se hubiera quedado embarazada?

Raphael estaba en Tokio en viaje de negocios, así que tuvo que hablar con Emilio y pedirle que la llevara a una farmacia para comprar una prueba de embarazo, cosa que no habría tenido importancia si la farmacia más cercana no hubiera estado a veinte kilómetros de la mansión de Gio. Y luego, se tuvo que hacer la prueba a hurtadillas por miedo a que alguna criada se enterara y se lo dijera a su abuelo antes de que pudiera hablar con Raphael.

Por suerte, la prueba fue negativa. Pero, a pesar de ello, estuvo a punto de romper a llorar.

Necesitaba al hombre del que se había enamorado. Extrañaba su firmeza, su cariño, su instinto protector.

Pia empezaba a estar harta de que Raphael se fuera de viaje con tanta frecuencia y, cuando volvió de Japón, le pidió que no trabajara tanto. Raphael la miró con cara de pocos amigos, aunque no dijo nada al respecto. Y Gio, que estaba con ellos, decidió apoyarla.

–Pia tiene razón. Deberías delegar un poco más.

La respuesta de Raphael fue contundente:

–Mi padre delegaba en otros. Confiaba en personas en las que

no debería haber confiado, y su negocio terminó en la ruina.

Consciente de que el tema de Marco era espinoso, Pia optó por olvidar el asunto. Pero pensó que ese era uno de los problemas de su relación.

Raphael no hablaba nunca de sus sentimientos; estaba acostumbrado a ir por libre y resolver los problemas de todo el mundo sin ayuda de nadie. Además, cada día se mostraba más distante. Si no hubiera sido porque se acostaba con ella, se habría parecido terriblemente al frío e inaccesible desconocido que la había abordado en el baile de la mansión.

Siempre se veían del mismo modo. O la llevaba a su piso y hacían el amor hasta el amanecer o iba a verla a casa de Gio a última hora de la noche, cuando el anciano y los criados se habían acostado ya. En este último caso, esperaba a que ella terminara de estudiar o de trabajar con sus tallas y la llevaba a su dormitorio, donde hacían el amor.

Por supuesto, Pia no tenía ninguna queja sobre su deseo sexual; entre otras cosas, porque ella era tan voraz como él. Pero la cama era el único sitio donde Raphael volvía a ser el hombre del que se había enamorado, el único sitio donde no era un desconocido, el único sitio donde se abría a ella.

Y ahora, cuando estaban a punto de celebrar su fiesta de compromiso, tenía un problema más: la regla le había venido poco después de que se hiciera la prueba de embarazo, pero se le había interrumpido de repente. Preocupada, decidió ir al ginecólogo y, como no conocía ninguno, tuvo que pedirle a una de las hermanas de Raphael que le recomendara un buen profesional.

Naturalmente, la mujer se interesó al respecto, y Pia no tuvo más remedio que inventarse una supuesta infección para que las hermanas de Raphael y la propia Portia no se pusieran a hacer conjeturas sobre su estado.

Si su prometido hubiera estado con ella, se habría sentido mejor; pero Raphael seguía de viaje, y no volvería a Italia hasta dos horas antes de la fiesta, lo cual le provocó unas ganas inmensas de llorar.

Últimamente, quería llorar todo el tiempo. Y sabía por qué: porque todo había cambiado desde que le había dicho que estaba enamorada de él.

Desde entonces, Raphael se mostraba cada vez más distante, y Pia estaba perpleja con su actitud. Al fin y al cabo, no le había pedido nada. No había exigido reciprocidad. Se había limitado a decirle lo que sentía.

Angustiada, había considerado la posibilidad de que quisiera volver con su exmujer. Portia había mencionado que llevaba una temporada en Milán y que los había visto un día en un restaurante nuevo, pero Raphael no se lo había comentado a ella. ¿Querría retomar la relación con su exmujer?

Al final, Pia se dijo que se estaba preocupando sin motivo. No se había enamorado de un adolescente que cambiara de opinión de la noche a la mañana. Y por muy bella que fuera Allegra, Raphael le había dicho muchas veces que prefería su ingenuidad y su naturalidad, las cosas que la hacían única.

Pero, a pesar de ello, estuvo tensa toda la tarde, mientras un batallón de empleados instalaban una carpa en la explanada delantera.

Al ver la enorme cantidad de mesas que habían llevado, pensó que habían cometido un error y llamó a Portia para decírselo. Sin embargo, la madre de Raphael le dijo que no era ningún error. Iban a tener doscientos cincuenta invitados, entre los que estaban los directivos de Vito Automóviles, los principales accionistas de la empresa y, por supuesto, la gigantesca familia del propio Raphael.

–Todos quieren estar en su fiesta de compromiso –le dijo Portia por teléfono–. Siempre han sabido que se volvería a casar, pero esto es diferente.

–¿Diferente? ¿Qué quieres decir?

–Que Raphael se encontró en una situación muy difícil cuando Gio te nombró su heredera.

–¿Por qué? –preguntó, sin entender nada.

–Porque Giovanni y Raphael tienen el mismo porcentaje de acciones, el treinta y cinco por ciento. Cuando tú llegaste, la gente comprendió que la persona que se casara contigo controlaría la parte de tu abuelo, y hubo quien se alegró porque pensó que Raphael perdería la mayoría en la junta y, por lo tanto, la empresa. Pero Raphael y tú os vais a casar, y los mismos que habrían traicionado a mi hijo arden en deseos de recuperar su favor.

La información de Portia la dejó tan helada que el teléfono se le cayó al suelo.

Ahora lo entendía. Cuando se casara con ella, Raphael tendría el control del setenta por ciento de las acciones, y nadie se atrevería a discutir su posición en Vito Automóviles. Nadie podría poner en peligro lo que más apreciaba: su riqueza, su status y, sobre todo, su poder. O, en otras palabras, las cosas que definían a Raphael Mastrantino.

Esa era la verdadera razón.

No necesitaba ser muy lista para adivinar que Giovanni le había ofrecido sus acciones con una condición: que se casara con ella.

Pia estaba tan enfadada que decidió no cambiarse de ropa hasta que su prometido llegara a la mansión de Gio y le diera las explicaciones que necesitaba. Pero la casa se estaba empezando a llenar de invitados y, como no encontraba paz en ningún sitio, pensó en irse al pueblo a tomar un café.

Justo entonces, uno de los empleados se acercó a ella y le pidió que lo acompañara al despacho de su abuelo, donde se encontró con el objeto de todas sus preocupaciones.

Al ver a Raphael, su corazón se aceleró al instante. Por una vez, no estaba impecablemente vestido. Y además, parecía cansado. Pero le gustó tanto como si fuera una extensión de ella misma.

–*Ciao, bella*.

–¿Acabas de llegar de Tokio?

–Sí, hace diez minutos.

–Raphael, tenemos que...

La frase de Pia quedó en suspenso, porque él la apretó contra la puerta y la besó apasionadamente, borrando todas sus dudas.

–Oh, cuánto te he echado de menos, cuánto he extrañado tu cuerpo –dijo él–. Y no podemos hacer nada porque la casa está llena de invitados.

Raphael llevó las manos a sus senos, y soltó un suspiró de satisfacción al notar que no llevaba sostén bajo el jersey.

–Yo también te he echado de menos –replicó, antes de morder su labio inferior–. Odio tu trabajo, Raphael. Odio que nunca estés aquí cuando te necesito. Odio que...

Raphael le pellizcó suavemente un pezón, y ella perdió todo resto de pensamiento racional.

Al sentir su excitación, el soltó un torrente de palabras en italiano. La halagó, le dio todo tipo de detalles sobre lo que quería hacer con ella y hasta mencionó que se había masturbado todas las noches pensando en su boca.

Pia ya estaba gimiendo cuando él se quitó los vaqueros y los calzoncillos y le bajó las braguitas, aprovechando que levaba falda.

Momentos más tarde, ella cerró las piernas alrededor de su

cintura y él la penetró, apoyándola en la puerta. El ambiente se cargó de tensión. Sus movimientos ansiosos los acercaban cada vez al clímax. Todo era mágico.

Las rápidas acometidas de Raphael se combinaban con las de ella, sin refinamiento alguno. Sus lenguas se encontraban, sus manos se buscaban, sus dientes se clavaban con pasión en los labios o el cuello del otro. Eran un solo ser, y llegaron al orgasmo casi al mismo tiempo, con apenas unos segundos de diferencia.

Tras el estallido de placer, Raphael la dejó en el suelo, sin dejar de abrazarla. Y ella le volvió a decir lo que sentía, aunque con una diferencia.

–Te amo, Raphael. Y odio lo que me estás haciendo.

Él frunció el ceño, sin comprender lo que ocurría. Le intentó bajar el jersey y ponerle bien la ropa, pero ella se apartó.

–Déjalo –dijo.

–Como quieras.

Pia se llevó las manos a la cara, presa de la tristeza. Quería aferrarse a él y romper a llorar; pero habría sido inútil, porque él era el origen de su dolor.

–¿He sido demasiado brusco?

Raphael lo dijo con tal ternura que estuvo a punto de derrumbarse.

–No. Bueno, sí... pero es lo que yo quería. No soy de cristal. No me puedo romper.

Raphael soltó un suspiro largo, como si la respuesta de Pia lo hubiera tranquilizado.

–Sé que no eres de cristal, *cara mia*. No eres frágil, sino delicada.

Pia guardó silencio.

–No sé lo que te pasa –dijo él, sin saber qué hacer ni qué decir–, pero estoy seguro de que podremos encontrar una solución. Soy consciente de que tengo un problema con el trabajo, y estoy dispuesto a cambiar.

–Un poco tarde, ¿no?

Él frunció el ceño.

–¿Qué significa eso?

–¿Te puedo hacer una pregunta, Raphael?

–Claro que sí.

–¿Cómo es posible que solo te muestres cariñoso cuando hacemos el amor, o inmediatamente después? ¿Por qué te escondes de mí y ocultas tus sentimientos cuando estamos en la intimidad más absoluta?

Raphael se sintió tan culpable que ella lo pudo ver en sus ojos.

–Ya te he dicho que no soy hombre de bellas palabras.

Ella sacudió la cabeza.

–No insultes a mi inteligencia. Eres apasionado en el sexo, pero frío en todo lo demás. Me tienes completamente confundida. Ni siquiera me escuchas cuando hablo de tu obsesión con el trabajo y lo que ello significa.

–Acabo de admitir que tengo un problema –se defendió.

–Sí, con ese y otros asuntos. Tampoco puedo hablar de lo que te pasa con Allegra. Ni puedo mencionar el nombre de tu padre –dijo–. La mitad de las cosas que sé de ti, las sé porque me lo dice tu madre.

–Maldita sea.... ¿Portia te ha estado llenando la cabeza de ideas absurdas? Tendría que haberlo imaginado –bramó él–. No sé lo que te habrá dicho, pero entre Allegra y yo no hay nada. ¿Es que desconfías de mí?

–Tú madre no tiene la culpa. La culpa es toda tuya –afirmó–. ¿Cuándo ibas a decirme que estás usando nuestra boda para impedir que Allegra vea a Alyssa? Quieres que sea una madre para tu hija, pero no puedo opinar sobre su situación.

–Si no quieres cuidar de ella, no hace falta que...

–¡Adoro a tu hija! –lo interrumpió.

–Entonces, ¿dónde está el problema?

–En que das por sentado que me atendré a todo lo que tú decidas y a que eres incapaz de incluirme en los aspectos importantes de tu vida. Solo quieres una cosa de mí: sexo. Pero ya me he dado cuenta de lo que pasa.

–¿Y qué es lo que pasa?

–Que te empezaste a alejar de mí cuando te dije que te amaba. Supongo que el sentimiento de culpa es muy pesado, incluso para ti.

–¿Qué sentimiento de culpa?

–No disimules, Raphael. Te sientes culpable porque crees que has hecho que me enamorara de ti, y porque solo me pediste que me casara contigo para quedarte con el control de Vito Automóviles –dijo.

Pia esperaba que Raphael se enfadara con ella, pero no dijo nada. Y fue precisamente ese silencio el que confirmó su culpabilidad. Con él, parecía desaparecer la esperanza de que su comportamiento tuviera otra explicación.

Se había intentado convencer de que un hombre tan excepcional y poderoso como Raphael Mastrantino podía querer a

una mujer como ella, comparativamente mediocre. Y, en principio, todo parecía indicar que se había equivocado.

–Pia, me gustas desde que te vi por primera vez, y sé que a ti te pasa lo mismo.

–¿Y eso qué tiene de particular? Portia dice que tú le gustas a la mitad de la población femenina de Milán, si no de Italia. Pero no les has ofrecido matrimonio.

–Bueno, admito que, cuando Giovanni me propuso que...

–Lo sabía. Sabía que había sido cosa de mi abuelo –afirmó.

–¡Por Dios, Pia! –protestó él–. ¡Deja de comportarte como una niña!

–¿Es que Gio o tú me habéis tratado alguna vez como si fuera una adulta? Es obvio que mi abuelo no confiaba en mí. Siempre ha sabido que nuestra relación era una farsa. Pero dime una cosa: ¿fueron sus acciones lo que te convencieron? ¿O fue el hecho de que, a través de ellas, te convertirías en el jefe indiscutible de la empresa y demostrarías que eres mejor que tu padre? –preguntó.

–Pia, no sigas por ahí.

–Contesta a mi pregunta, Raphael. ¿Quieres demostrar que no eres débil como él? ¿Te has vendido a Gio para que todos sepan que eres incapaz de amar?

Raphael avanzó hacia ella y la atrapó contra la pared, cortándole la retirada.

–Gio no ha intentado manipularte. Solo intentaba protegerte –dijo.

–De tipos como Frank, ¿no? Porque soy tan ingenua y estúpida que me enamoraré del primer canalla que pase, ¿no? Pero, si tanto le importaban las acciones, ¿por qué no las puso a tu nombre? Vuestros actos dicen con toda claridad que yo solo soy valiosa como instrumento de la fortuna de los Vito.

–Eso no es verdad.

–Es lo que me habéis hecho creer, y lo que me más me ha dolido –dijo en voz baja–. No era necesario que me vendiera a ti como si fuera una simple res.

–Maldita sea, Pia. Giovanni hizo lo que hizo porque pensó que yo también te necesitaba.

–Entonces, es un viejo idiota. Tú no necesitas a nadie, y mucho menos a una ilusa como yo –declaró–. Felicidades, Raphael. Ahora tienes la empresa, la adoración del mundo y la prueba de que nunca serás tan débil como para permitir que el amor entre en tu vida. Pero me has perdido a mí.

Pia lo apartó, haciendo un esfuerzo por no llorar.

–No te vayas así –le rogó él–. Habla conmigo. Dime lo que quieres que haga.

–Llevo semanas deseando oír esas palabras. Te necesitaba, Raphael, te necesitaba tanto... Pero no me puedes amar, ¿verdad? Me puedes proteger del mundo, puedes duplicar o triplicar el valor de mis acciones, me puedes cubrir de regalos caros y puedes hacer el amor conmigo hasta el alba, pero no me puedes amar. Obviamente, no estabas exagerando cuando insinuaste que no estabas hecho para el amor.

–Mira, comprendo que estés enfadada, pero estás siendo demasiado dura.

–¿Por qué te molesta? Deberías estar encantado, porque empiezo a ver el mundo como tú.

–Eso no es cierto. No ha cambiado nada.

–Ha cambiado todo. ¿Es que no te das cuenta? Yo he cambiado. Mi percepción de ti ha cambiado. Ya no me pareces mejor que Frank.

Él dio un paso atrás, atónito.

–No estás hablando en serio.

–Frank fingió que era amigo mío y que estaba enamorado de mí porque pensó que me podía sacar el dinero con mucha facilidad, y tú me has propuesto el matrimonio por la misma razón. Eres igual que él.

Raphael palideció. Pero, tras unos segundos de silencio, se encogió de hombros y dijo:

–Si piensas eso de mí, no hay más que hablar. Lo nuestro ha terminado.

Pia tuvo que echar mano de toda su fuerza de voluntad para refrenar las lágrimas. Estaba enamorada de él, y lo iba a seguir estando. Pero, por muy mal que se sintiera, tenía que preservar su orgullo.

–Por favor, dile a tus invitados que hemos roto nuestro compromiso. No estoy de humor para hablar con ellos. Y dile a Giovanni que volveré a hablar con él cuando me quite la soga de sus acciones, que atrae a todos los hombres de Milán. Puede que Gilda, el personaje de *Rigoletto*, no se sacrificara por amor. Puede que solo quisiera liberarse del duque y de su padre. Puede que fuera la única forma de conseguirlo.

Capítulo 15

VARIAS semanas más tarde, las acusaciones de Pia seguían resonando en la mente de Raphael.

Al principio, se había enfadado mucho. ¿Cómo se atrevía a compararlo con Frank? Lo había puesto a la altura de un tipo que la había engañado y manipulado de la peor forma posible. Y si la opinión que tenía de él era tan mala, su relación no tenía ningún sentido.

Pero, al cabo de tres semanas, el enfado se transformó en angustia y desesperación. Empezaba a comprender su punto de vista y, aunque seguía pensando que había sido injusta con él, se dio cuenta de que sus acusaciones tenían parte de verdad.

Efectivamente, la oferta de Gio era lo que le había empujado a ofrecerle matrimonio; pero, a medida que pasaba el tiempo, sus motivos fueron cambiando. Pia no podía estar más equivocada en ese aspecto. No se había alejado de ella por lo que ella pensaba, sino porque no estaba acostumbrado a recibir un afecto tan incondicional.

Además, se sentía completamente inadecuado en el papel de novio. Ella merecía algo más; mucho más de lo que él le podía dar.

Pero en lugar de decirle la verdad, en lugar de admitir sus preocupaciones, había marcado las distancias con la persona más importante de su vida. Le había hecho daño, y no se lo podía perdonar.

Te necesitaba, Raphael, te necesitaba tanto…

Un día, mientras pensaba en esas palabras, se dio cuenta de otra cosa. Quería estar con ella. Quería hacer el amor con ella. Quería darle todo lo que pudiera necesitar. Y lo quería por la simple y pura razón de que se había enamorado.

Su inseguridad le había impedido ver que habría hecho lo que fuera con tal de hacerla feliz. Su felicidad era más importante que él mismo.

Si eso no era amor, ¿qué era?

Tenía suerte de haberla conocido. Había encontrado a una mujer generosa que lo amaba, que le había dado la oportunidad de amarla y que habría pasado el resto de su vida con él en cualquier

circunstancia, tanto si era rico como si perdía toda su fortuna, tanto si era duro e inflexible como si aprendía a ser cariñoso.

Sencillamente, ella era así.

¿Y qué había hecho él? Rechazarla y quitársela de encima por el delito de amarlo.

Pero quizá no fuera demasiado tarde. Aún podía arreglar las cosas.

Decidido a no perder más tiempo, se subió al coche y se dirigió a la mansión de Giovanni para hablar con ella.

–No está aquí –dijo Gio cuando se lo preguntó.

Raphael se sentó junto al abuelo de Pia, que no tenía muy buen aspecto.

–Lo he estropeado todo, ¿verdad? –prosiguió el anciano–. No debería haber interferido. No debería haberla obligado a...

–Nunca tuve intención de hacerle año, Gio. He sido un estúpido. Me advertiste que corría el peligro de convertirme en uno, pero no te escuché.

–Los dos la hemos juzgado mal. Pensamos que, como era inocente y exageradamente generosa, necesitaba que cuidáramos de ella y que la tratáramos como si fuera una niña, pero es más fuerte que mi Lucia –afirmó–. Solo una mujer fuerte nos perdonaría el dolor que le hemos causado.

Raphael lo miró con esperanza.

–¿Es que nos ha perdonado? ¿Has hablado con ella? ¿Ya ha vuelto de casa de su amigo? –preguntó, pronunciando la última frase con angustia.

Raphael se había llevado un disgusto terrible al saber que Pia se había ido a casa de su amigo Antonio, el carpintero. Era consciente de que estaba enamorada de él y de que no lo traicionaría con nadie, pero estaba tan celoso que tuvo que resistirse muchas veces al impulso de presentarse allí y llevársela por la fuerza.

–Sí, ha vuelto. Dijo que volvía porque estaba preocupada por mí, pero también dijo que me había perdonado. Y ahora soy yo quien está preocupado por ella.

–¿Por qué?

Gio suspiró.

–Le he prometido que no volveré a interferir en vuestros asuntos, y no puedo decirte lo que sé. Pero, ¿estás dispuesto a enmendar tus errores?

–Sí. Y a rogarle que me perdone, si es necesario.

–Si no estás enamorado de ella, déjala en paz. Ya está bastante

deprimida.

–Confía en mí, *per favore*.

Giovanni lo miró con escepticismo, lo cual despertó las sospechas de Raphael. ¿Qué estaba pasando allí? Gio siempre había confiado en él, incluso en las peores circunstancias. ¿Qué se estaba callando? ¿Habría perdido a Pia para siempre?

Desesperado, se levantó y dijo:

–¿Dónde está?

Giovanni suspiró.

–En su dormitorio. Se estaba echando una siesta, pero ya se habrá despertado.

Raphael frunció el ceño. ¿Una siesta? Pia nunca se echaba la siesta. Siempre estaba estudiando, tallando, paseando o haciendo amigos.

–Antes de que vayas a buscarla, recuerda lo que has hecho y todo lo que te tiene que perdonar –le aconsejó Gio–. No te enfades con ella. No permitas que tu ego se interponga.

Raphael subió por la escalera a toda velocidad, abrió la puerta de la habitación de Pia y entró como una exhalación.

Ella estaba en el balcón, de espaldas a la entrada; pero se dio la vuelta al oírlo y, al verla, Raphael se estremeció. Parecía haber encogido desde la última vez. Había perdido varios kilos, y eso que no le sobraba ni un gramo.

–Dios mío, Pia... ¿qué diablos te has hecho?

Raphael avanzó hacia ella, ansioso por arreglar las cosas. Y ella se apartó como si no quisiera saber nada de él.

–Te agradecería que no me hables como si fuera estúpida. Si eso es todo lo que tienes que decir, prefiero que te marches.

–¿Es que estás enferma? –preguntó, asustado.

–¿Qué haces aquí, Raphael? ¿Gio te ha pedido que subieras a verme?

–No, yo...

–Maldita sea, le dije que no volviera a intervenir. Le pedí que no te contara nada, y me prometió que guardaría silencio.

Raphael la tomó entre sus brazos. Su corazón latía con tanta fuerza que pensó que se le iba a salir del pecho.

–Tranquilízate. Gio no me ha pedido nada. He venido por voluntad propia, para hablar contigo. He venido porque ya no podía... ¿Seguro que no estás enferma?

–Deja de preguntarme eso. Solo vas a conseguir que me sienta peor de lo que ya me siento –protestó–. Sé que estoy horrible, pero me encuentro bien.

–Desde mi punto de vista, tú no podrías estar horrible en toda tu vida. Eres absolutamente preciosa. Pero pareces más frágil, como si estuvieras a punto de romperte –dijo con preocupación.

Ella lo miró con inseguridad.

–No estoy enferma. Es que...

–¿Sí?

En lugar de responder, Pia insistió en la pregunta que le había hecho segundos antes.

–¿Qué estás haciendo aquí? Respeta mis decisiones por una vez, y déjame sola. Esto es muy difícil para mí.

Raphael inclinó la cabeza.

–Lo sé, pero tengo algo que decirte. ¿Me escucharás?

–Te escucharé si me das tu palabra de que no intentarás tocarme.

Raphael asintió.

–*Bene*.

Él la tomó de la mano, la sentó en el sofá y se arrodilló delante de ella.

–Por favor, no llores. Yo no quería hacerte daño. Te adoro.

Pia sacudió la cabeza.

–Déjame hablar, déjame que me explique –siguió él–. Sí, es cierto que Gio me ofreció todo lo que yo quería a cambio de que estuviera contigo. Me resistí tanto como pude; pero, cuando sufrió el infarto, no tuve más remedio que concedérselo. Me sentí responsable. Estaba tan mal que no le podía negar ese deseo.

Raphael respiró hondo.

–Sí, tenías razón en muchas de las cosas que dijiste. Pero, aunque Gio no hubiera intervenido, no puedes negar que nos gustamos desde el principio. Y no era una simple atracción sexual, *cara mia*. Era algo más profundo, tan profundo que hasta yo me di cuenta. Pero no me atreví a sacar las conclusiones oportunas. No quise asumir lo que pasaba. No podía, porque era la primera vez que sentía algo así.

Pia dejó escapar un sollozo. Había estado haciendo lo posible por no llorar, y empezaba a perder la batalla.

–Quiero creer que, con el tiempo, habría llegado a la misma conclusión de todas formas. Quiero creer que habría comprendido que te necesito, que tu amor da sentido a mi vida. Y, si me concedes otra oportunidad, quiero dedicar el resto de mi existencia a hacerte feliz –declaró–. Te amo, *cara mia*. Amo todo lo tuyo, cada centímetro de tu cuerpo, cada sonrisa.

–Me gustaría creerte, Raphael. Te he echado mucho de menos.

Él rompió su palabra y le besó las manos.

–Pues cásate conmigo, Pia. Cásate conmigo porque no puedo vivir sin ti, sin abrazarte ni besarte. Cásate conmigo porque quiero ser tuyo –dijo–. Cuando estamos juntos, soy la mejor persona que puedo ser.

Pia rompió por fin a llorar y lo abrazó. Raphael susurró palabras de aliento, incapaz de soportar su dolor.

–Has hecho que dudaras de mí misma, ¿sabes? Has conseguido que me odiara. Y el amor no debería tener ese efecto.

–No, claro que no debería. Pero quiero que sepas que te he amado desde el principio, aunque no fuera consciente de ello. Y no cambiaría nada de ti, nada en absoluto. Créeme, *per favore*. Tienes que creerme.

Pia asintió y se secó las lágrimas.

–Yo también tengo algo que decirte, pero no te lo diré si no me prometes que me dirás lo que sientes en cualquier caso, tanto si te alegra como si te disgusta. Necesito que compartas tus emociones conmigo. No me cierres esa puerta.

–Muy bien, te lo prometo.

Ella respiró hondo.

–Estoy embarazada.

Raphael se sintió mareado, como si le faltara el oxígeno. Su mente se llenó de preguntas, y entonces supo que Giovanni se refería a eso cuando dijo que había algo que no le podía contar. Pero, ¿desde cuándo sabía Pia que estaba embarazada? ¿Cuánto tiempo lo había mantenido en secreto?

–Es tuyo –añadió ella.

Él asintió.

–Te creo, Pia. Por muchos errores que haya cometido, jamás dudaría de ti –dijo–. ¿De cuántos meses estás?

–Más o menos, de dos meses y medio. Debí de quedarme embarazada la primera vez que hicimos el amor.

–¿La primera vez? Recuerdo que me puse un preservativo.

–Lo sé, pero no son infalibles.

Raphael se levantó súbitamente, como si acabara de tener una revelación y no le gustara.

–Oh, Dios mío. ¿Por eso te ibas a ir a los Estados Unidos? ¿Te ibas a ir sin decírmelo? ¿Me ibas a abandonar como Lucia a Giovanni? ¿Por qué, Pia? ¿Porque querías castigarme? ¿Esa es tu forma de entender el amor?

Pia lo miró con angustia.

–No, Raphael, esa no era mi intención. Créeme, te lo ruego. No

me habría ido de Italia sin decírtelo antes.

–Entonces, ¿por qué no me lo has dicho hasta ahora?

–Porque habrías insistido en que nos casáramos.

–Por supuesto que habría insistido. ¿O prefieres tenerlo sin estar casada?

–Me da igual si nos casamos o no. Te amo, y quiero estar contigo el resto de mi vida, pero el resto me importa muy poco –respondió–. Sin embargo, no podría aceptar tu oferta de matrimonio si supiera que solo estamos juntos por el bebé, por tu necesidad de protegerlo y de protegerme a mí en calidad de madre. Eso destruiría el amor que siento, y no podría vivir así.

–¿Y qué habrías hecho si no hubiera venido a verte?

–No lo sé. No me lo he planteado porque tenía la esperanza de que volvieras a mí en algún momento –le confesó–. Especialmente, desde que Giovanni me dijo que Alyssa no es hija tuya.

–Lo es –afirmó él con vehemencia–. Yo fui el primero que la sostuve. He estado con ella desde su primer día de vida, y soy la persona a quien acude cuando le duele algo. Es tan hija mía como de Allegra. Carece de importancia que no sea su padre biológico.

–Claro que sí –dijo ella–. Creo que Gio me lo contó por darme esperanzas, y le salió bien. El hecho de que quieras a Allegra a pesar de todo significa que eres capaz de amar, y que también me puedes amar a mí. Pero mis dudas desaparecieron por completo cuando mi abuelo añadió que has llegado a un acuerdo con tu exmujer para que pueda ver a su hija.

–Sí, hablé con ella el día después de nuestra discusión, cuando me di cuenta del daño que te había hecho. Allegra y yo nos hemos hecho demasiado daño. Y comprendí que no tendría ninguna oportunidad contigo si no me convertía en un hombre mejor. Por ti, *cara mia*. Porque sacas lo mejor de mí.

Pia se sintió como si, de repente, pudiera volar. Se sintió la mujer más feliz del mundo. Y tras el acariciarle el cabello, lo besó.

Raphael la amaba. Se había enamorado de ella.

Quería gritarlo a los cuatro vientos.

–¿Eso es lo que me tenías que contar? –preguntó él.

Ella asintió otra vez.

–Sí. La primera prueba que me hice fue negativa, pero luego tuve un pequeño problema. Me vino la regla y se me cortó enseguida. Por lo visto, algunas mujeres sangran incluso estando embarazadas –le informó–. Al final, fui al médico, y confirmó mis sospechas.

Raphael la abrazó con fuerza.

–¿Y cómo estás ahora? ¿Sigues sangrando? ¿Hay algún peligro para ti o para el bebé?

Pia sacudió la cabeza.

–No, aunque vomito todo lo que como. Por eso he perdido tanto peso –dijo–. La doctora me dijo que la llame si hay algún problema.

Raphael suspiró, aliviado.

–¿Cuándo fuiste a su consulta por última vez?

–El día después de que discutiéramos.

Raphael se levantó, la alzó en brazos, se acomodó en una de las sillas y la sentó encima de sus piernas. Luego, llevó las manos a su estómago y, al notar que efectivamente estaba más abultado, se sintió feliz.

–¿Está siendo muy duro?

Pia se apretó contra su pecho.

–Sí, tengo unas náuseas espantosas. Al principio, no me podía tomar ni una simple galleta sin vomitarla al instante.

Raphael sonrió.

–¿Me perdonarás alguna vez?

–¿Por qué?

–Por no haber estado contigo cuando me necesitabas.

Ella le dio un beso en los labios.

–Raphael, te amo con toda mi alma. Y, si es verdad que quieres pasar el resto de tu vida conmigo, no tengo nada que perdonarte.

–¿Es que aún dudas de mí?

Pia se encogió de hombros, así que Raphael se volvió a levantar y la llevó a la cama, donde se tumbó a su lado.

–En ese caso, tendré que hacer algo para convencerte de que estoy hablando en serio –continuó él con humor–. Algo para que sepas que, si no fuera por ti, mi mundo sería un lugar frío, terrible y desolado.

–¿Algo como hacer el amor conmigo?

–Sí, eso también.

Él le dio un beso apasionado.

Por primera vez en su vida, se sentía completo. Ahora tenía una familia de verdad. Y Pia lo quería por lo que era, por el hombre que era.